



Comyco - Juz Pósono de Greiff.
Marzo 2006

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

50000 PD

Vitrina
O.P.

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

ELADIO URISARRI.

Gobernador de la provincia de Bogotá.

Hago saber que el doctor Cerbeleon Pinzon se ha presentado ante esta Gobernacion, reclamando el derecho esclusivo para publicar i vender una obra de su composicion i propiedad titulada—“*Filosofía Moral por Cerbeleon Pinzon*” con la precisa prohibicion de que nadie pueda reimprimirla; i habiendo prestado el juramento requerido, la Gobernacion lo pone por las presentes en posesion del privilejio por quince años, los cuales podrán prorogarse por otros quince años, cuyo derecho le concede la lei de 10 de mayo de 1834, que asegura por cierto tiempo la propiedad de las producciones literarias i algunas otras.

Dada en la sala del despacho de la Gobernacion, sellada con su sello i refrendada por el infrascrito secretario, en Bogotá á 4 de junio de 1840.

ELADIO URISARRI.

El Secretario.—*José M. Escovar.*

FILOSOFIA MORAL

POR

Cerbeleon Pinzon

AUTOR

De la "Ciencia Constitucional."

~~~~~  
SEGUNDA EDICION.  
~~~~~



BOGOTA.

Impr. de Nicolas Gómez

1849.

BOGOTÁ

FOR

BOGOTÁ

AUTOR

de la "Caja de Constituciones"

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT


BOGOTÁ

Imp. de las Artes Gráficas

1948

170
P661E2
849

PROLOGO.



MEDITANDO sobre la situacion actual de la Nueva Granada, mi patria, i de las otras Repùblicas de Sud-América, he llegado à persuadirme que en el punto à que han venido en su gloriosa carrera, su primera i mas urgente necesidad es de Moral. Destruidas por la revolucion las instituciones coloniales, i destruidas tambien por la revolucion las costumbres, efecto inevitable de los grandes cambios políticos, nuevas naciones i nuevos hombres aparecieron sobre el suelo virgen de la América. Pero las naciones necesitan de un réjimen político, i los hombres de un réjimen individual: era, pues, preciso organizar aquellas naciones i formar aquellos hombres. Lo primero ya se ha verificado, dándose estas Repùblicas constituciones bastante liberales i filosóficas: resta ahora lo segundo, la creacion de las costumbres, la formacion de los hombres. Contribuir con mi débil esfuerzo à esta segunda obra, es lo que me ha determinado escribir sobre MORAL, como el deseo de contribuir del mismo modo à la primera, me movió à escribir CIENCIA CONSTITUCIONAL.

Tal vez no se ha comprendido bastante bien hasta donde la felicidad pública dimana de la Moral; tal vez se ha querido hacer dimanar única i exclusivamente de las instituciones i de los gobiernos: este es nuestro grande error. Sin duda que las instituciones i los gobiernos influyen en la felicidad; mas no pueden producirla por sí solos; hai otro cooperador, que es el hombre, i la cooperacion

del hombre es mas necesaria para la produccion de la felicidad, que la de los gobiernos i las instituciones. I si nó, imajínese una nacion rejida por las instituciones políticas mas perfectas, pero que los hombres sean malos; es decir, que sean ignorantes, destemplados, libertinos, ociosos, disipadores; que todos quieran subsistir de empleos, i abandonen la agricultura, las manufacturas i el comercio; que no impere en sus pechos sino el furor de todas las pasiones, que sus aspiraciones sean desmedidas, i sus sentimientos inmoderados; que no conozcan la humanidad, la beneficencia, la tolerancia, la verdad, la sinceridad, la probidad, ni virtud alguna social; que todos quieran mandar i ninguno obedecer, que no tengan amor à la patria, adhesion al òrden, respeto à las instituciones, ni temor à las leyes; en fin, que no solo hayan roto el lazo de la Religion, sino que hagan escandaloso alarde de la impiedad: una nacion, digo, compuesta de tales hombres ¿podria ser feliz? Ya se vé que seria desgraciadísima apesar de sus perfectas instituciones políticas. Mas supóngase que à las buenas instituciones juntàra buenos hombres; es decir, hombres que fueran el reverso de los que acabamos de pintar, i todo el mundo convendrà en que semejante nacion seria lo mas dichosa que puede concebirse.

Luego la MORAL, que es la que forma à los hombres, es una condicion indispensable de la felicidad de las naciones; luego las Repùblicas Sud-Americanas no pueden ser felices, si despues de creadas instituciones políticas para suplantar las que felizmente destruyera la revolucion, no se dedican à crear las costumbres que desgraciadamente tambien destruyera la revolucion.

Sin esto jamàs habrà reposo ni prosperidad para ellas. Reformen cuanto quieran las instituciones, trabajen cuanto quieran sobre los gobiernos, invoquen, segun el espíritu

que domine, la federacion, ò el centralismo, el sistema municipal, la libertad relijiosa, las reformas constitucionales, hagan leyes, deróguenlas, modifíquenlas, combinen de mil maneras los elementos políticos; nunca de allí saldrà la felicidad, si olvidan el elemento moral que es el mas importante. ¿Podria sacarse agua trabajando únicamente sobre el oxijeno? Aun que se ensayaran todos los métodos químicos para la recomposicion de los cuerpos, jamás se conseguiria este resultado, si el hidrójeno no se hiciera entrar tambien en la operacion.

Es, pues, indispensable que à los buenos gobiernos que por fortuna nos hemos dado, acompañemos buenos hombres; que à la libertad de que disfrutamos i à las garantías que en abundancia tenemos, acompañemos virtudes: entonces la dicha de estas Repúblicas será una cosa infalible. Mientras esta se quiera hacer resultar únicamente del elemento político, vanos serán cuantos esfuerzos se empleen en tal sentido, siendo el resultado que aquel elemento se desacredite, por que se atribuirà á impotencia suya, lo que solo es debido à la ausencia del elemento que debe secundarlo. En comprobacion de esto obsérvese como el sistema republicano, justo i racional en su esencia, el mejor de todos los sistemas políticos, vâ tal vez perdiendo opinion entre nosotros, porque habiéndolo manejado de mil maneras, de ninguna nos ha dado lo que apeteciamos, sinò siempre partidos, siempre conmociones, siempre trastornos. Pero la culpa no ha sido del sistema, sino de los hombres; i así es menester que nos empeñemos en reformar los hombres con preferencia à las instituciones. Esta es la época de las reformas i de las emancipaciones; con que empecemos reformando nuestras costumbres, i emancipandonos de nuestros vicios. Ninguna reforma, ninguna emancipacion mas gloriosa i juntamente mas

útil; ninguna mas digna de los heroicos pueblos que acometieron con suceso su emancipacion de la metròpoli, i la reforma de sus gobiernos.

Aquella reforma i aquella emancipacion son las que nosotros proclamamos, seguros de que el dia que sean efectuadas, todas las demas podran obrarse con mejor suceso. Tengamos hombres morales; es decir, hombres que hayan cultivado provechosamente sus facultades intelectuales, i hagan de los conocimientos un uso conveniente à su dicha i à la dicha jeneral; hombres sóbrios, templados, trabajadores, econòmicos, dados à la agricultura, à las fàbricas i al comercio, antes que à los empleos; hombres que circunscriban sus aspiraciones à términos racionales, que mantengan siempre sus pasiones bajo el yugo de su razon, i sus sentimientos bajo el imperio de su espíritu; hombres humanos, benéficos, tolerantes, compasivos, veraces, sinceros, próbidos, íntegros i fuertes; hombres que jamás se levanten contra la constitucion, ni contra las leyes, ni contra las autoridades, que estén siempre prontos à defender su patria, i que sacrifiquen al bien de esta, su quietud i tranquilidad, su ambicion i sus aspiraciones particulares, en una palabra que sean verdaderamente patriotas; hombres que sean buenos padres, buenos hijos, buenos esposos, buenos hermanos, buenos amigos; hombres, en fin, verdaderamente religiosos, que amen i teman al Ser Supremo, que esperen una vida eterna é inmortal, i un justo é inexorable fallo sobre sus obras; tengamos hombres así, i entonces à la sombra de las buenas instituciones políticas que poseemos i que paulatinamente iremos mejorando. la felicidad individual, i la pública por consiguiente, llegaràn à su mayor, grado de incremento.

EL AUTOR.

Nociones preliminares.



Muchos son los escritores que se han ocupado de la *Ciencia Moral*, muchos los que han pensado que ya nada podia descubrirse en la vasta estension de sus dominios. ¿Pero se han tenido jeneralmente ideas exactas de esta ciencia? ¿Se han penetrado su fin, sus medios, i su verdadero principio? ¿Se han redactado sus máximas sobre un plan regular i seguido, expuéstose en toda su luz, i con la enerjía necesaria para rendir el convencimiento i subyugar la voluntad?

No abrigamos la necia presuncion de poder juzgar á los que nos han precedido en el noble empeño de difundir los principios morales: cualquiera que sea el modo con que aquellos escritores hayan tratado la materia, ellos merecen bien de la especie humana, en cuya felicidad han tenido evidentemente intencion de trabajar.

Sea, pues, cual fuere hoi el estado de la *Ciencia Moral*, sean las que se quieran las adquisiciones en ella hechas, i el grado de acierto con que hasta aquí haya sido tratada, nosotros, sin mez-

claros en indagacion alguna sobre estos puntos, expondremos nuestras ideas segun la que de la *Moral* tenemos formada, i ensayaremos levantar su edificio sobre planes dignos de las luces modernas, no partiendo sino de principios evidentes i sencillos, i sin emplear otros materiales que los que la meditacion de la materia haya podido sujerirnos.

Al escribir una ciencia importa mucho fijar preliminarmente, de un modo preciso é incontrovertible, el *fin* á que dicha ciencia se dirige, *sus medios*, i el *plan* sobre el que el escritor la trata i desenvuelve. La carrera de este se descubre así en toda su extension á la primera ojeada, sus designios son luego conocidos, i cualquiera puede seguirle desde que empieza su marcha hasta que la termina, sin pena, sin tradicion ni embarazos. No sucede lo mismo cuando no se ha convenido de antemano en estas nociones prévias: entonces cada paso trae una disputa i todo es fatiga, oscuridad i caos.

Por esto hemos determinado exponer, antes de entrar en lo principal de la ciencia, su *fin*, *sus medios* i el *plan* que en su desenvolvimiento nos proponemos seguir. Tambien manifestaremos la utilidad del conocimiento i posesion de sus principios.

I.

FIN U OBJETO DE LA MORAL.

La *Moral*, lo mismo que todas las ciencias útiles i positivas, tiene por fin ú objeto la produccion de una suma de felicidad: si no pudiera dar este resultado deberia despreciarse por vana i estéril; i proscribirse como perjudicial i nociva desde que tuviera una tendencia contraria.

Pero la *felicidad* es un fin jenerico, es el blanco á que por diferentes caminos se dirijen todas las ciencias, i asi, se hace preciso ostentar el de la *Moral* en ideas mas cercanas, i presentarlo bajo formas mas perceptibles i definidas. Ademas, la palabra *felicidad*, teniendo algo de vago i aun de oscuro, necesita de esplicaciones.

Bajo dos aspectos debe considerarse el hombre: como habitante de la tierra, i como destinado á una vida futura é inmortal; así deben distinguirse tambien dos especies de felicidad, la *terrenal* i la *eterna*. ¿Ambas debe tenerlas en mira la *Moral*? ¿Debe dirijirse á producir las ámbas?

Agradable es á la verdad pensar que la *Moral* tuviera esta extension i que su solo ministerio bastara á hacer la totalidad de la dicha que puede concebirse para el hombre; pero es menester que no nos engañemos con ideas que si bien halagan i seducen, nada menos son que exactas i verdaderas. No hai duda que ambas especies de felicidad deben buscarse i producirse; mas cada una en su lugar i por el órgano que corresponde. Al *Moralista* incumbe la felicidad *terrenal*: la felicidad *eterna* es de cargo del Apóstol ó ministro de la Relijion. Sin embargo, *indirectamente* la *Moral* contribuye á hacer la felicidad eterna, i la Relijion abraza una i otra.

La felicidad del individuo durante su mansion en la tierra, es pues el objeto directo de la *Moral*.

¿Pero en qué cantidad i de qué modo contribuye la *Moral* á la felicidad del individuo? Para satisfacer esta pregunta es necesario desenvolver antes algunos principios.

En primer lugar debe sentarse que no se trata en la *Moral*, de la felicidad que la fantasía puede

concebir para el hombre en la vida presente; sino de la felicidad de que es susceptible el hombre en el mundo, como el hombre es, i como el mundo es; quiero decir, una felicidad mezclada i parcial, porque una pura i absoluta es imposible en la tierra. Ahora bien: esta felicidad de que es susceptible el hombre en la vida presente, no depende en su totalidad del hombre mismo, porque hai mil cualidades ventajosas que él no puede darse, sino que las recibe de la naturaleza, i tambien mil circunstancias favorables á su felicidad que él no produce ni dispone, sino que son efecto de conuinaciones i de hechos independientes de su voluntad. Tambien dimana en mucha parte la felicidad del hombre, del *gobierno* i de la *lejis-lacion*, sobre cuyos elementos tampoco impera. Pero si se necesita el concurso de la naturaleza, de las circunstancias, del gobierno i de la lejis-lacion para la felicidad individual, no es menos cierto que en mucha parte es tambien obra de la mano del hombre mismo, por la direccion que imprime á su conducta. Respecto de la parte de felicidad que depende de la naturaleza, nada puede hacer la *Moral*; como tampoco respecto de la que depende de las circunstancias, del gobierno i de la lejis-lacion; de manera que la cantidad de felicidad que la *Moral* tiene en mira, es aquella que nace de la conducta *libre* del hombre; i aun de esta debe rebajarse toda aquella porcion que pueden comprender las leyes, porque cuando habla el lejis-lador en el mismo sentido que el *Moralista*, el *Moralista* debe callar.

En cuanto al *modo* como contribuye la *Moral* á la obra de la felicidad humana, vamos á decirlo. Entre las acciones que dependen de la voluntad

del hombre, hai unas cuya práctica le deja bienes sin producir males para nadie, i otras que le acarrearán males sin producir bienes para nadie. Si el hombre ejecuta las primeras, i se abstiene de las segundas, hará no hai duda lo que á él le toca en orden á su felicidad. Pero no es seguro que el hombre siempre lo haga asi; porque tanto la práctica de aquellas como la abnegacion de estas, exige un sacrificio prévio de su parte; es decir, que para ejecutar las unas tiene que sufrir alguna pena, i privarse de algun goce para abstenerse de las otras. La *Moral* presenta al hombre i pone cerca de sus ojos, en la claridad de la luz meridiana, todos los motivos que deben determinarle á hacer este sacrificio en ámbos casos; i he aquí el modo como la ciencia que tratamos contribuye á la produccion de la felicidad individual.

Pero el valor para hacer este sacrificio de intereses débiles i efimeros á bienes mas estimables, mas sólidos i duraderos, constituye la VIRTUD; i la falta de firmeza para nacerle, el VICIO; luego, al favor de una sencilla traduccion de términos, podemos decir todavía, que el modo como la *Moral* contribuye á la felicidad humana es presentando motivos para mover á la virtud i retraer del vicio, i por consiguiente podemos tambien concluir que *mover á la virtud i retraer del vicio*, es el fin cercano é inmediato de esta ciencia.

II.

MEDIOS DE LA MORAL.

Mover á la virtud i retraer del vicio es el fin de la *Moral*; ¿qué medios emplea para llegar á este fin?

Como el *Moralista* no dispone de poder alguno, como no está revestido de ninguna autoridad, como no es mas que un hombre que habla á todos los hombres; se sigue claramente que sus medios no pueden ser distintos de los de un particular que quiere mover, en este ó en aquel sentido, á otro particular sobre el que ninguna autoridad tiene, ni poder alguno ejerce. ¿I cuáles son los medios del particular en tal caso? ¿qué resortes pone en juego para lograr sus designios? El simple particular que quiere influir sobre la voluntad de otro, se dirige á la intelijencia i á la razon de este, pone delante sus ojos todas las ventajas de ceder, todas las desventajas de no ceder i así llega al fin á persuadirle sin violencia ni coaccion en el sentido de sus deseos. Tales son los medios de un particular, i estos mismos, estos precisamente deben ser los del *Moralista*, quien, como hemos visto, nada mas es que un simple particular, sin autoridad i sin mision.

La *persuacion* es por tanto el medio que emplea el *Moralista* para llegar al objeto de sus miras; mas claro para mover á la virtud i retraer del vicio. Pero no debe limitarse á esto solo: si quiere dar una ancha i sólida base á su sistema, es menester que despues de hecho el análisis de las acciones humanas, asegure la observancia de las reglas de conducta que de este análisis habra deducido, manifestando como ellas están en la voluntad de un ser eterno, autor de lo creado, que hace de estas mismas reglas otros tantos deberes, cuyo cumplimiento exige de todos los hombres, i cuya infraccion castiga conforme á la inmutabilidad de su justicia, i á la sabiduría de sus profundas miras. Ligado así el convencimiento

al deber, el triunfo del Moralista es seguro, i ya se ha visto que este triunfo del Moralista es el de la virtud.

III.

EXCELENCIA DE LA MORAL.

De lo dicho hasta aquí se sigue que la Moral es una *esposicion regular i metódica de los motivos que deben determinar al individuo á seguir la virtud i á apartarse del vicio*, en otros términos, á adoptar la línea de conducta que trazan la conveniencia i el deber. ¿Pero este objeto es útil? ¿No sabe cada individuo, mejor que otro alguno, qué línea de conducta le conviene i debe seguir? ¿Ni quién puede formar juicio mas acertado de sus intereses i de sus deberes que el individuo mismo que los siente i los percibe?

Si el hombre tuviera una prevision innata de los resultados de sus acciones, aun los mas lejanos, si descubriera con un ojo claro toda la extension del porvenir, si en la misma senda del bien no se encontraran motivos repulsivos, i en la del mal placeres seductores i engañosos, es decir, que balagan por su dulzura pero que van seguidos de una larga cadena de penas, el ministerio del *Moralista* seria superfluo é innecesario, como hemos sentado lo es respecto de las acciones puramente de gusto, i de aquellas de que el individuo se aleja sin necesidad de que se le compela con ninguna clase de motivos. Pero el hombre es de una vida limitada, i el porvenir está siempre envuelto en sombras. La entrada de la virtud por otra parte, es estrecha i penosa, como la del vicio es amplia i desembarazada; se necesita pues un ministerio que ponga

al alcance de la vista del hombre sus verdaderos intereses, que difunda la claridad i la luz sobre los caminos de la vida, que aliente á la virtud i que retraiga del vicio. Este ministerio es el que ejerce el Moralista: júzguese ahora de su utilidad.

No negamos que el individuo mismo es el mejor juez de lo que le conviene i de lo que no le conviene, ni menos pretendemos mantenerle en una tutela degradante i minuciosa, despues que ha llegado á adquirir plenamente el uso de su razon, i el ser de hombre. No: sabemos que nadie puede apreciar las propias sensaciones con mas justicia i exactitud que el individuo mismo que las siente; sabemos que es torpeza i aun locura querer que vea su felicidad donde él no la ve, ó que la busque donde él cree que no la puede hallar; pero tambien es menester no dar á ciertos principios en boga, mas valor del que en la realidad les corresponde, ni tomarlos así en los términos en que suenan. El hombre es el mejor juez de sus propios intereses ¿quien lo duda? pero no el hombre ciego, el hombre inculto, el hombre que aun no ha recibido las lecciones del tiempo, ni oído los consejos de la sabiduría. Los salvajes de la Luisiana, dice Montesquieu, cortan el árbol para cojer el fruto; deciden bien de sus intereses?.... Desengañémonos; para que el hombre forme juicios rectos i exactos acerca de lo que le conviene mejor es necesario ilustrarle, es necesario darle la experiencia de los siglos recojida por la observacion, es necesario perfeccionar sus medios de discernir, é instruirle en la manera como debe manejarlos; en una palabra, es necesario enseñarle á cojer el fruto sin cortar el árbol que le produce, para poder cojerlo siempre.

Debe á esto agregarse que la *Moral*, al menos como nosotros la entendemos, no tiraniza en manera alguna la razon ni el sentido de los hombres. Ella se contrae á ausiliar al individuo en el cálculo de los bienes i de los males, á acercarle los que no se hallan al alcance de una prevision ordinaria, i á hacer entrar en la apreciacion que el individuo mismo debe hacer, todos los que puede producir un determinado jénero de conducta. ¿Podia el individuo decidirse por los resultados inmediatos de las acciones? La *Moral* no le deja que se pare únicamente en estos, ella lleva su atencion por todas las consecuencias, hasta las mas remotas i lejanas, hace que todas las tenga en consideracion, que todas las pese, i que las conozca todas antes de decidirse. La *Moral* no le exige el sacrificio de su razon ni de su modo peculiar de sentir; quiere únicamente que antes de determinarse tenga en cuenta los resultados que ella misma habrá tenido cuidado de desenvolver delante de sus ojos, i presentar á su espíritu.

Ni hai que esperar que estos officios del *Moralista* para dar rectitud á los juicios individuales, é imprimir una buena direccion á la conducta humana, puedan ser reemplazados por el efecto de la sola experiencia de cada uno. La instruccion vendria así á recibirse demasiado tarde i bien á costa del individuo mismo. Pudiera aun suceder que cuando el hombre á fuerza de sufrir, viniera á persuadirse que tal jénero de conducta es malo, ya hubiera este echado tan hondas raíces en su corazon que la enmienda fuera de todo punto imposible. Pero si no se quisiera conceder esto, por lo menos el mal pasado estaria hecho, aunque sirviera para precaver el venidero.

Nada es mas frecuente que oír decir á hombres de edad: ¡oh! si empezáramos ahora á vivir de nuevo i con la experiencia que tenemos! Esta exclamacion puede interpretarse como una prueba perentoria de la utilidad de los conocimientos morales; porque, en efecto, ella no quiere decir otra cosa, sino que si el hombre empezara á vivir con las luces que suministran el tiempo i los acontecimientos, su conducta sería mas conforme i apropiada para alcanzar la felicidad, porque todos constantemente anhelamos. I ciertamente ¡qué ventajoso no sería que el mozo tuviera la experiencia del viejo! que el que empieza la carrera de la vida pudiera hacerla con los conocimientos del que va ya declinando en ella! El camino sería entonces perfectamente desembarazado, la luz se hallaría sobre él, el fin estaría manifiesto, i todo hombre haría su marcha sin vacilaciones i sin peligro de extravíos. El caminante que hace una ruta que ya otras veces hizo, se dirige con seguridad, no experimenta azares algunos, i termina su viaje con el éxito que acertara á apetecer.

Ahora es mui natural preguntarse uno mismo: ¿no habria algun medio de dar á los inexpertos en el camino de la vida, los conocimientos de los que son amaestrados en ella? Si lo hai, i uno mui sencillo, la *Moral*. La *Moral* verdaderamente dá al jóven la experiencia del anciano, i hace que el que empieza á vivir, se conduzca como si despues de haber vivido muchos años, empezara á vivir de nuevo con los conocimientos que entonces tuviera; véase pues, cual es el grado de importancia que corresponde á esta ciencia, que hace que el jóven se conduzca como el anciano, el que empieza la vida como el que la acaba.

Un jóven provisto de conocimientos morales, es verdaderamente un anciano que empieza á vivir, reuniendo á la fuerza de la primera edad el juicio i la sensatez de la última.

Al entrar el hombre en el mundo, ó mejor dicho, al llegar á aquella época en que dueño de sí mismo, dispone él solo de su conducta i acciones, las primeras cuestiones que naturalmente debieran ocurrírsele i tratar de resolver son estas: ¿qué soi yo? ¿para qué he venido al mundo? ¿qué conducta debo seguir en él? Lo que quiere decir en otro lenguaje que el primer estudio que debiera llamar la atención del hombre, es el de la *Moral*; porque es esta ciencia la que le dá el conocimiento de sí mismo, de su fin ó destino en el mundo, como de la línea de conducta que le conviene seguir para llegar á este fin. Se ha dicho sentenciosamente que el hombre no sabe de donde viene, ni para donde vá, i si ello es cierto, debe convenirse en que esta ignorancia dimana en gran parte de la de la *ciencia Moral*.

El hombre que se presenta en el mundo sin conocimientos morales ¿qué riesgos no está espuesto á correr! Es un ciego marchando sin guia sobre los mas espantosos precipicios. I no hai que ver en esto ninguna exajeracion. Reflexiónese cuantos modos de conducta existen capaces de hacer infeliz al individuo, cuantos vicios de los cuales uno solo bastaría á perderle para siempre, cuantos caminos, cruzándose en todas direcciones, que conducen inevitablemente á la desgracia, á la desesperacion i á la ignominia, i se verá que nada hai de hiperbólico ni de estremado en nuestras expresiones. Aun si lo meditamos mas, hallaremos que todavía no nos hemos explicado

con bastante exactitud, porque á lo que llevamos dicho debe agregarse que hai una multitud de placeres seductores i falaces atrayendo al hombre hácia estos caminos de muerte i de envilecimiento; i entonces ya se ve que no es solamente un ciego marchando sin guia sobre precipicios, sino marchando con un guia engañoso i malévoló que solo trata de descaminarle i perderle. I siendo esto evidente, ¿cómo podría desconocerse la necesidad que tiene el hombre de tomar un guia verdadero que le lleve por los caminos de la virtud, i le aleje de los que conducen al vicio? ¿cómo podría desconocerse que sin el auxilio de la *Moral* seria un milagro que encontrara la senda de la verdadera dicha? Cuando se marcha sobre un mundo cubierto de tinieblas i todo sembrado de abismos, la luz de la *Moral* es tan necesaria, como lo es la de una antorcha para entrar en una pieza oscura cuyo pavimento estuviese por todas partes cubierto de embarazos i de peligros.

Continuamente oimos á los hombres lamentarse del inmenso vacío de su corazón, continuamente les vemos afanados, llenos de fatiga i de congoja, siguiendo una felicidad que les parece tocar á cada instante, i que raramente alcanzan. Hai quienes en la cima de la opulencia i del poder tienen que asombrarse al verse desgraciados en medio de tantos elementos de fruición i de dicha. ¿De donde puede esto provenir? Será que no se han formado ideas exactas de lo que puede llenar el corazón humano? Será que buscan la felicidad en los caminos donde ella no se halla, ó que quieren entrar en los parajes en que habita por puertas que el capricho de los hados no abre sino de siglo en siglo i eso á un pequeño número

de escogidos? Ciertamente estas i no otras deben ser las causas del mal-estar que oprime á tantas jentes, de la inquietud i turbulencia de los deseos de la jeneralidad de los hombres, de la vanidad de sus esfuerzos para conseguir la dicha, del tédio que abrumba i fatiga al rico apesar de su riqueza, i del vacío que á despecho de su poder atormenta i mortifica al poderoso. Las tinieblas en que andan enyuetos es el orijen de las equivocaciones que sufren acerca de la felicidad que todos buscan, i la causa de que nadie acierte con la suya. Mas enciéndase la antorcha de la *Moral*, i á su luz pura i despejada cada uno verá que cerca tiene de sí el objeto de su constante anhelo, i que fácil le es poseerle.

Si se supiera de cierto haberse descubierto un secreto, haberse encontrado un medio infalible para prolongar la existencia i vivir dias contentos i dichosos; qué esfuerzos, qué sacrificios no se hicieran para poseerle! Cualquier fatiga se volviera soportable, cualquier trabajo pareciera liviano i llevadero á la vista de tan preciosa adquisicion. Pues entiéndase que este medio existe; si, la *Moral* le ofrece, la *Moral* revela este importante secreto, i lo mejor es que no exige grandes i poderosos esfuerzos, ni pide mas sacrificio que el de nuestra ignorancia, de nuestra pereza, de nuestra destemplanza, de nuestro amor á la ociosidad, de nuestra disipacion, de nuestra inmoderacion en los deseos, de nuestro desenfreno en las pasiones, de nuestra vanidad, de nuestra locura; en una palabra, de nuestros vicios. A este módico precio que está en manos de cualquiera proporcionarse, pues que no es menester para conseguirlo sino un noble i varonil esfuerzo, la *Moral* nos ofrece ina-

preciables tesoros de ciencia, fuerza i de enerjía intelectual, vigor, salud i robustez, medios para satisfacer cómodamente nuestras necesidades, placeres vivos, puros é inagotables, aprecio i consideracion de nuestros semejantes, satisfaccion i contento interior; i para decirlo de una vez, dias largos, serenos i dichosos en una juventud de cuerpo i de espíritu, constante é inalterable.

No negamos que hai verdaderamente acontecimientos i circunstancias mas poderosos que la *Moral*; pero tambien debe confesarse que supuestos estos raros acontecimientos i estas circunstancias igualmente raras, el hombre virtuoso hace inmensas ventajas al que la *Moral* no ha robustecido ni fortificado. El primero puede modificar mucho su suerte i hacerla menos dura é inexorable; mientras que el segundo solo puede volverla mas adversa, inflexible i enemiga. Aquel, segun la bella espresion de un filósofo, es, en la desgracia, un atleta "que mide sus fuerzas con las del destino i lucha cuerpo á cuerpo con él." Nosotros añadiremos que es posible no le venza, pero le disputará palmo á palmo el terreno de su dicha, i temperará siquiera sus rigores. El otro al contrario, se dobla á los primeros golpes, jíme al aspecto de la adversidad como un pequeñuelo á la vista del látigo, i muere en el polvo con el oprobio i la ignominia de un cobarde.

IV.

PLAN DE ESTA OBRA.

Nosce te ipsum.

Teniendo por objeto la *Moral* la felicidad del *hombre* en la parte que esta dimana de su conducta, es claro que no puede descansar sobre otra base sólida i segura que el conocimiento del hombre mismo. Querer dar reglas á la conducta humana no partiendo de este principio, es querer llegar á un objeto dejando precisamente el camino único que á él puede conducir. La *Moral* no se ocupa sino del hombre, i por lo mismo no puede tener otro fundamento que el conocimiento del hombre; siendo cierto que nada es tan imposible como tratar bien, de un ser que no se conoce bien. Conozcamos, pues, al hombre, sometámosle á un escrupuloso i dilijente análisis, i el resultado de este nos dará la base i planta del edificio moral.

¿Qué es el hombre? Para resolver esta cuestion no hai que ir á consultar á los filósofos: ellos nos darian una *definicion*; pero una definicion no puede servir de fundamento á la *Moral*. Dijéramos á lo mas que el hombre es un *animal racional*, i ya se vé que esto nos dejaría tan ignorantes de lo que el hombre es, como lo estuviéramos al principio. Pero si los filósofos no pueden darnos el conocimiento que necesitamos ¿cómo le adquiriremos? Fácilmente, *analizando*. Analizando conoce el químico la composicion de los cuerpos, i analizando, el físico descubre las leyes á que están sujetos: ¿por qué el Moralista cuando trata de conocer al *hombre* habria de seguir otro camino?

¿porqué abandonaríamos un método al que las ciencias naturales deben todos sus progresos?

El *análisis* es, pues, el medio de que vamos á valernos para llegar al conocimiento del hombre, sobre el que debemos basar toda nuestra obra. I no se crea que siguiendo este método necesitamos, para llegar al fin, largos años de observacion, ni el exámen de muchos hombres: basta examinar un solo hombre en un solo dia; porque como es un hombre son todos los hombres, i como es el hombre de un dia es el de todos los siglos.

Tomemos, pues, un hombre cualquiera, tomémosle en cualquiera dia, i pongámonos á contemplarle atentamente desde que se levanta hasta que vuelve á colocarse en el lecho. Supuesta una acuciosa observacion, notaremos en él lo siguiente:

1.º Que piensa, discurre, medita, juzga, recuerda &c; mas breve, que está dotado de FACULTADES INTELLECTUALES.

2.º Que experimenta unas sensaciones vivas i punjentes que le impelen á buscar i tomar lo que llamamos *alimentos*: otras que le hacen cubrir el cuerpo de *vestido*: otras que le obligan á recojerse en una casa ó *habitacion*: otras que le llaman periódicamente al *reposo*; i otras, finalmente, que le inclinan á la *reproduccion*: en una palabra, notamos que tiene NECESIDADES.

3.º Veremos igualmente que está sujeto á experimentar otra clase de sensaciones, de diferente especie, que le mueven i llevan hácia algun objeto ó fin que concibe como bueno. Tales sensaciones producen en él aquellos modos de ser que llamamos DESEOS.

4.º Deduciremos tambien de nuestro exámen los SENTIMIENTOS, los cuales son aquellas emociones

interiores ó percepciones morales que comunican al espíritu, bien expansion, bien abatimiento, tales como la *esperanza*, el *temor* &c.

5.º Finalmente, observaremos que el hombre, desde que nace hasta que desaparece de la escena de la vida, está rodeado de otros seres sus semejantes á los cuales, diferentes vinculos le estrechan i le ligan. En efecto, en todas las edades, en todos los períodos de su existencia, encontramos al hombre en la sociedad: en ella le vemos nacer, crecer i conservarse, á ella le vemos siempre unido, por lazos mas ó menos fuertes, pero que nunca llegan á romperse. El ser que tiene lo debe á alguno de estos mismos seres; con otros ha pasado las dulces horas de la mañana de la vida, formándose en un mismo seno, i habitado bajo un mismo techo; otros le deben á él la existencia que llevan; con otros, por simpatias ó servicios recíprocos, ha venido como á identificarse i formar un solo ser; á la asociacion política en que vive él es deudor de cuidados especiales, i finalmente, con todos los hombres está ligado por identidades i semejanzas las mas perfectas. De otro modo quiere todo esto decir que el hombre es un ser relacionado, que es hijo, que es hermano, que es padre, que es esposo, que es amigo, que es ciudadano, i en jeneral miembro de la gran familia humana; i por consiguiente, á lo que ya habiamos notado en él, debemos agregar ahora SUS RELACIONES.

Pero es menester advertir que fuera de estas relaciones, puramente humanas, encontramos en el hombre otras de un orden mas sublime i elevado; quiero decir las que le unen á la Divinidad.

He aquí el hombre, he aquí lo que el hombre es para el *Moralista*; facultades intelectuales, nece-

sidades, deseos, sentimientos i relaciones. Sin duda que reúne otras propiedades i atributos, otras capacidades i funciones; pero que ó son de un orden puramente mecánico, ó sin conexión alguna con su felicidad en la parte que esta dimana de su conducta, i por lo mismo no tomamos tales cosas en cuenta, ni debe temerse que su desatención nos conduzca á error alguno. Si nosotros debiéramos presentar una descripción del hombre, bajo todos aspectos completa, tendríamos que hacer un tratado de anatomía, otro de ideología, i quien sabe cuantos mas. Pero nosotros no estamos en esta necesidad: la moral se limita á conocer en el hombre aquellas cosas de que su felicidad terrenal puede resultar. ¿Qué le importa, por ejemplo, á esta ciencia, saber que el hombre tiene la facultad de caminar, sentarse ó permanecer en pié? que se compone de huesos, músculos &c? Que las facultades intelectuales son susceptibles de estas ó aquellas divisiones? Nada absolutamente, nada.

Lo repetimos por tanto: *facultades intelectuales, necesidades, deseos, sentimientos i relaciones*, son para la Moral todo el hombre; sigamos ahora las consecuencias.

Hemos dicho al principio de este capítulo que es el hombre el campo donde debe trabajar el Moralista, que al hombre es que debe dirigir i aplicar su acción; pero acabamos de ver que, bajo el aspecto moral, el hombre no es sino el conjunto de sus facultades intelectuales, de sus necesidades, de sus deseos, de sus sentimientos i de sus relaciones; luego es claro, luego es evidente i palpable que son estos objetos los que forman el patrimonio de la ciencia que tratamos, i que

por lo mismo es sobre ellos que debe ejercitarse, para hacer, en la parte que le toca, la felicidad del individuo durante su mansión en el mundo. Esta á la verdad no puede verter de otras fuentes. Cultive el hombre sus *facultades intelectuales* i haga buen uso de ellas: satisfaga sus *necesidades* de manera que su satisfaccion no le ocasione males: circunscriba i limite sus *deseos* á lo posible i racional: enfrénelos i domínelos, cuando han venido á ser pasiones, gobierne estas, i en vez de recibir el yugo de ellas, hágalas tirar del carro de su dicha: modere i rija sus *sentimientos*: en fin, sea buen hijo, buen hermano, buen padre, buen esposo, buen amigo, buen ciudadano i en jeneral, buen miembro de la especie humana, i su felicidad está hecha i conseguida en cuanto depende de su conducta, i por consiguiente en la parte que á la *Moral* toca.

Ahora podemos, sin trabajo, trazar la planta del edificio que nos proponemos levantar. En efecto, habiendo demostrado que el campo de la *Moral* es el hombre, i que este, bajo el aspecto que aquí le miramos, se compone de sus facultades intelectuales, de sus necesidades, de sus deseos, de sus sentimientos i de sus relaciones, se sigue claramente que tales son los objetos que un tratado de *Moral* debe comprender. Nosotros dividimos por tanto el nuestro en cinco partes, á saber:

1.^a De la *Moral* con relacion á las FACULTADES INTELECTUALES.

2.^a De la *Moral* con relacion á las NECESIDADES.

3.^a De la *Moral* con relacion á los DESEOS.

4.^a De la *Moral* con relacion á los SENTIMIENTOS.

5.^a De la *Moral* con relacion á las RELACIONES.

He aquí nuestro *plan*: pero si apesar de la evidencia de la teoría sobre que lo fundamos, se creyere que además de sus facultades intelectuales, de sus necesidades, de sus deseos, de sus sentimientos i de sus relaciones, hai todavía en el hombre alguna otra cosa de que pueda la Moral hacer verter para él una porcion de felicidad, indiquemos, i añadiremos una otra parte á esta obra: el trabajo verdaderamente no seria sino este solo.



UNIVERSIDAD
DE
SALAMANCA

Biblioteca Sala de Patrimonio

PARTE PRIMERA.

De la Moral con relacion á las facultades intelectuales.

No es del resorte de la MORAL entrar en el análisis i clasificacion de las facultades intelectuales del hombre. Ella deja este cuidado á la IDEOLOGIA, i considerándolas en conjunto, se limita á abrazar dos puntos: 1.º su CULTIVO: 2.º EL FIN á que este debe dirigirse.

CAPITULO I.

Del cultivo de las facultades intelectuales.

La superioridad de que el hombre goza sobre el resto de la creacion, la debe conocidamente á sus facultades intelectuales. Innumerables son las especies de la escala animal que le exceden en fuerza, en corpulencia i en otras calidades físicas; mas el hombre se eleva sobre todo, todo lo sujeta i lo domina por el poder de la intelijencia i de la razon. Sin estos atributos divinos sería el mas débil de los séres, i apenas figurara en el mundo una clase demasiado oscura i subalterna.

¿Cómo ha podido, en efecto, suceder que naciendo flaco é inerme haya llegado á adquirir un imperio tan grande sobre todo lo que respira? que se haya enseñoreado sobre cuanto se encuentra á su alcance? que se gobierne i modifique á sí mismo, mande i rija sus destinos? que disponga del tiempo, tanto presente como pasado i futuro? que haga producir á la tierra, aun en los parajes mas ingratos, variadas i abundantes cosechas? que haya surcado los mares, unido las rejiones mas remotas, inventado las artes, i creado todos los encantos i comodidades de la vida? ¿Cómo, repito, ha podido hacerse esto? ¿Cómo un ser débil, cual es el hombre, se levanta con el dominio de la creacion, i se hace obedecer por donde quiera que puede llevar su mano, ó hacer percibir su voz? Solo las facultades intelectuales que le ennoblecen, pueden explicar satisfactoriamente estos asombrosos hechos.

Mas no hai que engañarse creyendo que tal como el hombre sale de las manos de la naturaleza, posee este inmenso poder, ni esa suma prodijiosa de recursos. No; es menester que cultive su razon, que la perfeccione i estienda para que pueda elevarse á aquel grado de superioridad que la dá el imperio del mundo, del tiempo i de sí mismo. Sin esta condicion el hombre sería un salvaje, que apenas se diferenciaría de los brutos.

El cultivo de sus facultades intelectuales debe por tanto ser uno de los primeros objetos de la atencion de todo hombre que aspira á ser feliz. Nada es ciertamente mas contrario á su dicha que el estado de ignorancia, en el que degradado i embrutecido, espuesto á sufrir todos los males, rara vez goza de bienes, i aun entonces sus frui-

ciones son menos puras, intensas i duraderas que las del hombre culto. La ciencia, por el contrario, es un manantial inagotable de goces, i el poder, excelencia i recursos que comunica al que la posee, son mas preciosos que todo el oro de la tierra.

¿Qué serían los hombres sin cultivo? ¿qué las sociedades compuestas de tales hombres? No es menester decirlo: á la enunciacion de semejantes cuestiones cualquiera se figura en el momento una manada de bestias feroces, careciendo de todo, marchando sin destino i viviendo en una guerra cruel, implacable i esterminadora. Gobernados despóticamente por sus pasiones i brutales apetitos, no acordándose del pasado, no pensando en el porvenir, no conociendo el presente, sin experiencia, sin prevision, rodeados de espesas tinieblas, vivirían oprimidos por todo jénero de sufrimientos, de privaciones i males. Sus medios serían limitados, sus goces impuros i groseros, i despues de haber agotado en una existencia rápida todo lo que la copa del dolor tiene de mas amargo, desaparecieran de la faz de la tierra sin dejar el menor vestijio de su carrera.

La ignorancia del individuo en las sociedades civilizadas no es menos funesta i enemiga de su dicha i bienestar personal. Es verdad que entónces se halla el hombre en medio de los elementos de goce que el estudio, la aplicacion i el activo esfuerzo de los demas habrán creado; pero estos elementos ó llegan á serle inaccesibles por su falta de cultura, ó no acierta á disfrutar de ellos, ni sabe hacerles producir todas las ventajas que son capaces de dar. Por otra parte, hai conocimientos que debe tener el individuo mismo; conocimientos de una importancia tal que si careciera de ellos

seria siempre un ente dejenestado é imperfecto. Todos los dias vienen á ponerse delante de nuestros ojos innumerables ejemplos de lo que vale el saber, i de las ventajas que relativamente á la felicidad hace el hombre ilustrado al ignorante, é inculto — todos los dias palpamos que el primero enriqueciendo su espíritu de ideas positivas i de útiles conocimientos, perfecciona su modo de ser, fortifica sus facultades, ensancha su esfera de accion, aumenta sus medios de gozar, se eleva sobre sus semejantes, i vive entre ellos rodeado de estimacion i respeto; mientras que el segundo arrastra con trabajo una existencia limitada, parcial, miserable i envilecida. Mas prescindiendo de este informe diario de nuestros propios sentidos, la razon sola bastaría a establecer la misma verdad de una manera inconcusa i perentoria; por que en efecto ¿cómo podría negarse que el conocimiento de sí mismo, de sus semejantes, del mundo tanto fisico como moral, de las leyes que á uno i otro rijen, pone al hombre en la condicion mas propia para producir i multiplicar los elementos del bien, estirpar i reducir los del mal? A si esta condicion no es tambien la mas favorable al desarrollo i crecimiento de la felicidad, ¿cual lo seria? Seríalo la del ignorante? Pero entónces la del salvaje sería forzosamente mejor, i mejor aun la del bruto.

El mundo, se ha dicho, es de los valientes; mas esto no es exacto, sino en aquellas épocas raras en la vida de las naciones, en las que el poder público se disuelve i es reemplazado por las fuerzas particulares. En estas crisis espantosas, en medio de la conmocion i del trastorno, es que el valor eleva su tronó i que los valientes rijen la tierra.

Mas en el modo de ser ordinario de las asociaciones, en su marcha regular, normal i permanente, el mundo no es del que puede sojuzgarle, sino del que puede gobernarle i dirigirle — el mundo entonces es de los sábios.

No se concibe un solo estado, una sola posicion social, en que el cultivo de las facultades intelectuales sea menos útil, menos interesante i necesario para la felicidad de los hombres. Ni la opulencia, ni los tronos se eximen de esta condicion, i se necesita desconocer enteramente la historia de los pasados siglos para no ver que los reyes mas felices han sido precisamente los mas ilustrados, i que entre los que se han sentado debajo del mismo dosel, empuñado el mismo cétro, rejido los mismos pueblos, i dispuesto de los mismos recursos i elementos, pero que á estas identidades no reunian la de cultura i saber, unos han hecho la gloriosa carrera de Augusto, de Tito, de Marco Aurelio, i otros la infame i vergonzosa de Neron ó de Tiberio.

En cuanto á la opulencia es fácil percibir que sus goces serian limitados, i acaso los menos propios á dar una verdadera dicha, si los conocimientos no dirijieran el empleo de sus abundantes medios, i si el estudio i los placeres del espíritu, no ocuparan aquellos largos intervalos que no puede llenar la riqueza, i que hacen tediosa i pesada la existencia.

Respecto de las clases de inferior condicion, las ventajas del cultivo de las facultades intelectuales aparecen bajo una evidencia mas tocante todavia. Destituidas de los medios de felicidad, necesitan mas de perfeccionar i robustecer esta potencia creadora que los produce, los economiza i mul-

tiplica—i degradadas, oscurecidas, sumidas debajo del polvo, es menester hagan brillar su razon si quieren elevarse i reunir medios de fruicion i goce. Permaneciendo en la abyeccion i en el embrutecimiento, nunca serán mas que la triste victima de la miseria i del dolor.

Sean por tanto cuales fueren las diferencias accidentales que varias causas vienen á poner entre los hombres, todos, sin exceptuar uno solo, necesitan cultivar su espíritu, perfeccionar i extender su razon, para ser felices. La cultura i el saber aprovechan á todos: al que posee medios de dicha para conservarlos, i saberlos emplear sacando el mejor partido posible;—al que ninguno de estos medios tiene, para obtenerlos i hacer igualmente el uso mas provechoso de los que llegue á adquirir. El hombre culto en cualquiera situacion hace inmensas ventajas al ignorante colocado en la misma ú otra igual, porque marcha siempre en la luz i lleva siempre consigo un capital que no se destruye ni consume, que ántes bien se adelanta con el uso, i que aunque no aparece ni se ostenta, no por eso es menos real i efectivo. El ignorante por el contrario, camina entre sombras, vive en pobreza de espíritu, i á cada paso que imprime sobre la tierra está espuesto á abismarse debajo de sus pies. No negamos que son tales i tan diversas las circunstancias i vicisitudes de la vida, que no es imposible el espectáculo de un hombre culto en desgracias, ide uno inculto en fortuna; pero como ya lo ha dicho un filosofo, es verdad que “el insensato no es siempre desgraciado ni el sábio siempre dichoso; pero jamás logra aquel un contento perfecto ni jamás este es enteramente infeliz.”

Cultive, pues, todo hombre sus facultades intelectuales, fortifíquelas, estiéndalas, perfecciónelas, seguro de que recojerá abundantes elementos de bien estar i de dicha. Sin embargo, no se crea por esto que excitamos á los hombres á que abandonen las fábricas, los campos i los talleres, é invadan en masa los colejos i las universidades científicas. Hai un jénero de cultura tan necesario para la felicidad, como lo es el alimento para conservar la vida, i que cualquiera puede proporcionarse sin salir de la esfera en que la naturaleza le ha colocado, ni tomar una posicion exéntrica. Esta instruccion es la que creemos debe ser universal, como los artículos de subsistencia comun; dejando los estudios, clásicos, profesionales i de gusto á la comodidad é inclinacion de cada uno. No es dado á todos cubrir su mesa de manjares delicados i esquisitos; pero todos necesitan de pan para subsistir.

Es inútil detenernos á refutar los ataques que se han dirijido contra las luces i la cultura intelectual—ataques que todo el mundo conoce han nacido menos de un sincero convencimiento, que del deseo de lucir singularizándose de los demas. Pero si merece se combata aquella preocupacion funesta, por desgracia harto jeneralizada en nuestros dias, que mira el saber en pugna eterna con la relijion i con las costumbres. Hai verdaderamente una propension á creer que la ilustracion deprava, i vuelve á los hombres impios é inmorales; pero nada es mas gratuito é infundado que este cargo, si se dirije contra la instruccion en jeneral. Esta, cuando es lo que debe ser, cuando no consiste en beberse las ideas de un escritor, buenas ó malas, euando no se

reduce á un farrago de pensamientos superficiales, de nociones erroneas, de teorías frívolas, ó aéreas, en una palabra—cuando es escojida, sólida i pura, léjos de formar ateos i hombres viciosos i corrompidos, echa en los corazones de todos el jérmen de la piedad i de la virtud — de una piedad i de una virtud ilustradas, que no participan ni de las ridiculeces de la supersticion, ni de los furoros del fanatismo, ni de la ostentacion i orgullo de la mentirosa hipocresía. Si las luces no pudieran hermanarse con la relijion i la moral ¿qué debería concluirse? que solo los salvajes i los insensatos serían relijiosos i morales, i que el hombre se hallaría en la alternativa, bien triste por cierto, de elejir entre las tinieblas del espíritu i la depravacion del corazon. Mas afortunadamente no es así: las luces no pueden ser enemigas del principio puro de donde emanan, ni de la felicidad del hombre; i ser culto no es ser precisamente un Espinosa ó un Bayle.

CAPITULO II.

Fin á que debe dirigirse el cultivo de las facultades intelectuales, i uso de los conocimientos adquiridos á favor de este cultivo.

○ Mas para que el cultivo de las facultades intelectuales dé los preciosos frutos de que acabamos de hablar, es menester dirigirle á su verdadero fin, i hacer de los conocimientos adquiridos á favor suyo un uso real i positivo, á la par que apropiado para conseguir el fin mismo, que no es ni debe ser otro que la *felicidad*.

A primera vista esta enunciaci3n puede parecer inútil, i aun extravagante; mas si se piensa en lo que frecuentemente sucede acerca de este punto, luego se percibe en ella una verdad que no puede repetirse demasiado. ¡Cuántos son, en efecto, los que se dedican al estudio solo por el deseo de un lucimiento estéril! ¡Cuántos los que despues de haberse afanado noche i dia en adquirir conocimientos, cuando han hecho una vana ostentacion de ellos, los abandonan como inútiles á todo otro fin! Muchos son los que estudian por imitacion—muchos los que lo hacen para presentar un certámen, ó para obtener un título; mas son pocos los que cultivan sus facultades mentales con la mira de mejorar i perfeccionar su existencia. Ellos son tan locos como el comerciante que se fatigára sin cesar en amontonar riquezas, con el solo fin de ponerlas á la vista del público, ó con el de obtener una patente de hombre opulento, i que luego las arrojara á la calle, ó las encerrara en sus cofres sin hacer ningun uso de ellas. Tal es verdaderamente el caso del que despues de haber consagrado sus vijilias á la ciencia, se contenta con que le tengan por sabio, sin pensar en aplicar las luces adquiridas, á la produccion de su felicidad.

Esta equivocacion acerca del verdadero fin del estudio, produce otras acerca del estudio mismo, i dá oríjen á consecuencias que le pervierten i vician; porque cuando no es la felicidad lo que se tiene en mira, poco importa que haya congruencia entre esta i los conocimientos que procuran adquirirse—poco importa que estos sean ó no positivamente útiles i aplicables á los usos i necesidades de la vida; de la misma manera que

nada interesaría al que solo buscasse riquezas con el fin de ostentarlas i pasar plaza de rico, el que consistiesen en monedas lejitimas; bastaríale en efecto que lo parecieran.

Por tanto al dedicarse el hombre al cultivo de sus facultades intelectuales debe tener en mira el mejoramiento de su existencia fisica, moral i social, i dirigir esclusivamente à este fin los conocimientos que adquiriera. Respecto del saber profesional que se emprende como toda otra especulacion, por cálculo é interes pecuniario, el que le posee hace siempre de él el uso que corresponde, i sabe recojer su fruto sin necesidad de que se le estimule ni amoneste; mas respecto de las ciencias filosóficas i morales no sucede lo mismo; así vemos que un jóven que ha sostenido con brillo *conclusiones de Moral*, por ejemplo, cuando se halla en el mundo gobernándose por sí, en lo que menos piensa es en aplicar los principios que aprendió i sostuvo, á la direccion de su conducta actual, i es posible sea destemplado, disoluto ó taur, despues que él mismo defendió que la gula, el libertinaje, i el juego son perniciosos vicios. Otro que hizo estudio de *Mecánica* i expuso sus principios en un *lucido certámen*, tal vez no le ocurre inventar ó mejorar una máquina, i así de los demás; lo que proviene de que estas materias por lo jeneral se estudian antes para aparentar que para ser, mas para lucir que para iluminar.

Es pues importantísimo se persuada el hombre, que al cultivar sus facultades intelectuales, es fruto i no flor lo que debe proponerse recojer, i que por tanto solo las semillas que lleven el primero merecen su atencion. Así no correrá cie-

gamente en pos de lo que brilla, ni se dejará arrastrar de estudios aereos, inaplicables, estériles, ó tal vez nocivos; sino que buscará lo que es sólido i verdaderamente útil, lo que puede dar resultados prácticos, reales i efectivos, al propio tiempo que imprimirá un buen jiro á sus conocimientos i adquisiciones científicas, haciéndolos servir á la direccion de su conducta, á la mejora de sus modos de existir, al desempeño de las funciones de su condicion ó estado, al adelantamiento i perfeccion de las artes, á los progresos sociales, en una palabra á la *produccion de medios de felicidad*. Conducido así el cultivo mental, es imposible deje de producir abundantes cosechas de bien.

Despues de la produccion ó aumento de su dicha, el empleo mas noble i digno que puede dar el hombre á los conocimientos, es transmitirlos al ignorante, i hacerlos servir á la felicidad ajena, que llega entonces á formar como el complemento de la suya propia; pues que en efecto nada puede ser tan dulce como el contribuir á la dicha de un ente intelijente i sensible, i con quien nos ligan los lazos de la coexistencia i de la semejanza. Así mismo deben dirigirse á la produccion de la felicidad comun, en la que siempre está envuelto nuestro propio interes personal. El hombre, pues, que haya llegado á adquirir útiles i preciosos conocimientos, no debe encerrarlos dentro de sí mismo; de todos los egoismos este sería el mas degradante i miserable; sino que debe propagarles—i que jermenen, crezcan i fructifiquen por donde quiera: la dicha de otros no disminuirá por cierto la nuestra.

Mas, por el contrario, nada es tan opuesto al

verdadero fin del cultivo mental, como aquella perversión funesta que lo emplea á difundir el error, el sofisma, i la seducción al mal, diseminando así en la sociedad los mas activos jérmes de desdicha. Hai quienes arrastrados por un vil interés pecuniario, ó por el deseo de sonar, explotan la inclinación del hombre á lo que alhaga sus pasiones i sus locos deseos; i de aquí esa multitud de producciones impías, inmorales i obscenas, que se propagan con la rapidez del fluido eléctrico, i que solo sirven á fomentar el libertinaje, á irritar los apetitos, á formar los hábitos mas nocivos, á dar á las inclinaciones un vicioso i desarreglado curso, en fin á derramar por donde quiera principios que mas tarde ó mas temprano, producen al cabo la corrupción i el crimen. Tan obsecados como envilecidos i tan envilecidos como malévolos, sus autores no se paran en la magnitud del las desgracias que orijinan, i con tal que ellos hagan ruido ó acrezcan su fortuna, nada les importan los gritos i la desesperación de sus incautas víctimas; mas el desprecio de los hombres sensatos es su patrimonio, i la maldición de los mismos á quienes sacrifican, les persigue al fin, les alcanza i llena de oprobio su memoria.

Así es tambien como se ha desacreditado la causa de las luces—así es como ha nacido i puéstose á su frente esa línea que la combate i persigue. Guárdese pues el hombre que ha cultivado su espíritu, de dar este torcido i pernicioso curso á sus conocimientos; vertiendo en la sociedad, por la palabra ó por la pluma, ideas de una tendencia tan perniciosa i funesta. En cuanto á los que leen ú oyen, nunca tomarán demasiadas precauciones contra este jénero de escritos ó de doc-

trinas, i por mucho que seduzcan sus gustos, por mucha dulzura i placeres momentáneos que rebocen i brinden, siempre deben ver en el fondo un veneno corrosivo, capaz de emponzoñar la existencia, i esparcir por toda la carrera de la vida la amargura i el dolor. Los jóvenes son los que se hallan mas cerca del abismo que cavan estas producciones hijas de una desgraciada mezcla de talento i de perversidad; mas por fortuna la razon, bien dirigida, ejerce aun su imperio en la época del ardor i de las ilusiones, i no será difícil á un hábil preceptor poner en toda la claridad i evidencia de la luz, los males individuales que acarrea la lectura i acojida de semejantes producciones—el desperdicio i mal empleo del tiempo que à ellas se dedica, el descrédito de que cubren, i los horrores i precipicios á que encaminan; consiguiendo al fin que se miren con el desprecio, i aun indignacion que deben inspirar, como contrarias i enemigas de la felicidad i de la dicha.

Por lo demas, el hombre ilustrado debe evitar con todo esmero la presuncion i la arrogancia, como el abusar de la superioridad que sus luces puedan darle sobre los otros hombres. Nada realza tanto el brillo i hermosura de la ciencia, como la modestia i la docilidad de ánimo. Por mucho que el hombre haya cultivado su razon i enriquecido su espíritu, nunca llega á ser infalible, siempre permanece en una ignorancia relativa, i aun en la edad mas abanzada le quedan todavía muchas cosas que aprender. Ademas, el juicio humano es débil i sin apercibirlo está sujeto á pasar de las rejiones de la verdad á las del error, i tomar las tinieblas por la luz. Así el hombre debe á toda hora estar dispuesto á la duda, á la

discusion i al exámen, rectificando sus opiniones é ideas cuando quiera que las encuentre equivocadas ó falsas. La terquedad, la altivez, el orgullo, una hinchada satisfaccion propia, desdican en estremo de un hombre culto; i la intolerancia de los pensamientos ajenos, como el desprecio por todo lo que no ha salido de su cabeza, le rebajan i menguan en el juicio de la opinion.

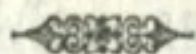


UNIVERSIDAD
EAFEF

Biblioteca
Salá de patrimonio

PARTE SEGUNDA.

De la Moral con relacion á las necesidades.



Las necesidades del hombre son infinitas; pero de todas pueden entresacarse cinco que parecen ser las mas constantes, jenerales é imperiosas, juntamente que la base ú orijen de las demas, á saber: 1.^a *necesidad de alimentarse*. 2.^a *necesidad de vestirse*: 3.^a *necesidad de alojarse*: 4.^a *necesidad de reposo* i 5.^a *necesidad de reproducirse*. Estas son tambien las únicas que pueden entrar en el dominio de la *Moral*; porque las otras, llamadas comunmente *facticias*, son tan varias como los individuos, i tan fujitivas que es imposible someterlas á un tratamiento regular i metódico. La prudencia i natural discernimiento de cada uno deben suplir la deficiencia de la *Moral* en esta parte, eliminando tales necesidades siempre que no puedan satisfacerse, ó que su satisfaccion ocasionen males mayores que el goce que proporcionan.

La *Moral*, por tanto, no se ocupa sino de las cinco necesidades que hemos enunciado, i al ha-

cerlo, no entran en su plan detalles ni porneros. Así cuando trata de la primera, no se para á considerar la calidad de las diferentes substancias alimenticias, de las bebidas, de los condimentos etc. Tampoco figuran en sus cálculos las edades, los sexos, los diferentes estados de salud ó de robustez, ni los temperamentos ó constituciones particulares; todo lo cual es del patrimonio de la *Higiene*, i lo mismo respectivamente en orden á los *vestidos, habitacion &c.*

¿Pero entonces á que se reduce la *Moral* con relacion á las necesidades? ¿qué es lo que enseña en esta parte? La *Moral* en esta parte enseña dos cosas: 1.^a *Modo de satisfacer el hombre sus necesidades:* 2.^a *Medios de asegurar fondos para esta satisfaccion.*

CAPITULO I.

Del modo como debe el hombre satisfacer sus necesidades.

§. 1.^o

NECESIDAD DE ALIMEMTARSE.

Esta necesidad es una de las mas urgentes é imperiosas. A ella ha confiado la naturaleza la conservacion del individuo, en términos que si dejara de satisfacerse, el dolor, la disolucion i la muerte serian las inevitables consecuencias. Como origen de vivos i variados placeres, hace uno de los papeles mas importantes en la vida; sin embargo, para que no dejenere i se convierta en

una fuente impura de males, es necesario que rijan su satisfaccion la *sobriedad* i la *templanza*; entendiendo por estas palabras la *oportunidad* i *moderacion* en el uso de los alimentos i de las *bebidas*.

Previsiva cuanto cauta, la naturaleza ha empleado dos poderosas sensaciones para asegurar la alimentacion del individuo, el *hambre* i la *sed*. Estas sensaciones son tambien las que dan al hombre la medida i la regla para la satisfaccion de la necesidad misma, de modo que no puede sobreponerse á ellas ni excederlas sin experimentar graves sufrimientos. Nada es ciertamente tan perjudicial á la salud i á la prolongacion de la existencia, como anticiparse á estos estímulos naturales, ó ir mas lejos del punto en que han desaparecido. El hombre en su parte fisica es una verdadera máquina, i si se carga demasiado ó fuera de tiempo i ocasion, preciso es que sus movimientos pierdan la regularidad i el orden, que se gaste rápidamente, se debilite, se enerve, i al fin se disuelva i aniquile. La observacion i la experiencia confirman de consuno esta verdad. En la mañana de la vida se ven marchitar las constituciones mas robustas, se las ve abatirse i desfallecer al peso de la intemperancia; mientras que hombres de nacimiento endebles, se fortifican, se robustecen i viven largos dias á beneficio únicamente de un réjimen de templanza i de sobriedad.

Pero no es esto solo—no es un porvenir lejano lo único que puede presentarse á la imaginacion de los hombres para hacerles sóbrios i abstinentes: aparte del peligro de las enfermedades, de una vejez prematura i de una muerte anticipada, que-

dan todavía consideraciones no menos fuertes i poderosas, combatiendo en el mismo sentido. En efecto, el primer resultado de la intemperancia i de la gula, es debilitar los órganos digestivos, viciarlos i dañarlos de manera, que al cabo el hombre se hace incapaz de percibir el menor placer en la mesa, i aunque esta se cubra para él de los manjares mas delicados i esquisitos, los mira con repugnancia i hastío; de modo que por un goce efimero, habrá cegado para siempre un manantial de vivas satisfacciones, que la moderacion hubiera hecho inagotable. La sobriedad por el contrario conserva al hombre el vigor de sus órganos i la enerjía de su apetito, hace que siempre se ponga á la mesa con gusto, i que diariamente encuentre en ella el principio de placeres sencillos, pero constantes i puros. Así el gloton i destemplado corta el árbol para cojer el fruto—el otro coje el fruto i cultiva el árbol para que vuelva á producirlo.

Pero demos un paso mas—fijemos la vista en un hombre que se ha hartado de manjares i de vino. ¡Qué fatigas, qué congojas no experimenta! Nada le ha quedado del momentáneo placer de que disfrutó en la mesa: el solo recuerdo de los manjares le es desagradable i displicente: está inmóvil, pesado, embrutecido, sin elasticidad vital, incapaz de toda ocupacion, de todo ejercicio, i aun de entretenimiento i recreo. No piensa sino en el lecho; allí espera calmar las angustias de una digestion trabajosa; pero se engaña; porque luchando la naturaleza con una carga excesiva de alimentos, su sueño no puede ser tranquilo, sino turbulento, interrumpido, desasosegado é inquieto.

Al dejar la cama, su situacion se ha mudado, mas sin mejorar mucho; porque el ejercicio vio-

lento en que ha empeñado su organizacion, le deja indispuerto, débil i abatido; necesitando muchos dias de privaciones i de penas para restituir al cuerpo las fuerzas, la regularidad al movimiento vital, i el contento i buena disposicion al espíritu.

¡Qué diferente no es el cuadro que ofrece el hombre sóbrio cuando se ha levantado de la mesa! Como no ha cargado su estómago con mas de lo que puede digerir, queda señor de sus miembros i de su razon; alegre, lijero, espedito i apto para cualquiera tarea ó ejercicio. Todas las funciones de la economía animal continúan desempeñándose con regularidad, la dijestion es fácil, la nutricion pura, i en jeneral el hombre siente un bien estar indefinible, una especie de suavidad en la existencia, que le tiene despejado i contento. Por la noche el sueño del hombre sóbrio es tranquilo i restaurador, i como su descanso ha sido perfecto i apacible, se levanta lleno de lozanía i de vida á gustar nuevos placeres, que la templanza del dia anterior dejó preparados para el siguiente.

La moderacion en el uso de los alimentos i de las bebidas es tambien un medio mui apropósito para fortificar el poder del hombre sobre sí mismo, mantener á raya sus pasiones, i hacer reinar en toda su conducta la discrecion i la cordura. Lo es igualmente para aprovechar el tiempo, adelantar los intereses, dar evasion á los negocios, i cumplir cada cual con las obligaciones de su estado, pues el hombre sóbrio es naturalmente activo i á toda hora se encuentra en actitud de entregarse con fruto al trabajo, i de atender á cualquiera jénero de ocupaciones. Ultimamente la sobriedad i la templanza son necesarias para conservar la enerjía i claridad de las facultades men

tales, como para dar elevacion al ánimo i vigor al espíritu. Todos los que han brillado en el mundo por estas cualidades han sido sóbrios i abstinentes; mientras que la torpeza, el envilecimiento i la pesadez de ingenio fueron en todos tiempos la parte del destemplado i gloton.

Lo que hasta aquí hemos dicho es comun al exceso en los alimentos i en las bebidas; mas el de estas últimas, cuando son de la clase de *licores fuertes*, produce además la *embriaguez*—ese estado tan terrible como degradante i vergonzoso por las tristes, amargas i deplorables consecuencias de que va seguido. A sus embates es imposible resista la constitucion mas vigorosa, ni la cabeza mejor organizada; así marcha siempre llevando á un lado las enfermedades, la estenuacion, la palidez i la muerte, i al otro el embrutecimiento, el furor, i la locura. I no se reduce á estas dos alas su funesto acompañamiento; porque como ataca i pervierte igualmente el corazon, desfilan tambien en pos suya la corrupcion, el vicio i el crimen, trayendo en su seguida la ignominia i el oprobio. Debe por tanto el hombre huir con todas sus fuerzas de habitud tan perniciosa, capaz ella sola de llenar de males la existencia, de volverla corta i estéril, de atraer el desprecio, la mofa i el escarnio de los hombres, de encaminar á todos los delitos, de producir la ruina de la situacion mas brillante; en una palabra de abrasar con un solo soplo de su impura i pestilente boca, el espíritu, el corazon, la vida, la honra i la fortuna juntamente.

NECESIDAD DE VESTIRSE.

Cubrir el cuerpo de vestido es una necesidad imperiosa para el hombre civilizado, i en punto al modo de satisfacerla, la *Moral* le recomienda cuatro cosas: *aseo, decencia, comodidad i armonía.*

El *aseo* contribuye poderosamente á conservar la salud, librando al hombre de mil enfermedades que la medicina ha reconocido no tienen otra causa que la falta de limpieza. Tambien influye en la lozanía del cuerpo, como en el despejo i alegría del espíritu. El aseo, por otra parte, dá importancia al hombre, pudiendo él solo prevenir en su favor. Un vestido aseado i limpio es, en efecto, indicio de cultura i aun de buenas costumbres; mientras que, por el contrario, nada da una idea tan desventajosa del individuo como presentarse en la sociedad cubierto de sucias i asquerosas ropas.

La *decencia*, entendiendo por ella la honestidad i compostura, debe igualmente consultarse en los vestidos. Esta condicion es exigida por el propio decoro, i por las consideraciones i respetos que á los demas debemos. Presentarse de una manera descompuesta, capaz de ofender el pudor, arguye poca delicadeza, i quien sabe si un corazon corrompido; al propio tiempo que descubre un impudente desprecio por la opinion pública, que justamente condena todo lo que puede irritar i dar incentivo á cierto jénero de inclinaciones, que jamás se reprimen demasiado. Las mujeres sobre todo deben ser escrupulosas observantes de esta regla, el olvido de la cual las hace perder

inmensamente, pues se supone que en ellas la licencia i la impudicia, no van léjos de la descompostura é inmodestia en el traje.

La *comodidad* es requerida por la soltura i desembarazo en que deben dejarse los miembros para desempeñar las funciones á que la naturaleza los destina. Un vestido demasiado estrecho i oprimido, aparte del embarazo i molestia que ocasiona, produce actitudes ridículas, inciviles, i talvez poco decentes, se gasta pronto i puede aun ser perjudicial á la salud. Mas no debe tocarse en el extremo opuesto, igualmente sujeto á desventajas é inconvenientes.

La *armonía* consiste en vestirse segun el uso jeneralmente recibido. Cualquiera singularidad peregrina en este punto, ridiculiza i atrae el desprecio i la mofa universal. Puede ser que este tratamiento de parte del público sea infundado á los ojos de la filosofia i de la razon; pero el hecho es así, i el que por sentar plaza de despreocupado se atreviera á marchar contra el torrente de la opinion, manifestaria poca cordura, i un espíritu superficial i frívolo.

Exije igualmente la *armonia* que cada uno se vista segun su edad, condicion i estado. Un viejo en traje de petimetre, un hombre de rango vestido como cualquiera del comun, un artesano remediando el fastuoso lujo del opulento, son cosas igualmente desacordes, i que producen los mismos efectos que la singularidad i falta de armonía.

Aseo, decencia, comodidad i armonía, son por tanto los principios que deben consultarse en los vestidos. Se suele llamar *filósofo* al que se acomoda poco á estas condiciones; pero es un error craso, porque la filosofia, léjos de desdeñarlas las

aprecia i recomienda; i jamás se han prostituido tanto las palabras, como cuando se ha aplicado el dictado esclarecido de *filósofo* al hombre sucio, descompuesto, i extravagante en el traje.

§. 3.º

NECESIDAD DE ALOJARSE

Entendemos por esta necesidad la de tener una casa ó habitación, i en cuanto á ella la *Moral* prescribe respectivamente i por iguales motivos, las mismas condiciones que para la de vestir, con particularidad el aseo, la limpieza i el buen órden.

§. 4.º

NECESIDAD DE REPOSO.

El reposo periódico es una necesidad para el hombre. Sin él las fuerzas vitales se consumirían rápidamente, i la existencia llegaría á ser monótona i fastidiosa.

La naturaleza llama al hombre á este descanso reparador por medio del *sueño*; i las tinieblas, el silencio de la noche, la calma de todo lo que le rodea, le indican bastante que es durante la noche que debe reposar. Cuando el sol ha ido a esconder sus rayos debajo del horizonte, i que la trémula luz de las estrellas se mezcla con los soplos del blando i apacible céfiro, es que se siente una tendencia suave ácia el descanso; entonces es que un sueño tranquilo i vivificante aprisiona dulcemente los sentidos, ya demasiado fatigados de las impresiones i sacudimientos recibidos en el día.

El exceso i el defecto son igualmente perniciosos en la satisfaccion de esta necesidad. El mucho dormir vuelve al hombre perezoso, embota sus facultades intelectuales, altera la salud, abrevia la vida, i no es nada favorable al adelantamiento de las luces, de los intereses, ni al desempeño de las funciones i deberes propios de cada uno, por el tiempo i atencion que se roba á estos objetos cuando se prolonga el descanso mas allá de lo natural i necesario. El vicio opuesto, es decir la estremada vijilia, agota las fuerzas, no da lugar á su reparacion, mengua la enerjía mental, produce enfermedades, i atrae una vejez prematura.

Es tambien mui perjudicial invertir los tiempos de reposo i de ejercicio. La *Higiene* demuestra que el sueño de la noche es mas restaurador i provechoso que el que se tiene durante el dia; i, aparte de esto, es innegable que tal inversion del órden natural, no puede dejar de producir una correspondiente en él de las funciones físicas é intelectuales, en las ocupaciones, i en todo el sistema i economía de la vida. El hombre que se entrega al reposo cuando debiera ejercitarse, i al contrario ni reposa en calma ni trabaja con provecho.

Debe pues evitarse, así el exceso como el defecto en la satisfaccion de esta necesidad, igualmente que el satisfacerla fuera del tiempo que parece ha destinado la naturaleza para este objeto. Cuando se pasa el dia durmiendo no se halla cómo pasar la noche, el hombre se desazona, i puede ser que esta desazon le lleve al juego, á la disolucion ó á la embriaguez.

Los que prolongan el reposo hasta despues de levantado el sol, se privan indolentemente de las

ventajas de *madrugar*; ventajas importantísimas bajo todos respectos. El hombre que madruga parece rejuvenecer cada día; la frescura i la animación que por donde quiera vierte la rosada i apacible aurora, brillan sobre su semblante; su cuerpo está ágil i vigoroso, i su espíritu alegre i despejado—Ademas, las primeras horas de la mañana son mui apropósito para todo jénero de trabajo, i cuando el hombre las ha aprovechado puede recrearse en lo restante del día. Tambien proporciona esta útil costumbre la respiración de un aire fresco i puro, i mil variados placeres que ofrece risueña la naturaleza al volver de su reposo.

§ 5.º

NECESIDAD DE REPRODUCIRSE

Casi todos los *Moralistas* han confundido esta necesidad con la pasión del *amor*; sin embargo son cosas enteramente distintas. Nosotros hablaremos aquí de la primera; reservando el tratado del *amor* para cuando nos ocupemos de las pasiones.

Sin la unión carnal de los sexos, la especie humana hubiera perecido en su cuna; i sin esta misma unión, su conservación en la inmensa cadena de los siglos no se concibe posible. Así la naturaleza ha hecho de ella una necesidad, i como recelosa de que todavía no quedaran con esto bien aseguradas sus miras, ha unido á la satisfacción de la necesidad el aliciente del placer. Pero aquí es donde se necesita toda la fuerza i energía de la razón—aquí es donde debe el hombre desplegar todo su poder sobre sí mismo, para refrenarse i contenerse; porque los excesos en esta línea van siempre seguidos de espantosas consecuencias.

Verdaderamente, la *incontinencia* i el *libertinaje* son vicios de los mas funestos á que puede entregarse el hombre. Ellos debilitan i desecan el cuerpo, desfiguran el semblante, cubren las mejillas de una palidez mortal, apagan el brillo de los ojos, tuestan la piel, abrazan las entrañas; en términos que el hombre, presa de su furia, queda semejante al arbusto que un torrente de ardiente lava ha bañado. ¡Ojalá se limitaran á esto sus terribles efectos! ¡Ojalá no llevaran mas léjos su accion mortífera i devastadora! Pero por desgracia no es así; por desgracia, despues de haber estos vicios arruinado la parte física del hombre, convierten su saña contra la parte intelectual, la atacan, la enervan, la destruyen; i este mismo hombre que cifrara su orgullo i su nobleza en el entendimiento i en el espíritu, se ha vuelto súbitamente como los insensatos é idiotas. Tambien marchitan las cualidades morales mas estimables. En efecto: ¿cuando se halló *valor* en el libertino? ¿No llora como una mujer al aspecto del menor contratiempo? ¿Ni cuando en él se halló fondo, constancia, actividad, órden, i prevision? Estas virtudes, como otras muchas, jamás habitan en los corazones en que la humanidad i el deleite han fijado su residencia é imperio.

La *incontinencia* i el *libertinaje* acortan pues la existencia, la llenan de dolor i de amargura, alejan de ella todo bien sólido i verdadero, la vuelven pesada i enojosa, marchitan las flores de la primavera de la vida i emboscan las enfermedades i la muerte en los caminos de la juventud. Tambien hemos visto que desmejoran la condicion *moral é intelectual* del individuo; i ahora añadi-

remos, que el mal *venéreo* es otro de los tristes frutos de estos vicios—mal tan degradante como funesto, i que á su vez produce frutos mas tristes todavía, dando orijen á jeneraciones endebles i abyectas, sin vigor, sin enerjía, sin espíritu.

Por tanto debe huirse de estos vicios como de un fuego abrasador, i apartar todo lo que pudiera darles pábulo. Así debe evitarse con el mayor cuidado el uso de estimulantes é incentivos, las lecturas, las conversaciones, los cuadros, los espectáculos, i hasta los pensamientos obscenos; cosas todas que sin dejar ningun provecho real, son mui apropósito para enardecer la imajinacion, i conducir á la licencia i al desenfreno.

Pero como no podemos suponer que la naturaleza haya dado esta necesidad al hombre para destruirle, ni que quiera la conservacion de la especie á costa del individuo, preciso es que haya una condicion, un estado en que sus miras se llenen i sus deseos se cumplan sin causar la ruina de este, i aun con provecho suyo. ¿Cuál es pues este estado?—Nosotros no vacilaremos en responder que este estado es el del *matrimonio*.

El *matrimonio*, verdaderamente, segun se espresa un compatriota nuestro, “es el único medio que tenemos á nuestra disposicion para regularizar el instinto que atrae los sexos el uno al otro i para darle un fin. Nos preserva de dos males estrechamente perjudiciales, el abuso i la abstinencia de los placeres”.... “El matrimonio, añade despues, modera i regulariza el goce. Esta uniformidad que le repugna al licencioso, es lo que cabalmente hai de mas saludable é indispensable para la salud. Es una mesa simple i frugal al

lado de otra opípara i llena de manjares esquisitos, i solo la primera es capaz de infundir el hábito de la templanza, que es la que conduce á larga vida, pues cuantos han llegado á ella han sido casados....”

Pero no son estas las únicas ventajas del matrimonio. En efecto, ademas de proporcionar de medio para la propagacion de la especie, i para el goce de este jénero de placeres sin perjuicio del individuo, da al hombre una soberanía de familia que le eleva i ennoblece, presenta un objeto á sus vagos é indeterminados deseos, i fija el proceloso mar de su fantasía i de su corazon.

El hombre casado se forma verdaderamente una sociedad que le pertenece, i sobre la que impera, rijiéndola con el suave cetro de esposo i de padre. el amor i la gratitud sustentan su trono, que adornan las gracias i en cuyo rededor vuelan los mas tiernos é inocentes placeres. Una aura pura i embalsamada se respira por todas partes, los negros pesares llegan hasta la puerta i de allí se retiran espantados al percibir la grata luz i la apacible calma que adentro reinan; todo se mueve en órden i ningun movimiento va dirigido sino á producir el encanto i los dulces goces del corazon. ¡I qué recursos no encuentra el hombre en el seno de esta sociedad contra los males que le cercan en el mundo! Contra las enfermedades del cuerpo, i las aflicciones del espíritu! Bajo este aspecto la sociedad conyugal es como una isla colocada en medio del Océano para recoger al naufrago que las encrespadas i enfurecidas ondas han maltratado, ó amenazan sumir en el abismo.

El hombre casado halla pues en el mundo un círculo que le pertenece; un lugar á donde dirigir

sus miradas, encerrar sus deseos, poner término á su ajitada carrera, i sentarse á reposar tranquilo, descargándose del inmenso peso de su sensibilidad i de su corazon; mientras que el célibe, viajero en su misma patria, solitario en la sociedad, flotante en el mundo el leño sobre las hondas, no vé lugar de descanso, tiende á un centro que no encuentra, i oprimido sin cesar por sus sensaciones i su vida, á toda hora busca ansioso con quien repartirlas; mas él hecha la vista al rededor de sí, i no divisa sino la soledad i el desierto.

¡Qué dulce no es pensar el hacer la peregrinacion del mundo unidos á una tierna esposa á una amable compañera, á una diligente i fiel amiga! Ahora marchemos por los floridos caminos de la prosperidad, ahora por los ingratos i trabajosos del infortunio, siempre se hallará á nuestro lado, ó para enjugar nuestras lágrimas, ó para realzar con su sonrisa nuestros goces. La idea sola de que existe sobre la tierra un ser cuyo corazon llenamos, un ser que se interesa por nosotros tanto como nosotros mismos, un ser que á todos momentos no anhela sino nuestra felicidad, ni respira sino para nosotros, esta idea sola basta á llenar la vida de encanto i de delicias. I si este ser es la mitad que falta al nuestro, si derrama de sí la frescura de la aurora, si la sensibilidad i las gracias ondean sobre su frente, si la rosa está en sus labios i sus ojos brillan como la estrella de la tarde, entónces..... Las lenguas no tienen términos bastante vivos para espresar el exceso de felicidad que entonces se sintiera.

Tambien es á favor del matrimonio que se pueden gustar en toda su plenitud las delicias de la *paternidad*—delicias puras i tranquilas pero bas-

tante vivas para hacer palpitar de gozo el corazón. ¿Qué dictado al de *padre* puede compararse?— ¿Qué condicion rodearon nunca mas encantos?— Dar la existencia á un ser semejante á nosotros— dársela en medio de la felicidad de un enlace aprobado por la lei i santificado por la religion; ¿hai algo de mas noble, algo de mas satisfactorio? ¿I qué placeres no se prepara con esto el hombre! Para tener una idea de estos dulces goces es menester haber presenciado los juegos i las gracias de la inocencia; haber sentido oprimido su rostro por los besos de la ternura filial. Cuando los hijos empiezan la carrera de la vida, el padre se halla como enajenado de contento viéndoles desenvolverse i formarse; no parece que esté en el mundo para otra cosa; i cuando ya están formados, toda su alma se fija en la felicidad del hijo: ella es el término de todas sus aspiraciones, de todos sus deseos, i si llega á verlos realizados, no hai dicha que á su dicha pueda compararse.

Pero cuando son mas sensibles las ventajas de la *paternidad* es en aquella época en que el hombre empieza á declinar, i el soplo de la muerte amenaza extinguir á cada paso la llama de la vida. Entónces los hijos devolviéndole una parte de las atenciones i cuidados que recibieran cuando todavia no podian valerse por sí, vienen á ser para el padre lo que este una vez fuera para ellos. ¡Un anciano sin hijos! ¿Quién atendería á sus necesidades en este período de debilidad? ¿quién le consolaría en este período de afliccion i de dolor? Estaría trémulo i no hallaría sobre qué apoyarse— el yelo de la vejez discurriría por sus miembros, i nadie encendiera fuego en torno suyo.—Muriera al fin, i no habria quien cerrara sus ojos, quien

tributara una lágrima á su memoria, quien fuera alguna vez á regar flores sobre su tumba, ó á acompañar en sus tristes jemidos al ave que acaso se anidara sobre su sepulcro.

Es mui importante para la dicha privada el formarse un método de vida, i llegar á hacer de él un hábito, una costumbre. Así el hombre se conaturaliza á un modo regular i constante de existencia, sigue una ruta que le es ya familiar, i sus dias corren tranquilos, semejantes á las aguas que se deslizan blandamente sobre la madre que ellas mismas se han abierto. El matrimonio contribuye mas que ningun otro medio á la formacion de esta costumbre, i he aquí una de sus grandes ventajas.

Como medio de economía i de orden, i como estímulo de laboriosidad, el matrimonio consulta el acrecentamiento de la fortuna individual; i como prenda de patriotismo, da al hombre una verdadera importancia en la sociedad. En todos los tiempos i en todos los países, el vínculo del matrimonio i la paternidad que es su mas precioso fruto, han sido mirados como títulos justos de respeto; de estimacion i de consideraciones—la religion misma le ha santificado haciendo de él un sacramento.

Dicese que el matrimonio nos hace perder de independendencia—es verdad; pero dulce i dichosa pérdida la que tantos goces i ventajas proporciona. Ni debe ser cosa mui sensible privarse de aquella independendencia que nos deja en expedicion para lanzarnos en un mar de deseos, de borrascas i de inquietudes—independendencia engañosa semejante á la del navío sobre las aguas: cree uno que puede ir, venir i en todas direcciones moverse con libertad;

pero no es así, sino que está irresistiblemente sometido al imperio caprichoso de los vientos. Además si el matrimonio nos hace dependientes bajo un aspecto, también nos independiza bajo de otros, i si nos impone el yugo suave de ciertos deberes, al mismo tiempo nos quita el duro i pesado de la soledad i del vacío del corazón; á la vez que el de mil necesidades que no pueden satisfacerse sino en la sociedad conyugal. Cuando tratemos del *amor*, veremos el fiero despotismo que ejerce en los corazones sensibles, i como el matrimonio nos libra de sus cadenas i de su servidumbre; libertad que sola bastaria para indemnizarnos de cualquier cercén que por otro lado hiciera á nuestra personal independendencia.

Concluimos, pues, que el matrimonio es el único medio de consultar la propagacion de la especie con ventajas del individuo—el estado que jeneralmente hablando, conviene mas al hombre i el que mejor se acomoda á su dicha i felicidad individual. Digo *jeneralmente hablando*, porque deben exceptuarse aquí, como tratando una cuestion semejante lo hemos hecho en nuestra obra de *Ciencia Constitucional*, á los que se dedican al servicio del culto i ejercen el noble i augusto cargo de ministros de la divinidad, en los que se requiere una pureza como la del sol, i una elevacion tal sobre el mundo, que ningunas relaciones de carne deben ligarles á él. I no se crea que ellos son desgraciados: en el ejercicio de las funciones sublimes que desempeñan, en el recinto del santuario, ellos encuentran satisfacciones puras i expansivas, de diferente especie, pero que pueden bien reemplazar aquellas que sacrifican; i como además este sacrificio es voluntario, debe suponerse por el mis-

mo hecho de someterse á él, que no son de los llamados al estado conyugal, en el que tal vez no encontrarían sino una fuente de desgracias. Es verdad que miramos la union de los sexos como una *necesidad*; pero es una necesidad de la *especie* i no precisamente del *individuo*. Por esto creemos deber exceptuar tambien á los que tienen una repugnancia natural á este estado.

Tampoco pensamos que convenga á los que carecen de medios de subsistencia, quienes no hallarían en él las ventajas de que hemos hablado, estando privados de recursos para sostener sus cargas. Sus necesidades se aumentarían, lo que en el supuesto de no tener con qué satisfacerlas, sería aumentar males i sufrimientos; mientras que de su reproduccion, ningun bien, ni para ellos ni para el estado podría resultar; no haciendo sino arrojar nuevas víctimas á la miseria, i acrecentar el número de los indijentes. La *sujecion moral* es pues una virtud de absoluta necesidad en esta clase.

CAPITULO II.

Medios de proveer á la satisfaccion de las necesidades.

Respecto de las necesidades, no basta que la *Moral* enseñe al hombre el *modo* de satisfacerlas; sino que es menester que al propio tiempo le indique los *medios* de proveer á esta misma satisfaccion. ¿De qué le serviría, en efecto, saber que debe ser *sóbrio* en la mesa, si careciera de alimentos? ¿que debe ser *aseado* en los vestidos, sino pudiera proporcionarse estos? I así las demas necesidades. Por tanto, habiendo espuesto el *modo*

de la satisfaccion, vamos á tratar ahora de los *medios* de asegurarla.

El hombre no satisface sus necesidades, sino con *productos*; i con productos *propios*, porque para obtener los ajenos, es preciso que ofrezca en cambio los suyos. La aplicacion de sus facultades á la produccion, en otros términos, el *trabajo*, es pues uno de los medios de que tratamos. Pero como con producir nada aseguraría para la satisfaccion de sus necesidades, si disipara con una mano lo que con la otra habia producido, la *economía* es otro de estos mismos medios. Puede aun concebirse que apesar del trabajo i de la economía, el hombre careciera alguna vez de productos disponibles en el momento, i entónces no le quedaria mas recurso, que solicitar de otros las cosas que necesitara, ofreciendo devolverlas en un tiempo futuro; pero como no podría conseguir este suplemento, si aquellos á quienes se dirijiera no tuviesen seguridad de ser fielmente satisfechos, es decir si el individuo no gozara de *crédito*, se sigue que este es tambien indispensable, como medio subsidiario. *Trabajo, economía i crédito*, son pues i en verdad los *medios* que pueden asegurar en todo caso fondos para la satisfaccion de las necesidades. Veamos ahora en pormenor los inmensos beneficios que cada uno proporciona; así se conseguirá inspirar amor i adhesion ácia tan importantes é indispensables condiciones de bien.

§.º 1.º

DEL TRABAJO.

El *trabajo* es la aplicacion de las facultades humanas á la produccion. Él provee de recursos

para la satisfaccion de las necesidades, para la adquisicion de importancia, de comodidad, i de goces, i sobre todo, pone al hombre á cubierto contra los horrores de la pobreza.

Es menester detenerse á contemplar lo que son estos horrores, para poder apreciar en su justo valor la excelencia del medio que de ellos nos aleja. ¡Cuántos no son los sufrimientos del hombre pobre! ¡Cuántas las privaciones á que está sujeto! ¡Cuántos los males i penalidades que le cercan! Él tiene que sufrir el hambre, la sed, la desnudez, el desabrigo, i todo jénero de congojas. Si á costa de lágrimas se proporciona algunos alimentos, son estos escasos i de mala calidad —si lleva sobre su cuerpo algun vestido es sucio i haraposo, no conoce el descanso, i su habitacion, si la tiene, es una miserable i asquerosa chosa. Las puras delicias del matrimonio, i los goces de la paternidad no se han hecho para él, i cuando imprudente aspirara á gozarlos, al tocar no mas su mano la copa que los encierra, tornariase su dulzura en amargura i en sufrimiento. Porque ¿qué placer podría experimentar en asociar una compañera á su miseria? ¿en procrear hijos para la desgracia i el dolor? En la sociedad.... ¡Ah!.... En la sociedad no hai que considerar al hombre pobre ¡qué cuadro el suyo tan negro i espantoso! Arrastrado, envilecido, despreciado de todo el mundo, no parece sino que un anatema funesto ha sido lanzado sobre su cabeza.

Suponiendo que no haya llegado á una situacion tan estremada, no por eso será menos pesado i riguroso su destino. Proveerá á sus necesidades, pero siempre con angustia i fatiga, i siempre viendo el abismo de la indijencia abierto debajo de sus

pies. Sus apuros le hacen comprometerse en deudas, i estas vienen á aumentar sus ahogos. No hai situacion mas triste que la del hombre que se vé por todas partes estrechado de acreedores; entonces si conserva un resto de honor, todo se acabó para él: el descanso, los encantos de la familia, i cuantos placeres la civilizacion ha inventado. En tal estado un sacrificio sigue á otro sacrificio, i el hombre empeora cada dia su situacion, hasta que al fin, recorriendo una larga cadena de humillaciones, de sufrimientos i de congojas, viene á parar en aquella pobreza estremada cuyos horrores hemos descrito.

Bajo el aspecto moral, la pobreza no es menos funesta i contraria á la dicha del hombre. He aquí como en este punto de vista la presenta un ilustrado escritor. “Las buenas costumbres, privadas i sociales, comunmente son el fruto de una cierta comodidad de que no disfruta el pobre, i de cierta educacion que no se halla en el caso de poder recibir: las privaciones que padece dan mas vehemencia á sus apetitos, i su juicio todavia inculto, le advierte menos el peligro que corre satisfaciéndolos con exceso: es pues mas dificil que se conduzca bien con respecto á sí mismo. De un lado se siente mas agriado por la dificultad de vivir, todas sus pasiones dañinas son mas violentas i su razon es menos fuerte para contenerlas; luego es mas dificil que se conduzca bien con respecto á los otros. En sus costumbres privadas está mas sujeto á la intemperie, á la borrachera, á la incontinencia; en sus relaciones con los demas individuos es mas propenso al robo, al homicidio i á la injuria; en las relaciones con la sociedad está mas dispuesto á los tumultos, á las rebeliones i al sa-

queo. Luego bajo todos aspectos es mas propenso al mal, al paso que la reflexion le advierte ménos el peligro que corre ejecutándolo; dos razones poderosísimas ambas para que sucumba mas fácilmente á las tentaciones i tenga mas dificultad á adquirir buenos hábitos morales.”

Tal es el espantoso cuadro de los males de la pobreza, hija de la ociosidad i de la inaccion. Solo un trabajo regularizado, constante i bien dirigido puede librarnos de situacion bajo todos aspectos horrorosa; debiendo por aquí apreciarse la excelencia de tan importante medio. Parándose á contemplar un momento esta porcion de privaciones, de sufrimientos, de penalidades, de miseria, de dependencia, de abatimiento i de corrupcion, es imposible se prefiera la ociosidad al trabajo, la pereza estéril, á la actividad creadora.

Pero no solo el trabajo nos libra de estos males no solo nos da comodidades, independendencia, importancia i moralidad, sino que fortifica i robustece la salud, i hace fácil i apacible la existencia, por el ejercicio moderado i regular en que pone los órganos i miembros, como por las impresiones variadas i agradables que comunica al espíritu. Es observacion constante que los hombres activos i trabajadores, son tambien los mas fuertes i vigorosos, i que de entre ellos, no de los perezosos é inertes, es que han salido todos los que han hecho una larga mansion sobre la tierra, sin haber conocido la debilidad, las enfermedades ni el tédio mortal i abrumador.

Aun para los placeres—para aquellos placeres inocentes i lícitos que forman el fondo de la vida—el trabajo es una condicion indispensable. La ociosidad, en efecto, apaga i amortigua todo princi-

pio de satisfaccion i de goce: es imposible que una organizacion entorpecida por una habitual inaccion, sea susceptible de ningun jénero de fruiciones; por que además del embotamiento de los sentidos, la consideracion de llevar una existencia vacía i estéril, oprime á toda hora con un peso insoportable i envenena en su oríjen las fuentes del contento i de la alegria. Los hábitos de laboriosidad é industria ejercen por el contrario, la mas benigna influencia bajo este respecto, sobre la organizacion i sobre el espíritu. Véase sino á un hombre trabajador: cuando piensa en sí mismo, siente que es un ser útil, un ser capaz de proveer por su esfuerzo solo á las exigencias i necesidades de la vida, i esto le llena de satisfaccion i de confianza, porque viendo en sus brazos la garantía de su subsistencia, puede lisonjearse, así de que jamás tendrá que debérsela á nadie, como de que jamás la miseria le oprimirá con su peso. De otra parte, acostumbrado á la accion i al movimiento, siempre está en susceptibilidad de gozar; el solo hecho de terminar su tarea ordinaria le infunde las mas agradables emociones, i le pone en aptitud de hallar distraccion i recreo en aquello mismo que ni llamara la atencion del inerte i habitualmente ocioso. De esta manera las horas del laborioso son ligeras, dulces i animadas—las del otro pesadas, insipidas i frias; la vida del primero es toda un bello dia—la del segundo una larga noche de invierno.

Ya hemos mencionado el *tédio*, esa dificultad de vivir, ese disgusto consigo mismo, esa incapacidad de sentir agradablemente, que con tanta enerjía se desenvuelve en las jentes indolentes i ociosas: la diversion puede paliarle; mas su cura

radical no hai que esperarla sino del trabajo. Cuando se ha llegado á aquel estado, los espectáculos de mayor interes, los recreos mas animados, las concurrencias mas brillantes, nada pueden para reconciliar al hombre con el hombre mismo; siempre presa de un fastidio i de un mal estar indefinible, arrastra la vida como el esclavo arrastra la cadena atada á su pié—con trabajo i dolor. De otro lado, necesitando *sentir*, i no pudiendo ser conmovido sino por sacudimientos violentos, corre sin cesar en pos de excitaciones enérgicas—se entrega al juego, al libertinaje, á la gula, á la embriaguez, á la disipacion; en una palabra, á todo jénero de extravagancias i de excesos, que mas tarde, puede ser, le conduzcan al delito i al crimen. Por esto se ha dicho propiamente que la ociosidad es la madre fecunda de todos los vicios.

El trabajo i la ocupacion son, pues, absolutamente indispensables, no solo al que está obligado á vivir de sus propios productos, sino aun á los ricos i de elevados rangos. Todos tienen necesidad de trabajar: los unos para adquirir medios de subsistencia; los otros, cuando para esto no sea, si para librarse de una porcion de los males consiguientes á la ociosidad i á la inaccion.

§.º 2.º

DE LA ECONOMIA.

La *economia* consiste en el uso racional i oportuno de las riquezas. Es una virtud esencialmente necesaria al hombre, como que sin ella, aunque de otra parte sea activo i trabajador, al cabo vendrá á parar en la pobreza, cuyos horrores ya hemos bosquejado.

El pródigo i disipador sufre mil privaciones, nunca se encuentra con un sobrante, i por consiguiente tampoco puede nunca contar con una subsistencia asegurada para el porvenir. Sus locas profusiones le traen siempre en comprometimientos que rara vez cumple; porque el hábito de malgastar es mas fuerte en él, que el sentimiento de la probidad i del honor. De aquí resulta que se desacredita, que se hace despreciable, i que todo el que tiene algo huye de él como de una polilla.

Nada recoge el pródigo de sus necios i desarreglados gastos: léjos de que ellos le granjeen un elevado concepto i le hagan pasar por hombre de importancia, solo sirven á testificar su vaciedad, su imprevision, su locura i su nada. ¿Qué buena idea puede tenerse de un hombre que se vé por la mañana derramar riquezas con profusion, i mendigar en la tarde? Ni hai que deslumbrarse por el número de personas que le cercan diariamente, i que á toda hora le lisonjean i halagan; no hai que creer que se tienen otros tantos amigos: tambien se rodea el árbol que está dejando caer fruto; pero luego que se seca i vuelve estéril, se abandona cuando no se arroja al fuego.

Supónganse dos hombres cuyas entradas i adquisiciones sean iguales; mas económico el uno i disipador el otro: al decurso de algunos años ¿en favor de cuál de los dos estará la balanza de la felicidad? Es fácil verlo. El primero ha gastado su dinero con moderacion, ha proporcionado sus gastos a sus entradas, ha satisfecho todas sus necesidades, ha disfrutado racionales goces, i le ha quedado un *sobrante* que adelantó habiéndolo puesto en jiro. Posee, pues, un capital que le asegura su futura subsistencia, que le da importancia social i que enjendra en su espíri-

ritu sentimientos de independencia i de elevacion. Por lo mismo que sus gastos han sido dirigidos por la prudencia, no ha contraido comprometimientos, no tiene acreedores que le estrechen i persigan, ha adquirido hábitos de laboriosidad, de economía i de orden, i todos le miran con el aprecio que se merece un hombre arreglado i juicioso.—El segundo, al contrario, ha gastado locamente todo lo que ha adquirido, sin que le haya quedado de sus necias prodigalidades sino arrepentimiento i deudas, dependencia, humillacion i miseria. No sabe sino malgastar; es ya una necesidad imperiosa para él, que cada dia ha aumentado sus comprometimientos, i que á la vez le ha impedido cumplirlos. Así el porvenir no le presenta sino la indijencia; así su crédito no se halla en el mejor pié, ni se ha merecido ningun concepto moral; ántes bien todos le tienen por un insensato, un loco, un aturdido, que á fuerza de ostentacion vana, de afectar desprecio por la riqueza, de desarreglo i de desorden, ha conseguido hacerse, no memorable i famoso, sino contentible i ridículo.

Es pues, necesario que el hombre oponga el juicio i la reflexion á esta risible cuanto necia manía de gastar sin oportunidad, sin cálculo ni medida; que piense en las necesidades diarias i urgentes que tiene que satisfacer, en las ventajas inapreciables de poseer un sobrante, en la vejez, en las enfermedades i en todas las vicisitudes de la vida; últimamente es menester que piense en la suerte de una cara descendencia, i que se persuada que a ninguna cosa es mas fácil llegar a verle el término que á la riqueza, por poco empeño que en ello se tome. Léjos estamos de aprobar la mezquindad i la miseria; léjos de recomendar una ruin i miuuciosa economía, i mas léjos aun de querer rebajar la jenerosidad—esa vir-

tud connatural en las almas nobles i elevadas ; pero se puede evitar el un extremo sin ir hasta el opuesto, se puede ser grande i jeneroso, sin ser pródigo i dissipador.

El *orden i arreglo* en los negocios é intereses, es un ramo de la *economía*, i un ramo suyo mui importante. Nada es tan opuesto á esta virtud, ni nada inspira peor concepto de un hombre, como la incuria i el abandono. Quien no cuida de sus cosas, ni conoce lo que tiene ni sabe de sus entradas ni de sus gastos, corre inminente riesgo de arruinarse i empobrecerse; está parado sobre la boca medio cubierta de un abismo, i lo peor es que no se apercibe de su situacion hasta el momento de sumirse en la miseria—cuando ya no es tiempo de atajar los efectos de su imprevision i de su negligencia.

Orden, arreglo i vijilancia sobre sus cosas, sobre sus negocios i sobre sus intereses, son, pues cualidades indispensables en el hombre que quiere adelantar, ó conservar al ménos su fortuna. Sin la posesion de aquellas virtudes, esta no puede prosperar; sino que marchará en rápida decadencia, i al fin desaparecerá como el humo; dejando al hombre sobre los males de la pobreza, la vergüenza de haberse arruinado por su propia indolencia i apatía, i un torcedor continuo, tanto mas vivo cuanto que conoce la posibilidad de haber prevenido su desgracia.

§.º 3.º

CREDITO.

El *crédito* no es una cosa que esté en el individuo ; existe en la opinion de los demas : es esta misma opinion, esta creencia, esta seguridad de que el in-

individuo cumple fielmente los comprometimientos que contrae. Su posesion es de inestimable precio, i el que la tuviera en ménos que las riquezas seria un insensato, indigno de merecerla.

Ya hemos visto que el *crédito individual* es indispensable, como medio subsidiario, para asegurar fondos con qué satisfacer las necesidades en aquellos casos, no mui raros, en que apesar del *trabajo* que crea, i de la *economía* que conserva, no se tienen productos disponibles en el instante. Ahora diremos cómo se forma i se sostiene esta preciosa opinion, i cuántas ventajas acarrea sobre el que logra poseerla.

Acabamos de ver que el *crédito* consiste en la opinion de que el individuo cumple fielmente sus comprometimientos: ¿cómo llegará á formarse esta opinion? ¿á producir esta creencia? Dos condiciones son, en nuestro concepto, indispensables para ello: 1^a. que el individuo compruebe *voluntad* de cumplir; i 2^a. *posibilidad* de hacerlo. De estos dos principios procede necesariamente el *crédito individual*; porque desde que se está seguro que un acto se *quiere* i se *puede*, se está seguro tambien que el acto se verifica. Así el individuo forma su *crédito* comprobando *voluntad* i *posibilidad* de satisfacer sus empeños. Tan cierto es esto que cuando no se ha comprobado la una ni la otra cosa, se exige un instrumento como garantía de la primera, i una prenda ó hipoteca como garantía de la segunda; i entónces se cree que existe la seguridad de la satisfaccion.

Mas la *voluntad* es una cosa que no cae bajo los sentidos, i su existencia no puede comprobarse sino por actos que la demuestren; de manera que la primera condicion no puede llenarse sino por la experiencia constante i jamas desmentida de que el individuo es siempre fiel i esacto en el cumplimiento

i satisfaccion de sus empeños i acreencias. Cuando se haya visto i palpado que devuelve con religiosidad lo que se le prestó, entónces la voluntad con fundamento se supone. En cuanto á la segunda condicion, la posibilidad, ella resulta de la posesion de medios, i esta se presume por el ejercicio de algun jénero de industria ó profesion, i por la capacidad acreditada de arreglar i manejar bien sus intereses; porque es de suponerse que el que trabaja con cálculo i acierto, i sabe dar buena inversion à los productos de su trabajo, no carece de fondos que le pongan en posibilidad de satisfacer sus empeños.

Así, pues, de una parte un trabajo bien dirigido i una prudente economía; i de otra la mas estricta fidelidad en el pago de las deudas, i en el desempeño de todo jénero de comprometimientos, forman el *crédito individual*. Las ventajas de tenerle son inmensas i de inestimable precio. Él equivale á la posesion de un capital indefinido, pudiendo el hombre acreditado contar con los capitales de todos; pone á cubierto contra la necesidad i las privaciones; proporciona medios para adelantar, multiplica todos los recursos i abre mil caminos á la proteccion i á la fortuna. El hombre que posee esta preciosa prenda ¿cuándo se halló en escasez? ¿Cuándo le faltaron auxilios para fomentar sus empresas? ¿Cuándo le estrecharon sus acreedores? ¿Ni cuando, en fin, la vara apremiadora de la justicia se vió atravesar sus umbrales? En órden á infundir confianza al individuo, a darle independenciam i elevacion, el *crédito* vale tanto como la riqueza misma. ¿Qué seguridad, qué satisfaccion, qué orgullo no siente verdaderamente el hombre que puede decir: mi palabra es una *escritura*, mis obligaciones corren en el mercado como moneda sonante! Ultimamente, como el

crédito supone la posesion de las cualidades mas importantes en el trato social, el hombre acreditado puede contar, no solo con la confianza de sus semejantes, sino tambien con su aprecio, su estimacion, su respeto i todo jénero de atenciones.

El que no sea insensible á tantas i tan relevantes ventajas, i abrigue la noble ambicion de poseerlas, debe trabajar asiduamente en establecer su *crédito*. Ya hemos visto que para conseguirlo no hai otros medios que el trabajo, la economía i la capacidad en la direccion de sus negocios, de una parte; i de otra la resolucion leal i constante de cumplir en todo caso su palabra. Esta última virtud la recomiendan tambien mil otras consideraciones i motivos. El que carece de ellas, el hombre *tramposo* i fraudulento, descubre un corazon corrompido i depravado, una alma baja i envilecida, no conoce el honor ni la vergüenza; es despreciado i aun odiado de todo el mundo, las jentes de negocios no entran con él en ninguno, los hombres de bien se creerian manchados con su trato; i este desprecio, este odio i este anatema de la opinion, que le rodea i sigue donde quiera, es justo i bien merecido; porque ¿en qué se diferencia de un ladron, de un salteador de caminos? No asesina para robar; pero da una muerte lenta á sus víctimas reteniéndoles lo que justamente les debe, i les es indispensable para sus necesidades, para sus gastos i para la conservacion de su existencia.

Sea, pues, el hombre puntual i esacto en el pago de sus deudas i en el cumplimiento de toda clase de obligaciones: esto le dará crédito, estimacion, importancia i valer. Si por desgracia alguna vez se hallare en estado de no poder conservar esta puntualidad i esactitud, léjos de emplear una mentira tras otra

mentira, un engaño tras otro engaño, adopte un procedimiento sincero i franco, descubriendo su situación al acreedor, para obtener de él un término dentro del cual, trabajando i economizando pueda reunir fondos con qué desempeñarse con fidelidad i honor.

CAPITULO III.

CONTINUACION.

Exámen de un medio particular de proveer de fondos para la satisfaccion de las necesidades.

Hai un medio particular de proveer de fondos para la satisfaccion de las necesidades, que merece examinarse especialmente, ya por sus consecuencias sobre el individuo i la sociedad, ya por la tendencia, demasiado jeneral, á mirarle como único i esclusivo. Hablamos del servicio público, ó de los *empleos*; medio que se encuentra mui cómodo i honroso, medio que todo el mundo prefiere i que aun llega à ser el objeto de la ambicion i de las aspiraciones individuales.

Sin embargo, este modo de vivir está sujeto á grandes desventajas, para el individuo i para la sociedad. En primer lugar, la subsistencia que de él se saca, es precaria é insegura, i especialmente viene á serlo en aquella época en la que el hombre mas necesita de recursos, quiero decir, en la vejez. Un cambiamiento político, una reforma en los empleos, una enfermedad, el menor accidente que incapacite para prestar el servicio, dejan de repente al individuo sumido en la miseria, ó cuando ménos en una penosa escasez. No hai que pensar que este medio conduzca a la riqueza, pero ni aun á la comodidad:

una constante esperiencia prueba que el aborro i la acumulacion paulatina de un capital, son imposibles de todo punto en esta carrera; de donde con superabundancia de razon debemos concluir, que una fortuna brillante recojida en los altos puestos públicos ordinarios, que es de los que tratamos, seria el mas asombroso fenómeno.

El jénero de vida que requiere el servicio público es en extremo perjudicial á la salud i á la prolongacion de la existencia: raro es el que, consagrado incessantemente á un *destino*, llega á abanzada edad, gozando de robustez de cuerpo i de firmeza intelectual; cosa bien comun entre las clases que subsisten de empresas independientes. Ademas, sujeto el empleado á trasladarse donde el gobierno le destine, porque es allí únicamente donde halla de qué subsistir, es, por decirlo así, *trashumante*, no tiene plan de vida, ni costumbre ó hábitos de existencia, continuamente se ve precisado á romper sus relaciones, á abandonar los acomodados de que se hubiera rodeado, i nunca puede decir: aquí me arraigaré para siempre, aquí me estableceré á cultivar mi felicidad i la de mi familia; i ya se conoce cuánto esta situacion versátil i movable es contraria al sosiego i bienestar individual.

El hombre de empleos carece por lo regular de importancia social, aun á sus propios ojos. Y verdaderamente; ¿qué importancia puede tener un hombre incapaz de vivir de otro modo que de un destino, á expensas del público? ¿Ni cómo encontrar dignidad i elevacion de sentimientos en quien nada tiene, ni ha hecho en toda su vida otro papel que el de *solicitante*? Aunque de la naturaleza hubiera recibido una alma grande i noble, imposible seria que no perdiera estas prendas al traves de las

humillaciones por las que á cada instante se ve obligado á pasar. Apénas concibe el deseo de un destino, ó la necesidad le estrecha á buscarlo, ya tiene que sacar al público sus escaseces, sus atrasos, el crecido personal de su familia, i toda su situacion privada—ya tiene que dirigirse á cuantos juzga pueden interesarse en su favor; suplicar al uno, rogar al otro i molestar á todos; sin que de ordinario recoja de este penoso cultivo mas fruto que el amargo de esperanzas que no se cumplen. Pero suponiendo que logre ser colocado, jamas la renta del destino puede equivaler á la de una empresa independiente; el empleado mismo tiene poca confianza en su posicion, conoce lo delesnable del fundamento que le sostiene; i sobre todo, la memoria de que su familia no tendrá ya de qué subsistir al otro dia de su muerte, le llena de amargura, i no le permite momento de placer ni de reposo.

En cuanto a independencía personal, no hai que pensar encontrarla en el que subsiste de empleos: hallándose en concurrencia la voluntad i la vida, la primera tiene que sucumbir á la voz imperiosa de la segunda. Así la condicion del hombre que vive de empleos es mas dura i servil que la del esclavo.

Ultimamente, cuando la tendencia a vivir de este modo ha venido á hacerse jeneral, el hombre colocado en destino, está sin cesar expuesto á los tiros de la envidia i de la *hambre* de los demas; i no es imposible se encuentren algunos bastante bajos, que tomando por instrumento la calumnia, le pierdan para sucederle. Nunca la reputacion del hombre corre mas riesgo, que cuando es empleado i tiene pretendientes su puesto: entónces nada vale una conducta intachable sostenida por muchos años—nada los servicios anteriores; porque la codicia del

destino, si es acompañada de la depravacion de ánimo, halla medios de prevalecer sobre el mas sólido i mejor cimentado mérito. I no hai que creer que el sufrimiento i una conducta noble i jenerosa puedan aplacar á este linaje de enemigos ; porque como no son enemigos del empleado, sino porque son amigos de su empleo, es menester cederles el puesto i conservar la reputacion.

Para la sociedad, esta propension á subsistir de empleos, produce mayores i mas funestos males todavía, especialmente en los estados rejidos liberalmente i que descansan sobre bases republicanas; porque en estos no hai clases, no hai títulos, ni privilegios que sirvan de dique al torrente de la ambicion i de las pretensiones. La manía por los destinos figura, efectivamente, en una multitud de males políticos, i de otros es la única i exclusiva causa. A esta manía deben atribuirse en parte el calor inmoderado en las elecciones, la division de los ciudadanos en encarnizados bandos, la influencia preponderante i peligrosa del gobierno, las antipatías i odios de partido, i alguna vez las revoluciones i los trastornos. Tambien hace esta manía aumentar los destinos, i por consiguiente el gasto público, sin provecho i aun con perjuicio de la nacion.

Pero la principal desventaja que para el público produce este modo de subsistencia, es retraer a los hombres del fértil campo de la industria, abatir las artes, la agricultura, el comercio i las fábricas. Oígame en este punto á un escritor moderno. “Cuan-
to mas fuerte es el espíritu de ambicion, tanto mas débil debe ser el espíritu de industria. Una misma poblacion no puede estar á un tiempo animada de estos dos espíritus : son contrarios : el gusto de los empleos excluye las cualidades necesarias al trabajo.

No se ha notado bastante hasta qué punto la costumbre de vivir de *sueldos* destruye la capacidad industrial. Hemos visto hombres de talento é instruccion, sentir profundamente la pérdida de un empleo que estaba distante de darles lo que hubieran podido ganar fáclimente por el ejercicio de una profesion independiente. La posibilidad de hacer un caudal por el uso activo de sus facultades, no equivalía para ellos al sueldo módico, pero fijo i seguro que habian perdido: no sufrían la idea de ser responsables de su existencia, de tener que hacer esfuerzos para asegurarla, i con facultades reales i poderosas, no sabian qué hacer para socorrer sus necesidades. Eran como las aves criadas en el cautiverio, que si les dieran libertad no sabrian buscar el alimento i perecerian en medio de las mieses. El gusto de los empleos altera pues profundamente las facultades industriales de un pueblo. Destruye el espíritu de invencion i de empresa, la emulacion, el valor, la paciencia, i todo lo que constituye el espíritu de industria."

Tambien esta pasion por los empleos amortigua el patriotismo, la integridad é independendencia políticas i casi todas las virtudes republicanas. "Al mismo tiempo, dice el escritor acabado de citar, que este réjimen (el de los empleos) va á fomentar la codicia en todas las clases de la sociedad, destruirá el desinterés i el valor que serian capaces de reformarle. No busquemos aquí espíritu de cuerpo, ni independendencia individual; ¿qué pueden ser los individuos delante del coloso que la ambicion ha elevado? Así como todos los cuerpos están refundidos en uno solo, así todas las voluntades parecen reducirse á una sola. No hai existencia propia sino en la administracion: fuera de ella, ni individuos

ni cuerpos constituidos. No creamos que un tribunado, un cuerpo legislativo, un senado, van á defender los intereses del público con aquel valor con que en otros tiempos las corporaciones mas débiles i oscuras defendian sus privilegios. El espíritu de sollicitacion que ha invadido los últimos rangos de la sociedad, reina en los superiores con mayor imperio: electores, diputados, senadores, todos han descendido al rango de pretendientes; i los puestos mas eminentes son considerados como posiciones particulares, donde la intriga tiene mas lances de fortuna i donde las bajezas son mejor pagadas.”

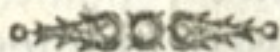
“Esta pasion, continúa el mismo escritor, deprava las costumbres, altera las relaciones sociales. Por mas que se multipliquen los empleos, el número de ellos es siempre inferior al de los ambiciosos que los solicitan. Desde entónces ningun partido se cree obligado á ceder en favor de otro: muchos se abstendrian de pretender si se consultara el interes del bien público; pero quieren su parte en ellos como todo el mundo, desde que solo existen para satisfacer la ambicion particular. Pues que el destino del poder es hacer fortuna, debe hacer la mia i la vuestra; si es una mina ¿por qué no la beneficiaré yo como U? Vaya, bastante tiempo ha vivido U. á expensas del público, ahora es mi vez..... He aquí la guerra por los puestos. El efecto mas inevitable de este vicio, cuando ha llegado á ser jeneral i esta es nuestra hipótesis, es el de producir partidos que se disputan tercamente el poder. I como ninguno le pretende sino para su provecho propio, resulta tambien que el público mal contento de todos los que se apoderan del poder, hace causa comun con los que no le poseen.”

He aquí los males ya individuales, ya públicos,

que produce la inclinacion funesta á subsistir de empleos; inclinacion que por lo mismo no puede la *Moral* dejar de reprobare, i con tanta mas justicia quanto que existen mil medios exentos de estas desventajas para asegurar fondos con qué proveer á la satisfaccion de las necesidades.

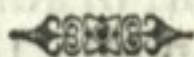
El hombre, pues, que ame su dicha i la dicha de su patria, no debe fincar su subsistencia, sino en profesiones independientes, i en empresas particulares; mirando el servicio de empleos públicos como el último recurso.

No queremos por esto que se detesten los empleos, i que se huya de ellos hasta el punto de no prestarse á servirlos. No: lo que pretendemos es que no se busquen, que no se soliciten, que no se combata por ellos, que no se haga de ellos el único i exclusivo fondo de subsistencia, que se admitan por *servirlos*, no por *hacer fortuna*; en fin, queremos que el trabajo i las empresas independientes formen el recurso de todo hombre, i que el gobierno i los puestos sean lo que deben ser: una tarea ejercida para beneficio de la comunidad, i no una mina que la ambicion esplota.



PARTE TERCERA.

De la moral con relacion á los deseos.



Los *deseos* son las inclinaciones, ó movimientos del corazon ácia un objeto ó fin que se concibe como bueno. Unos son tranquilos, i no causa sufrimiento el que dejen de cumplirse, ni el individuo hace esfuerzos para que se cumplan: de estos por su indiferencia sobre la felicidad no se ocupa la *Moral*. Otros son mas vivos i animados, i aunque no llegan á perturbar la razon, se sufre por su no cumplimiento i se ponen los medios de que se realicen: entónces constituyen *aspiraciones*. Ultimamente otros van acompañados de una vehemencia i enerjía tal, que perturban la razon, i miéntras no se cumplen, el hombre *padece* i hace extraordinarios esfuerzos para verlos satisfechos: en este caso los deseos han venido á ser *pasiones*.

Por tanto, los deseos humanos que por influir en la felicidad, entran en el dominio de la *Moral*, se reducen á *aspiraciones* i á *pasiones*. Trataremos separadamente de unas i otras.

CAPITULO I.

De las aspiraciones.

Las *aspiraciones* son inherentes á la naturaleza del hombre, i necesarias al mejoramiento de su existencia. Sin ellas, vejetaría como las plantas, i por larga que fuera su mansion sobre la tierra, ningun progreso la señalará, ningun adelantamiento útil á sí mismo ni á sus semejantes hiciera. Como son tan vagas i diversas, es imposible clasificarlas en un órden regular, ni aun entresacar algunas; así la *Moral* en este punto tiene que limitarse á observaciones jenerales.

Hemos visto que una aspiracion es un *deseo* acompañado de *esfuerzo* para satisfacerlo. En cuanto al primer elemento, el deseo, el hombre no tiene sobre él ningun imperio, no es dueño de hacer ni de impedir que nazca; porque lo uno i lo otro es un efecto necesario del juicio que forma, ó de la relacion que percibe entre un objeto ó fin, i su felicidad, goce ó fruicion. Mas sí es árbitro de disponer del esfuerzo, i por este lado el hombre puede dominar sus aspiraciones, limitarlas ó ensancharlas, segun convenga á su dicha. Bajo este supuesto fácilmente se convendrá en que bien puede la *Moral* dar al hombre algunas reglas para su direccion en este punto.

Desde que el hombre se siente ocupado de un deseo cualquiera, debe ántes de hacer esfuerzo alguno para realizarlo, ántes de permitir llegue á ser una aspiracion, examinar tres puntos: 1.º si la satisfaccion es posible; 2.º si los medios ó esfuerzos empleados para la satisfaccion no cuestan mas que el bien de la satisfaccion misma; i 3.º si la satis-

faccion puede conducir á un estado de sufrimiento i de pena.—Aspirar á una cosa imposible es locura; aspirar á una cosa que no vale lo que cuesta conseguirla, es torpeza: aspirar á una cosa que despues de conseguida nos lleve á la amargura i al dolor, es necedad é imprudencia. Pocos son los hombres que se detengan á hacer este frio cálculo ántes de entregarse á sus deseos—pocos los que opongan á las pinturas vivas i animadas de una fantasía ardiente, las insinuaciones de la razon impasible; pero por esto son tambien pocos los que no se abran una carrera de ruina con sus propias aspiraciones i que no encuentren la desgracia en el mismo lugar que creyan residencia de la dicha.

Cuando el hombre se haya cerciorado en la calma que el deseo es racional i su cumplimiento posible, puede entónces acojerlo i hacer de él una aspiracion, aplicando un esfuerzo activo i bien conducido para verlo realizado. En tal caso las dificultades no deben desalentarle, ni llevar á su alma la desesperacion i el abatimiento; porque nunca la desconfianza ciñó la corona del triunfo. En las empresas meditadas grandes i justas—en las aspiraciones hijas de la razon i del cálculo, los obstáculos solo deben servir para que el hombre despliegue toda su enerjía i estimule la elasticidad de los resortes de su accion. Por lo demas, puestos los medios debe aguardarse con serenidad el resultado; i si este no corresponde á las esperanzas, no hai que creerse perdido para siempre; la conformidad i la resignacion son entónces tan necesarias, tan saludables i oportunas, como el bálsamo lo es para las heridas.

Como el hombre es un ser limitado, como no es capaz de conseguir todo lo que es capaz de desear, la moderacion en las aspiraciones es una virtud mui

importante para la dicha i bienestar personal. Un corazon en el que fermentan mil deseos, talvez imposibles, talvez contradictorios, es la imájen de un mar que constantemente ajitan opuestos i desencadenados vientos, en el que ni se siente jamas el soplo apacible de las auras, ni jamas se goza de la serenidad de un bello dia. ¡Desgraciado del que no sabe tener á raya sus deseos, ni encierra sus aspiraciones dentro de los términos de lo racional i posible! Su cabeza está siempre llena de quimeras, no tiene vida sino en la imajinacion, no se alimenta sino de descabellados proyectos, no respira sino ilusiones, i entretanto que se afana, se ajita i lucha consigo mismo, suena su hora en el reloj eterno i tiene que desaparecer sin haber gustado siquiera la copa de la dicha.

En esta materia la máxima de acomodarse á su estado i *contentarse con su suerte*, es una máxima sábia, luminosa i fecunda. No queremos decir que el hombre eche de su corazon el deseo de mejorar; deseo en él inmanente i jenerador de toda perfeccion, de todo adelantamiento i progreso. Ni es seguramente este el sentido de aquel racional i filosófico principio. Piense sin cesar el hombre en volver cada dia su existencia mejor i mas dichosa; pero piense tambien que esto tiene su coyuntura, su sazón i oportunidad. No es así no mas progresar que pueda lograrse solo con quererlo: se necesita que á la voluntad secunden los tiempos i las ocasiones, i entre tanto que estos cooperadores se presentan, es que la *Moral* aconseja se contengan los deseos, se amolde uno á su actual estado, i viva contento con su suerte. Afortunadamente el hombre goza de una flexibilidad moral admirable, que le permite acomodarse á todas las situaciones, i

hasta soportar la vida cuando ha descendido de la cumbre de la prosperidad á los abismos del infortunio—cuando ha trocado el trono por las masmorras i el cetro por las cadenas.

Pero sobre todo, ¿qué ganaria el hombre en la adopcion de un principio contrario? ¿en no estar contento con lo que es, i querer ser lo que no puede ser? Nada, sino precipitarse en la inquietud, en el desasosiego, en la desesperacion, i ser estrechamente desgraciado por haber querido ser estrechamente feliz.

Ni se crea que es este un consuelo inventado por el infortunio. Acabamos de ver hasta donde la razon i la filosofia lo apoyan, i fuera de esto, el principio cuenta profesores entre hijos predilectos de la fortuna, i ciertamente de estos no podrá decirse que lo sostuvieran para consolarse del rigor de su destino. De muchos que pudieramos citar oigase al presidente d'Aguesseau. “Tal es, dice, el carácter dominante de nuestro siglo: una inquietud jeneralmente estendida en todas las profesiones, una agitacion que nada puede fijar, enemiga del reposo, incapaz de ocupacion, estendiendo en todas partes una inquietud i viciosa ociosidad, una sublevacion de todos los hombres contra su estado; una especie de conspiracion jeneral, en la cual parece que todos están de acuerdo en salir de su carácter: todas las condiciones confundidas, las dignidades envilecidas, el decoro olvidado, la mayor parte de los hombres fuera del lugar que les corresponde, despreciando su estado i haciéndolo despreciable, siempre ocupados de lo que serán, llenos de proyectos vastos, i el único que se les olvida es el de *vivir contentos con su suerte.*”

Ultimamente debe tener presente el hombre, con

respecto á sus aspiraciones, que por sanas i aun loables que estas puedan ser, jamás debe emplear medios reprobados para verlas realizadas. El principio de que los *fin*es justifican los *medios*, es funesto, inmoral i corruptor; i si se adoptara, seria menester santificar el incendio, el envenenamiento, el asesinato, la rebelion, la perfidia, todos los crímenes mas horrorosos, los que manchan mas i mas desacreditan i vilipendian, solo porque ocasionalmente pudieran conducir á este ó aquel otro fin bueno, sin parar la consideracion en el inmenso mal que el medio mismo causara. Por tanto, no solo debe ver el hombre que sus aspiraciones sean buenas i aprobadas, sino que debe poner el mayor cuidado en no emplear para su cumplimiento, sino medios que no desdigan de un carácter honrado i de una probidad acrisolada.

CAPITULO II.

De las pasiones.

Hemos dicho que las *pasiones* son los deseos llevados á un grado de animacion i de vehemencia que turba el alma i le impide percibir los objetos en su verdadero ser. Así el que *ama* siente un deseo intensísimo, i vé en el objeto amado perfecciones i gracias que no encuentra despues que ha dejado de amar.

Inútiles i absurdas cuestiones se han suscitado por los filósofos en esta materia. Si se deben ó no aniquilar las pasiones, si el hombre sería mejor sin pasiones, si las pasiones son buenas ó malas, si nacen del amor propio, si están en la naturaleza primitiva, ó si no son sino efecto de la naturaleza

corrompida: he aquí investigaciones que por mucho tiempo han ocupado las plumas de célebres escritores; mas investigaciones absurdas unas por que no cuentan con los *hechos*, é inútiles otras por que de cualquier modo que se resuelvan, su resolución es indiferente á la obra de la felicidad humana.

Para encontrar lo que hai de *positivo* en este punto, para hacer brotar la luz de este caos, no hai mas medio seguro que la experiencia i los hechos nos dicen: 1.º Que el hombre, tal como hoy es, está sujeto á experimentar estos deseos animados, vehementes i perturbadores que llamamos pasiones. 2.º Que el hombre no puede impedir que nazcan; pero sí puede impedir que le dominen. 3.º Que el hombre sufre cuando se deja dominar de las pasiones, i goza cuando las domina: i 4.º Que las pasiones desenfrenadas producen estragos, llevando al hombre por mil precipicios hasta arrojarle en las mayores desgracias, en la desesperacion i en la muerte.

He aquí principios que pueden reunir en su favor el testimonio unánime de todos los hombres, por que son sacados de hechos que diariamente todos tocan i ven. ¿Pero qué consecuencias deduce el *Moralista* de estos principios incontestables? Una sola es la deducción que saca el *Moralista* de estos principios; mas una deducción de la mayor importancia, a saber: que el hombre debe trabajar asiduamente, no en impedir que en su corazón nazcan las pasiones, porque esto no depende de su voluntad; sino en hacerse señor de ellas, ó á lo ménos oponerse á que le dominen; no en extirparlas, sino en darles una direccion conveniente i arreglada. Sometidas al freno de la razon, las pasiones tiran suavemente el carro de la vida por los caminos de

la felicidad; mas cuando no tienen este freno, se desbocan i precipitan al hombre en horrorosos abismos.

Pero las pasiones hablan el lenguaje dulce de la seduccion, i se necesita un espíritu mui prevenido i una razon mui robusta para no rendirse á sus primeros halagos. Encantadoras como las Sirenas, es menester como Ulises cerrar los oidos á sus armoniosas voces. El primer momento es el del peligro; pero entónces es tambien el tiempo de la defensa: allí es que el hombre debe esperarlas, allí es que debe acampar todas sus fuerzas, si las quiere batir i subyugar; porque cuando se han abierto paso al corazon, cuando se han apoderado de él, i tremolado en él su bandera, ya no hai que pensar en resistencia; ya todos los reductos están tomados, todas las salidas ocupadas, todos los recursos destruidos, i la razon hecha prisionera i encadenada con fuertes i pesados hierros.

Por tanto el hombre debe estar siempre alerta sobre sus pasiones, i oponer á la dulzura con que al principio le convidan, la consideracion de los espantosos males que marchan en su seguida. A efecto de asegurar el triunfo debe prevenirse en la calma para el tiempo de la borrasca—debe meditar estos males, pesarlos é impresionarse de la magnitud de ellos, cuando su sangre está fria i su razon goza de tranquilidad: así las pasiones, á toda hora le encontraran aparejado para el combate, i cuando quiera que le asalten, la victoria es infaliblemente suya.

Por aquí puede conocerse la importancia de que la *Moral* hiciera la esposicion de los males que acompañan al desenfreno de cada una de las pasiones que pueden ajitar el corazon humano; pero

esto es imposible, ya por su número indefinido, como porque muchas de ellas son de una naturaleza fujitiva i distintas en cada hombre. Sin embargo aunque no pueda hacerse esto en toda aquella jeneralidad i extension, afortunadamente si es posible respecto de las pasiones mas fuertes, mas comunes i que mayores estragos pueden ocasionar si no se enfrenan i dirijen bien, tales como el *amor*, la *ambicion*, la *cólera*, la *venganza*, la *envidia*, la *avaricia* i el *juego*. Nos ocuparemos pues siquiera de estas, aunque mui rápidamente, porque la naturaleza de esta obra no nos permite entrar en largas discusiones. A los profesores de *Moral* toca esplanar i desenvolver en toda su estension las funestas consecuencias de las pasiones rebeladas, seguros de que si logran hacerlas conocer, no les deberá poco la felicidad humana.

§.º 1.º

DEL AMOR.

Nada es mas inesplicable i misterioso que esta pasion. Es en vano querer comprenderla: sutil como el fuego, se escapa a los esfuerzos de la filosofia, el hombre la siente sin conocerla, i la experiencia, no osando alzar el impenetrable velo de que la naturaleza la ha cubierto, solo nos dice que el amor subordinado á la razon i por ella dirijido, llena la vida de encanto i de delicias; pero que cuando es violento i desarreglado, no hai imaginacion bastante viva para formarse una pintura de las penas que entónces hace sufrir; mas afortunadamente este conocimiento es bastante para el *Moralista*.

La ilusion es el fondo del amor: no es un ser real lo que se ama; es la imájen trazada por nuestra fantasía. ¿Dónde, fuera de esta, puede existir aquel conjunto de belleza, de gracia i perfeccion que nos arrebatara cuando amamos? Sin embargo, el amor es una pasion irresistible, habla sonriéndose, i su voz tiene tonos que encantan i sorprenden; i como el salvaje amansa las culebras con los dulces sonidos de su flauta, las hace deponer su fiereza, i llega hasta divertirse con ellas arrastrándolas en pos de sus pisadas como encantadas por la melodía, así el amor humilla las altivas frentes, así pasma i embeleza i juega con los hombres, haciéndoles seguir dóciles i absortos todos los rodeos de su lijera i caprichosa planta.

Cuando el amor es violento ¿quién podrá explicar la muchedumbre i fuerza de los sentimientos que entónces ajitan el espíritu? Volteando à cada instante entre el temor y la esperanza, ahora el hombre se cree el ser mas feliz, ahora el mas infortunado; i esta alternativa que trae su corazon en un continuo movimiento, en un movimiento que nada es capaz de fijar, comunica á todo su ser una inquietud i desasosiego mortal. Además, viendo en el objeto, que ama una perfeccion, un mérito, una gracia superior á cuanto puede concebirse, cifra en la posesion de su corazon toda su dicha i felicidad; naciendo de aquí el hacer incesantemente violentos i extraordinarios esfuerzos para llegar á lograrla. Cuando el hombre ha venido a este estado, ya no es mas que un ser que ama, pues que no respira sino para el amor: toda su alma, toda su existencia, todas sus facultades están concentradas en un solo objeto: ni la gloria ni las riquezas, ni el imperio i adoraciones del mundo entero, tendrían entónces

poder alguno sobre su espíritu. Cuanto mas contempla su objeto mas le ama, i de tal manera le ama, que se asombra i casi no concibe cómo ha podido vivir hasta allí sin conocerle i amarle: tan estrechamente liga su existencia á su pasion.

No es la sensualidad lo que anima el deseo del amante: la posesion exclusiva del afecto de un ser que piensa no tiene igual en el mundo, es el blanco de sus conatos, i la idea de llegar á obtener su razon i su preferencia, embriaga el espíritu de placer i de dulzura, i pone delante de los ojos una perspectiva fragante como los perfumes, i risueña como las flores humedecidas por el aliento de la aurora.

Pero es menester que el hombre no se deje sorprender por este cuadro encantador, que la fantasía sabe sembrar de delicias, en las que no hai sino ilusion; i que pare la vista en las desazones, las inquietudes i sufrimientos que constituyen el fondo, i en el que todo es realidad. El fruto del amor es de una corteza suave i dulce, pero su corazon es áspero, i amargo, i los que seducidos por su exterior corren ansiosos en busca suya, sepan que no han de hallar en él, sino un veneno que les corroa, i el principio de un fuego que al cabo les abraza i consume.

Vease sino el estado de un hombre presa de esta pasion cuando es violenta i desordenada. Ya hemos visto como los mas fuertes sentimientos de esperanza i de temor se suceden por instantes en su espíritu, i le traen continuamente en una congoja i en una inquietud insoportables. ¿Qué conquistador en el momento de la batalla que debe decidir para siempre del imperio del mundo, experimentó una ansiedad como la que sin cesar devora el corazon del amante? Además, ocupado exclusivamente

de su objeto, no vé sino este objeto, no puede pensar sino en él, ni quiere sino tenerle á la vista. Donde no está no hai placer, ni luz ni sociedad para el amante: todo le parece insípido, oscuro i solitario. Cuando espera verle cada hora se le hace larga como un siglo i pesada como una montaña, i solo se alivia de esta lentitud i de este inmenso peso que le oprime, meditando las expresiones de fuego con que ha de pintar su pasion delante del objeto que la causa. Cuando está en la presencia de este se atumultan i ajitan de tal manera los sentimientos en el alma del amante, que no le permiten aperebirse de su existencia, expresar un solo concepto, ejecutar movimiento alguno, ni aun conocer lo que en sí mismo se pasa; i cuando con trabajo se arranca de sus ojos, pareciéndole que aun apenas empezara á contemplarle, sale de este arrobamiento para sumirse en la tristeza, en la melancolía i en el mas profundo pesar. Entónces piensa un momento en su situacion i se admira de verse tan esclavizado: prueba romper los hierros que le aprisionan; mas conociendo su impotencia, se ajita, se desespera i aun deja escapar algunas lágrimas arrancadas por el dolor al recuerdo de la libertad perdida.

Tal es la historia de todos los que han amado, haciendo al amor el sacrificio de su razon i de su imperio sobre sí mismos. I no se crea que hablamos solo del amor desgraciado: el amor feliz está sujeto á las mismas i aun á mayores desazones; los goces que dá pasan como una sombra, i cuando ha desaparecido, deja en el corazon un vacío inmenso que nada es capaz de llenar.

¿I quién habrá que conociendo todo quiera sufrir tantos tormentos? ¿Quién que piense en la cruel situacion de un amante, no procurará alejarse de

ella con todas sus fuerzas? I que á esta situacion i á estos tormentos deben agregarse todavía mil consideraciones de otro órden, pero si cabe, no ménos fuertes i enérgicas. 'En efecto: el hombre presa de un amor violento i desordenado, no es ya mas hombre; sino un niño con toda la debilidad i todos los caprichos de la edad primera.

Qué excesos, qué extravagancias, qué puerilidades las suyas! No parece sino que queriendo ser la burla de todos, se afana en amontonar materiales para fabricar su propia deshonra, é ignominia, i que mas tarde le llenen de vergüenza i de arrepentimiento, de oprobio i de amargura. En este estado el hombre para nada se halla apto, descuida sus intereses, sus ocupaciones i sus deberes, consume inútilmente el tiempo, se olvida de que existe, como de que existen otros seres; en una palabra, no empieza á vivir para el amor, sino muriendo para el hombre mismo, para la familia, para los amigos, para la patria i aun para las virtudes. Los sacrificios de todo jénero no se escasean, i, si el amor lo quiere, la fortuna, la vida i hasta la reputacion, con gusto se presentan al momento para dar pábulo al fuego abrasador que arde delante de su altar denegrado é impuro.

No contamos el furor i la rabia de los celos, las infidelidades, las rencillas, los peligros, el deterioro de la salud, i mil males mas de que siempre va seguida esta funesta pasion; porque juzgamos que lo dicho basta para que todos, i en especialidad los jóvenes quienes por el ardor de la sangre i la fogsidad del temperamento son los mas espuestos al amor, se precavan de sus desórdenes, evitando las ocasiones i sometiéndole siempre al imperio del espíritu. El preservativo mas eficaz es la ocupa-

cion constante, pues se ha notado que el amor no prende sino en los corazones ociosos; pero cuando ha llegado á desenvolverse, no hai mas recurso que el matrimonio, ó, si este no conviene, alejarse cuanto se pueda del objeto que se empezara á amar.

No queremos decir que se estirpe el jérmén del amor, ni que se comprima i ahogue este sentimiento tan grande, tan dulce i expansivo en un corazon sensible, cuando va reglado por la razon. Nuestra pretension se reduce á que el hombre no le sacrifique el imperio que sobre sí ejerce, no se deje arrebatado por sus furores, ni sople él mismo el fuego de una fantasía ardiente; en fin, queremos que no se tome por pasatiempo, ni se abra el corazon á esta pasion, sino cuando un enlace santo é indisoluble haya de coronarla; porque solo entónces no inflama, no produce estragos, no arrebatada ni enfurece; ántes bien pone una base indestructible á la felicidad conyugal. ¡Qué dulce no sería llevar á la que ha de ser nuestra inseparable amiga i compañera un corazon vírjen que nadie sino ella hubiera hecho palpar! ¡Qué dulce no sería tener siempre cerca de sí el objeto del amor primero, tan lleno de ilusion i de tiernos recuerdos, realzado por la timides de la inocencia i por la sorpresa de la novedad! Aunque no hubiera otras, estas dos consideraciones serian bastantes para que se procurara guardar el corazon hasta que la santidad del matrimonio venga á abrirlo al amor casto y puro; á este amor que semejante á una lámpara inestinguible, arde suavemente en los pechos de los casados, miéntras dura en ellos el aliento i la vida.

DE LA AMBICION.

Despues del amor, la *ambicion* es la pasion mas fuerte entre las que ajitan el corazon humano. ¡Qué de crímenes no ha hecho cometer su desenfreno! Sin los desórdenes de la ambicion, la historia del mundo no presentara tantas pájinas ensangrentadas, ni tantas veces se hubiera hecho estremecer la naturaleza con los atentados mas éscandalosos i atroces. Aquí vemos un mónstruo tiñéndose las manos en la sangre de su propio padre, ó llevando el puñal al seno de un hermano, para saciar la sed ardiente del poder; allá un guerrero seguido de un puñado de audaces invade todas las naciones, trastorna todos los tronos, i amontona cadáveres sobre cadáveres, para satisfacer el loco deseo de conquistas; en otra parte un fanático atrevido hace arder de entusiasmo á un pueblo belicoso i sojuzga la mitad de la tierra, porque su jenio impetuoso le arrastra à la dominacion; i para decirlo de una vez, por todas partes se oye tronar el cañon, por todas partes se vé brillar el acero i á los hombres empeñados en despedazarse mútuamente, á impulso de los furores que en sus pechos sopla la ambicion.

¡I cuanta no es la saña con que se ejercita contra el individuo mismo de cuyo corazon se ha apoderado! ¡Cuanta hiel no vierte en toda su existencia. !Qué de zozobras, qué de inquietudes i de fatigas no le hace sufrir continuamente! El hombre á quien la ambicion iflama hace por cierto una carrera trabajosa i llena de afan; jamás en su camino encuentra el dulce reposo, ni los placeres moderados i puros, ni una sola flor que cojer: el abrazado

Aquilon que en él reina, todo lo ha marchitado, todo lo ha resecado i destruido. El polvo que el ambicioso mismo levanta con sus pisadas, forma delante de sus ojos una nube que le impide descubrir los abismos en que vá á precipitarse; corre sin cesar, i miéntras mas corre, mas vivo i pujante es el estímulo que le aguija. Como marcha con estrepitoso ruido, por donde quiera despierta al pasar los celos, los odios, la murmuracion, la calumnia i todo el linaje i parentela de la envidia, que en el camino de la ambicion tiene su ordinaria residencia. No se hable de humillaciones, de bajezas i de dependencia: bien se sabe hasta dónde el ambicioso se abate, se arrastra, se envilece i hace dependiente, corriendo en pos de los fantasmas brillantes que en el delirio de la fiebre ardiente que le abrasa cree divisar à lo léjos. Hai ciertamente en esta carrera puertas por las que no puede entrarse sino agachándose hasta el suelo, i como es menester atravesarlas, es menester agacharse i dejar allí todo lo que puede hacer al hombre grande i elevado. I lo peor es que el ambicioso jamas llega al término de sus aspiraciones, porque su pasion le engaña i juega con él, como se hace con los niños, á quienes se les pone á la vista un juguete para hacerles caminar: cuando el niño, despues de haberse afanado gateando, cree poder alcanzar el objeto de sus deseos, extiende ansioso la mano para cojerlo: mas entónces se le retira á una distancia igual á la que al principio tenia, i se vé obligado á empezar nueva carrera, nueva fatiga; he aquí la suerte del ambicioso.

Los objetos ordinarios de esta pasion son los *altos puestos, el renombre i la opulencia*. ¿I que son los altos puestos, el renombre i la opulencia?

Nada, sino vanidad i engaño. Semejantes á la niebla, parecen un cuerpo compacto i brillante cuando se ven de léjos; pero trasladado uno en medio de ellos, no encuentra nada palpable, ni otra cosa que un vapor lijero. ¡Como por ejemplo, resplandece la presidencia del Estado á los ojos del que empieza la carrera pública! Posible es que de gozo i de enajenamiento perdiera la vida, si de repente se viera colocado en aquel puesto; pero como las cosas no marchan así, como hai escalones que subir gradualmente, cuando se llega á las eminencias sociales ya han podido observarse de cerca, i no deslumbran como al principio; á un paso mas casi pierden toda su ilusion; se adquieren al fin, i entónces la novedad, los primeros acatamientos i honores parecen reanimar por un momento el esplendor; mas es para extinguirse del todo, familiarizándose á pocos dias el hombre con el puesto, hasta el punto de presentársele este, cuando no despreciable, sí como inferior á él mismo. Ya las distinciones, las preferencias de orden, i todas las atenciones que se le rinden, no le hacen ninguna sensacion; porque á poco de estar recibéndolas se acostumbró á ellas; pero no le sucede lo mismo con el peso del gobierno, con el trabajo, con las molestias, disgustos, zozobras é inquietudes que á toda hora i por todas partes le cercan. Cosas son estas á que no es posible habituarse hasta el punto de que el hábito las vuelva indiferentes; porque no son de imajinacion como el tratamiento distinguido, los cumplimientos i las lisonjas, sino de pura realidad. Agréguese á esto la envidia, los odios, las venganzas, las insidias, los comprometi- mientos, los *empeños*, las impertinencias, i qué se yo qué mas calamidades que sitian siempre los

elevados puestos, i se conocerá que es mal cálculo pretenderlos, que solo pueden admitirse cuando han venido sin ambicionarlos, i que no debe hacerse para obtenerlos otra cosa que volverse acreedor á ellos por la virtud i el patriotismo. Pero no pensar sino en los puestos, desvivirse por ellos, hacer depender de ellos todo contento, toda dicha, toda felicidad, es el mayor desvario.

En grande ó en pequeño cualquiera puede verificar la exactitud de estas observaciones, recurriendo á su propia esperiencia. Todos cual mas, cual ménos, han ambicionado algo en el mundo; pero no hai uno solo que, si es sincero, no confiese francamente que en aquello que con mas ahinco le hacia desear la ambicion, cuando lo consiguió no halló sino vanidad, i que léjos de que esta adquisicion la hubiese satisfecho, dejó ella en su alma un vacio que le obliga á lanzarse de nuevo en la carrera de aspiraciones sin término. Lo mismo respectivamente puede decirse del renombre i la opulencia.

No espere pues el ambicioso henchir su corazon miéntras que el soplo de la ambicion lo infle como un globo. Reducido á sus naturales dimensiones fácil le será llenarlo. ¿Es estimacion pública, es respeto, son consideraciones lo que busca el ambicioso? Pues estas cosas, ántes que en los puestos, en el renombre i en la opulencia, se encuentran en una conducta moral honrada i benéfica; porque tambien hai sus laureles para la virtud, i estos laureles de la virtud son mas preciosos, mas fragantes i ménos espuestos á marchitarse que los del poder, la fama ó el oro. ¿Es dignidad? La de hombre de bien no puede trocarse por otra alguna, i cualquiera sin afan puede proporcionársela. ¿Son finalmente las riquezas? Ellas no multiplican vuestro indivi-

duo, no aumentan vuestra capacidad de gozar, ni vuestra felicidad crece á par de ellas; no necesitais muchas para ser dichosos, i las que necesitais, con mil ventajas os las suministran i aseguran el trabajo, la economía i el crédito. Si aspirais pues á estimacion, á respetos, á consideraciones, à dignidad, á riquezas, no es menester ir á buscar estas cosas en las cavernas á donde una loca ambicion os conduce, aseguràndoos mentirosamente que allí las encontrareis: la razon os indica como residencia de ellas otros parajes; i la razon nunca engaña.

Concluiremos haciendo una observacion jeneral, propia de este lugar, que la filosofia sujere i la experiencia confirma, á saber: que la felicidad se aviene mejor con las situaciones mediocres, que con las mui elevadas. Verdaderamente, el exceso de poder i de elevacion, produce el exceso de peligro, de inquietud i de amargura; el exceso de riquezas produce el exceso de fastidio, de destemplanza, de cuidados i de capricho; el exceso de gloria produce el exceso de envidia, de calumnia, de antipatías i de persecucion. El rayo que rasga con estruendo la nube i se precipita sobre la tierra, no hiere las medianas casas sino los soberbios palacios; ni los rios salen de madre, se estrellan contra las rocas i llevan siempre turbias sus aguas, sino cuando la masa de ellas esdemasiado abundante; ni el tirador que se ejercita en lanzar sus zaetas busca para blanco, sino los cuerpos mas visibles, los que mas resplandecen i brillan.

§.º 3.º

DE LA CÓLERA.

El tratado de esta pasion por un escritor que te-

nemos á la vista, nada deja que desear: así nosotros no haremos aquí, sino trascribir literalmente sus palabras.

“La cólera es un aborrecimiento repentino, mas ó ménos permanente, á los objetos que juzgamos contrarios á nuestro bien estar. Nada es mas natural que esta pasion en un hombre perpetuamente ocupado en su propia conservacion i felicidad, pero nada tampocomas necesario á una criatura racional i sociable, que reprimir los movimientos impetuosos, tan perjudiciales así propio, como á los que viven con él. En jeneral la razon prueba que todo hombre en sociedad debe por su propio interes, armarse contra las impulsiones que le perturban é impiden el usar de su juicio, de su reflexion i de la esperiencia que debe servirle de guia. El sábio dice Epicuro, puede ser ofendido por el odio, por la envidia i por el desprecio de los hombres; pero esté seguro que en él consiste hacerse superior á toda injuria con la fuerza de su razon. La sabiduría es un bien tan sólido, que impide al que la posee, salir de su estado natural, ó cambiar de carácter con la cólera, aun cuando su voluntad fuese esta.”

“La cólera lo mismo que todas las pasiones, puede ser detenida, contrapesada i reprimida con el temor de las consecuencias molestas que puede acarrear tanto á nosotros como á los demas hombres. Todo hombre sociable debe ser racional, es decir, debe distinguir los movimientos naturales que puede seguir sin peligro, de aquellos que prudentemente debe resistir: debe estar habituado á regular sus movimientos de un modo conveniente á la sociedad: debe haberse acostumbrado desde mui temprano á vencerse, i con la costumbre de hacerlo facilitar el vencimiento. Es menester repetirlo:

todo hombre que no está habituado á resistir á las propensiones de su naturaleza, es un miembro dañoso en la sociedad.”

Aunque à primera vista los ímpetus de la cólera manifiesten vigor, fortaleza i enerjia de alma, los mas de los moralistas han atribuido esta pasion á debilidad. Efectivamente ella supone una inoyilidad en los órganos que los pone en estado de ser fácilmente afectados; esta descomposicion tan fácil de la máquina, ó, esta *irritabilidad*, se advierte sobre todo en las mujeres, á quienes la naturaleza ha hecho por lo comun mas sensibles, mas débiles i por tanto mas sujetas á la cólera que los hombres. Igualmente los niños, desde la edad mas tierna dan con sus gritos, sus lágrimas, sus pataleteos i sus convulsiones, señales nada equívocas de la cólera que los ajita siempre que no se condesciende con sus caprichos: si sus fuerzas correspondiesen á sus furoros, una criatura seria capaz de acabar con su nodriza ó con su madre, cuando le quitan ó no le dan un dulce, ó un juguete: poco á poco sus órganos se van fortificando, i se hace mas tranquilo i contenido, castigándosele ademas por sus corajes i enojos, que á veces son capaces de poner en peligro su salud i aun su vida; el temor le enseña á contenerse i de este modo va adquiriendo la razon por grados, hallándose insensiblemente criado de un modo conveniente para vivir en sociedad.

“Todo hombre que vive con sus semejantes debe saber que se halla rodeado de otros, que, como él están llenos de defectos, de pasiones, i de flaquezas; i por lo tanto debe concluir de aquí, que su propio interés le prescribe soportarlos con induljencia, i que una cólera continua le pondria en un estado continuo de guerra con todos aquellos que tratase.

El que es propenso á la cólera es habitualmente desgraciado: todo le ofende, el odio habita de asiento en su corazón, i suscita esta desagradable pasión en todos los que sus furias i enojos horrorizan, i hacen á veces infelices. El hombre colérico no puede jamás gozar de una felicidad durable, á causa de que la menor cosa le inquieta i le perturba. Descontento con todo el mundo, á nadie hace feliz: es como un tirano en medio de los esclavos, de cuya aversión recela á cada paso; el terror que inspira está escrito en el rostro de su mujer, de sus hijos i de sus criados, los cuales solo descansan en su ausencia.”

“La dulzura es un medio de desarmar la cólera; sin embargo hai hombres de tal modo dominados de esta pasión, que la dulzura misma los irrita mas aun, i los precipita en una especie de rabia i desesperación; entónces la vergüenza del mal que han obrado, ó la vanidad, juntándose á la cólera, da á esta nuevas fuerzas, i la convierte en delito. Este fenómeno en lo moral nos prueba evidentemente que el hombre de natural tranquilo goza de una superioridad, que el hombre colérico, aun en su locura, forzosamente reconoce.”

“En efecto, la cólera es en algunas personas un frenesí, una pequeña rabia, una verdadera locura. A no ser así ¿cómo explicar la conducta de algunos coléricos? ¿de aquellos digo que en los accesos de su ciega furia emprenden contra los objetos inanimados, aporrean las mesas i paredes, se hieren muchas veces gravemente, i aun se arrojan á la misma muerte?”

“Se vé, pues, que el hombre entregado á la cólera, al paso que se hace temible á todo el mundo, debe temerse así propio, i nunca puede temer hasta

qué punto le llevaràn sus furias. Si aun estando solo es capaz de dañarse así mismo ¿qué podrá suceder hallándose en compañía de otros? Jamas el colérico está seguro de volver á su casa, porque siendo incapaz de sufrir nada, puede á cada paso encontrarse con hombres tan coléricos i temibles como él, que le castigaran quizá de su humor insoportable. La cólera, dice un sábio de Oriente, comienza por la locura i acaba por el pesar.”

“Aristóteles era de opinion que la cólera podia algunas veces servir de arma á la virtud; mas nosotros diremos con Séneca i Montaigne que en todo caso esta es una arma de nuevo uso, porque nosotros, dice aquel, manejamos las demas armas, i esta nos maneja á nosotros: nuestra mano no la guia, sino que es ella quien guia nuestra mano, siendo difícil contenerla.”

“Aunque la cólera sea una pasion peligrosa, hai sin embargo una que debemos aprobar. Esta es aquella cólera social que deben necesariamente suscitar en todas las almas justas, el crimen, la injusticia i la tiranía, con las cuales no le es permitido á ninguno mostrarse indiferente, debiendo irritar á todo buen ciudadano, ó producir en su corazon una indignacion permanente. Esta cólera lejitima, llamada por Cicerón *odio civil*, es una pasion que anima á todos aquellos que se interesan fuertemente en la felicidad del jénero humano. Todo hombre que no se turba ni altera al ver las injusticias i opresiones que se hacen á sus semejantes, es un débil i mal ciudadano. En este sentido dicen los Arabes que *por su cólera es reconocido el sábio.*”

§. 4.º

DE LA VENGANZA.

La *venganza* es el deseo de hacer mal al que nos lo ha hecho; deseo insensato por cuanto se convierte en verdugo del individuo mismo; cruel por cuanto se complace en los sufrimientos ajenos; ruin i miserable, por cuanto no se desenvuelve sino en las almas mezquinas, débiles i apocadas. ¡Hombres vengativos! ¿por qué imprudentes, meteis en vuestro corazon una vívora, i llamais el mal sobre vuestra cabeza? por qué, inhumanos, os saboreais en las lágrimas del dolor? por qué innobles i bajos, reusais los goces puros i elevados de la jenerosidad que perdona? Como si no os bastara el afan, inquietud i fatigas que os cuesta vuestra propia felicidad, tomais sobre vosotros el encargo ¡¡¡de hacer la infelicidad ajena!!!

El no es lijero el empeño en que se pone el hombre que medita la venganza ó anda en sus caminos. No teniendo en sus manos las llaves del imperio del mal, ni obedeciendo el mal á su vos, rabia i se desespera al ver que no puede hacer el que desea: un fuego vivo que en su pecho ardiera, no le devorara con tanta actividad. ¿I si en vez de la ruina i muerte á que aspira para el objeto de su odio, este prospera i vive ¿qué pesar es tan profundo i amargo que pueda compararse al que entónces asalta el corazon del vengativo? Impotente para hacer á su antojo el mal que con ansia desea, impotente para impedir el bien que con todas sus fuerzas procura alejar, el vengativo no respira sino furor, no se alimenta sino de llamas, i no puede decirse que vive

porque á la verdad no vive, sino que jira continuamente sobre una rueda de tormento. Prometeo encadenado sobre una roca, espirando siempre sin poder jamas morir entre las garras del buitre que sin cesar roe sus entrañas, es una débil imájen de la existencia del hombre á quien la venganza ajita, i en cuyo corazon se ceba con furor.

Aun suponiendo que el hombre fuera poderoso á hacer todo el mal que desea, i á alejar todo el bien que no desea, todavía seria preciso que por todos puntos fuera invulnerable para que la espada de la venganza no viniera á herirle á él mismo, i serle á su vez funesta. Pero es evidente que en el mundo nadie puede lisonjearse de poseer esta prerogativa, ántes bien es evidente que segun en él están ordenadas las cosas, el que ofende se expone á la ofensa, por mas débil, impotente i despreciable que parezca el ofendido. Así el vengativo hace hoi un mal, mañana lo recibe en proporcion doble; lo vuelve á hacer, lo vuelve á recibir, i cada dia la medida crece, cada dia el mal va en aumento; de manera que los jénios enemigos del hombre no pudieran encontrar para la produccion del dolor en la sociedad, un instrumento mas activo i fecundo que la venganza. I lo mas singular es que de toda esta porcion de mal producido, la mitad por lo ménos le toca á cada uno de los colaboradores; por manera que bien vista la venganza, es como una compañía para producir todo el mal posible, i repartirselo luego entre los consocios. ¡Bella i racional empresa! Si por un milagro de la razon convirtieran este ardor con que se aborrecen i persiguen, en ardor para amarse i protegerse recíprocamente, en vez de un mal, cada uno recibiera un bien, i el aumento de la suma de la felicidad social seria prodijioso.

— Pero supongamos aun que el hombre se halle en posicion de hacer todo el mal que su ciega passion le sujere, i tambien que se encuentre á cubierto de represalias: sacie entónces su corazon sediento de mal i de exterminio; beba hasta el fondo la copa de la venganza, i cuando ya esté repleto de sangre, cuando tenga en sus manos las entrañas despedazadas i todavia humeantes de su víctima, diganos qué sentimientos ajitan su espíritu: diganos si es el dulce del almíbar lo que entónces gusta, ó el amargo de la hiel; si siente el goce de la propia satisfaccion, ó el pesar del remordimiento; si su alma se eleva inflada de un noble orgullo, ó si se abate oprimida por el sentimiento de su propia bajeza; diganos, en fin, si respira entónces la calma i el contento, ó, si en medio de la confusion i del desórden, devastan su espíritu el arrepentimiento i la amargura.

La venganza es hija de la vanidad i de un orgullo necio que nada quiere sufrir. Tú me has ofendido i es menester que yo te haga sentir que no se me ofende impunemente, que puedo destruirte, aniquilarte: ¿qué dirian de mí los hombres si te perdonara el mal que me has causado? Imputáranmelo á debilidad ó á falta de honor. . . . He aquí los racionios de una hinchada i loca presuncion; he aquí palabras que arrebatan, hiriendo una cuerda que tiene correspondencia con el corazon humano; pero es preciso no dejarse cojer en las redes que la seduccion tiende con este lenguaje; es preciso oponer al sentimiento la razon i seguir con firmeza sus consejos. Ved lo que en este punto ella os dice por la pluma de un escritor célebre.

“Todo persuade á que el hombre que sabe perdonar es á los ojos de los demas hombres mucho

mas apreciable, *mas fuerte*, i mas grande que no el insensato que le ha ultrajado, ó que el débil que nada puede sufrir. *Un débil dice un moderno, puede combatir, un débil puede vencer; mas un débil no puede jamás perdonar.*"

“La jenerosidad que hace perdonar las injurias es un afecto desconocido de las pequeñas almas, de las jentes del pueblo, de los hombres comunes. Los salvajes segun las relaciones de los viajeros, son implacables en sus venganzas, las cuales se perpetuan entre ellos de unas razas en otras, hasta la destruccion entera de sus diversas tribus. El espíritu de venganza, que subsiste todavía en muchos pueblos que se precian de civilizados, i la idea que se tiene de que *un hombre de valor no debe nunca sufrir una afrenta*, son reliquias aun de la barbarie que introdujeron en la Europa las naciones feroces i guerreras que en lo antiguo sojuzgaron el vasto imperio de los romanos.”

Mas ni hombres de esta naturaleza, ni unos soldados bárbaros i feroces son modelos que han de imitar hombres mas sábios, esto es mas instruidos en los intereses de la sociedad i en lo que constituye el valor, la grandeza de alma i la verdadera gloria. El hombre inculto i salvaje está mui léjos de reflexionar; sigue ciegamente los impulsos momentáneos de su furor; mas el hombre civilizado es verdaderamente sociable i se acostumbra á reprimir las pasiones, cuyas peligrosas consecuencias ha llegado á conocer. Por la paciencia se distingue el hombre de razon, del niño, del salvaje i del imprudente. El hombre, pues, no debe dejarse arrebatado por el impetuoso i devastador torrente de la venganza; sino que debe sobrellevar las ofensas que se le hagan, i perdonarlas con grandeza i jenerosidad: su

reposo, su bien estar, i su seguridad propia, se ligan estrechamente á este principio, que fué siempre el de las hombres magnánimos. Si el orgullo i la vanidad vinieren á apartarle con mentira i seducción, de este camino de honor i de gloria, invoque en su auxilio el jénio de la razon i al momento este se presentará á alentarle en su marcha acompañado de la humanidad, de la prudencia, i de las sombras ilustres de cuantos hombres verdaderamente grandes han pisado el polvo de la tierra.

No queremos que el hombre sea insensible; no queremos que descuide su propia conservacion; sino que no haga el mal por el solo motivo de que á él se lo han hecho; que perdone con jenerosidad, i que se revista de un sufrimiento racional que le precava de los furores de una venganza loca, sin llevarle hasta los términos de una baja cobardía, ó de una indolencia apática que le volviera juguete de cuantos quisieran ofenderle. Así, estad siempre prontos á desviar i repeler el mal que se os dirija; mas nunca querais echarlo sobre el mismo que os lo ha dirijido, á no ser que esto sea indispensable para vuestra propia defensa; pero entónces no os vengais, sino que os defendeis.

En esta materia hasta aquí habia avanzado la filosofía humana; porque ni Sócrates, nombrado padre de la *Moral*, hizo otra cosa que prescribir el perdón de las injurias: una filosofía bajada del cielo ha ido mas adelante proclamando una máxima desconocida i sublime que pásmó el mundo, i que cada vez que se medita hace estremecer de asombro i de entusiasmo. *Amad á vuestros enemigos i haced bien á los que os aborrecen i persiguen*; he aquí el principio del Evangelio; principio que él solo vale toda la moral del Pórtico, i que dá una

prueba tan perentoria de la divinidad de Jesus, como la que se saca de los milagros que obró; porque si los milagros no son sino de un Dios, la máxima anunciada por el Salvador del mundo, i practicada por él mismo desde la Cruz, no es ciertamente de hombres.

Con dificultad la flaqueza humana se proporciona á tanta grandeza i elevacion; pero por lo mismo debe el hombre trabajar incesantemente i con todo esfuerzo, para llegar á la práctica de esta filosofía sublime i celestial. ¡Qué fondo inagotable de delicias desconocidas no encierra! Imposible es esplicar las grandes emociones que lleva á el alma, ni las profundas i duraderas impresiones de deleite puro que en ella deja. Tan dulce es esta máxima, que si una vez se llega á gustar, es imposible abandonarla nunca.

§.º 5.º

DE LA ENVIDIA.

El tratado de esta pasion, igualmente que el siguiente de la *avaricia*, los tomaremos del mismo autor que tomamos el de la cólera, en razon de no tener nada nuevo que decir en el particular, ni nada que añadir á sus ideas.

“La *envidia*, este tirano encarnizado del mérito, de los talentos i de la virtud, es una cualidad insociable que hace aborrecer á los que poseen ventajas i cualidades estimables.”

“Los celos, hijos lejitimos de la *envidia*, son la inquietud que produce en nosotros la idea de una felicidad, que suponemos que otros gozan, mirándonos privados de ella nosotros”.

“El orgullo es el oríjen de la envidia : el amor preferente que todo hombre se profesa a si mismo, le hace aborrecer en otros las ventajas por las que se logra en la sociedad una superioridad que cada cual desea para sí. *Aquellos, dice Sófocles, que desprecian i ultrajan á los hombres grandes, no se figuran que hacen mal en esto, porque están seguros de ser celebrados i aplaudidos.* Todo mortal que se distingue por sus talentos, por su mérito, por su feliz suerte, por su crédito ó por sus riquezas, es objeto de la envidia pública, á causa de que cada uno querría gozar, con preferencia á él, de todas estas ventajas.”

“Los celos, por el contrario, suponen una idea baja de sí mismo, una falta de las ventajas ó cualidades que se reconocen ó que se supone que existen en aquellos que causan los celos. Un amante está celoso de su rival, porque teme no tener á los ojos de su amada tantas prendas como el que motiva sus inquietudes. Los pobres viven celosos de los ricos, porque aquellos se sienten destituidos de los medios que estos pueden emplear para obtener todos los placeres que los otros no pueden conseguir.”

“La envidia i los celos son pasiones naturales en todos los hombres ; pero pasiones que por su propio reposo i por el bien de la sociedad debe reprimir con el mayor cuidado todo hombre. La vida social es un continuo tormento para el que es aflijido de esta desdichada pasion ; todo á sus ojos es un espectáculo de rabia i de dolor ; no hai ventajas que otro disfrute, que no causen una herida mortal al envidioso. La opulencia de sus conciudadanos le entristece ; su elevacion le irrita ; su reputacion le ofende ; los elogios que se les dan son puñaladas para él ; la gloria que se granjean le desespera ; en una pala-

bra, no hai para el hombre envidioso paz ni tranquilidad alguna: si quiere sustraerse al espectáculo de la felicidad pública, tan molesto á sus ojos, no hai mejor cosa como que huya i se esconda a devorar su propio corazon en una horrible soledad.”

“La envidia es un defecto vergonzoso que nadie se atreve á manifestar, porque daria en rostro con él á todo el mundo; así se le procura ocultar bajo una infinidad de diferentes formas. Ningun hombre se atreve á confesar que tiene envidia a otro: su pasion se disfraza con el nombre de amor del bien público cuando quiere deprimir á los que le molestan; entónces la envidia se indigna i clama al ver los eminentes destinos concedidos á hombres desnudos de todo mérito; se lamenta de que la opulencia esté en manos de jentes poco merecedoras de poseerla; bajo el pretesto de un amor puro por la verdad, entra en lo mas oculto de los corazones para atribuir motivos odiosos i viles á las mejores acciones; escudriña en la conducta de los hombres todo lo que puede rebajarlos de su justo valor; en fin, ama la murmuracion, porque esta degrada a sus rivales.”

“La envidia suele ser la moral de muchas jentes; el envidioso, poco sensible á los intereses de la sociedad, es un lince siempre que se trata de manifestar los vicios i defectos ocultos de aquellos cuya felicidad le ofende. La envidia es osada i rabiosa cuando no puede ocultarse con el nombre de celo por la virtud.”

“Bajo el pretesto de buen gusto, la envidia lo critica todo, i nada encuentra bueno; i escuchando con ansia sarcasmos i epigramas, la burla i las sátiras mas picantes son para ella un manjar delicioso, con que entretiene por algunos instantes el dolor i

la pena que le causan el mérito i los talentos: ella adopta sin exámen alguno la calumnia, porque sabe que esta deja siempre unas cicatrices mui difiles de borrar; en una palabra, la malignidad, la perfidia i la perversidad son dignas compañeras de la envidia, i con su auxilio logra esta al ménos aflijir i desalentar al mérito, cuando no consiga sofocarle.”

“; Cuán pocos envidiosos habria, si se reflexiona-se cuán pocos hombres hai verdaderamente felices ó dignos de envidia! Los grandes son envidiados, porque se supone que son los mas dichosos entre los mortales; pero ¿cómo un hombre que piensa podrá envidiar á unos cortesanos perpétuamente atormentados de su recíproca envidia, de continuos sobresaltos, de las mas acervas pesadumbres, i de inquietudes i zozobras tan largas como la vida? El rico es objeto de los celos i de la envidia del pobre; mas para desengañar á este, hágasele ver que, apesar de todos los medios que tiene para lograr su felicidad i su reposo, este mismo hombre rico ningun uso hace de ellos: devorado por la sed de las riquezas, nunca se halla satisfecho; corroído por la ambicion, jamas está contento con su suerte; hastiado de placeres, ninguno ya le sirve de recreo; fatigado en fin, de su ociosidad, el fastidio le abrumba, como que es el mas cruel de todos los tormentos con que la naturaleza puede castigar al hombre que no quiere trabajar. Todo le muestra al pobre laborioso que su destino, que tan lamentable le parece, le exime de una infinidad de necesidades imaginarias, de intrigas i de aficciones de espíritu, como son las que ajitan de continuo á la grandeza i la opulencia.”

Hasta aquí el Moralista citado. Nosotros solo añadiremos, que no hai que confundir la envidia con la *emulacion*: aquella ya se ha visto cuán baja,

innoble i funesta es ; miéntras que la emulacion es un sentimiento útil i laudable, capaz de producir cuanto en la línea de lo grande i progresivo puede alcanzar el hombre. No es el mérito ajeno el que le pesa i amarga, como á la envidia ; sino el demérito propio ; así no se afana por denigrar lo que brilla, sino por brillar tambien ; no da flechas para lanzar contra los que se hallan en puestos eminentes, sino alas para elevarse al mismo nivel ; enfin, no rebaja lo que es grande para igualarlo con lo que es pequeño, sino que asciende lo pequeño á la altura de lo grande. La *emulacion* por tanto, al contrario de la envidia, es un sentimiento que debe robustecerse i fomentarse.

§.º 6.º

DE LA AVARICIA.

“La avaricia, dice el Moralista de donde hemos anunciado transcribir este parágrafo, consiste en una sed inestinguible de las riquezas solo por sí mismas, sin hacer nunca uso de ellas, ni para su propio bienestar, ni para el de los demas. Las riquezas en las manos del hombre sensato, no son la felicidad, pero sí los medios de obtenerla; porque le facilitan el que un gran número de hombres concurren á su propia felicidad. El avaro es un hombre solitario, reconcentrado en sí mismo, i cuyo corazon está siempre cerrado para sus semejantes. Acostumbrado á privarse de todo ; qué atencion pueden merecerle las necesidades de los otros, ni como alargarles una mano benéfica ? El avaro solamente vive con su oro ; este ídolo inanimado es el objeto único de sus adoraciones i de sus cuidados ; le adora en secreto

i le sacrifica perpétuamente todas sus demas pasiones, así como todas las virtudes sociales; nada concede á sus deseos, i se aplaude de las privaciones que tolera las cuales no son para él, sino continuos goces i placeres, puesto que le conducen al fin que se propone, que es el atesorar.”

“Los moralistas han condenado con mucha razon la avaricia; los poetas han disparado á manos llenas los dárδος de la sátira contra ella; mas sin embargo, no han examinado con prolijidad las causas ocultas i poderosas que inspiran i alimentan en algunos hombres esta pasion insaciable, que los ata i enlaza con vínculos indisolubles. Se nos pinta el avaro como á un hombre infeliz, porque se priva de los placeres que los demas deseamos; mas el avaro es poco sensible á estos placeres: él se cree con placer distinto, superior en su imaginacion á todos, i que le ofrece todos los placeres reunidos. ¿Por qué contempla solo i únicamente su tesoro? Porque su tesoro retrata en su fantasía todos los bienes i placeres del mundo; este tesoro le representa la facultad de adquirir honores, palacios, terrenos, haciendas, alhajas preciosas, i deleites carnales, caso que sienta los estímulos de la sensualidad. En una palabra, en su cofre el avaro lo ve todo, es decir, ve la facilidad de tener, si él quisierá, todo lo que es objeto de los deseos de los otros: esta posibilidad le basta, i no apetece mas; si empleara su dinero en la adquisicion de algun objeto particular, su ilusion cesaria, i no quedándole sino la cosa adquirida, ó la memoria de algun placer acabado, no veria ya en su imaginacion la facultad de tener todo lo que se puede adquirir con el dinero.”

“El avaro se priva de todo, es verdad; mas cada privacion es un placer para él: quizá en esto hará algu-

nas veces sacrificios costosos; mas en toda pasion dominante tambien se sacrifican todas las demas al objeto que esta prefiere. El avaro sabe mui bien que es despreciado i aborrecido; mas á la vista de su cofre se aprecia así mismo i considera en él su poderío, su amigo el mas seguro, i en quien se encierra lo que le puede proporcionar las ventajas que no podria esperar del resto de la sociedad. El avaro desconoce la compasion, porque no tiene necesidades, ó á lo ménos porque puede satisfacerlas; tampoco ama á nadie, porque su dinero absorve todos sus afectos; rehusa lo necesario á su mujer, á sus hijos i á sus criados, porque lo necesario le parece superfluo: en suma, vive atormentado de mil inquietudes; ¿mas toda pasion no está sujeta al temor é inquietud de perder el objeto que prefiere su amor? El avaro no es mas feliz, ni mas desgraciado que el ambicioso, que se aflige i teme perder su poder; que el amante, que sospecha de la felicidad de su amada; ó que el deseoso de gloria, que teme igualmente el que esta se le escape. No hai, pues, pasion alguna fuerte i dominante que no cause inquietud, i no escite por ciertos momentos vergüenza i remordimientos; mas estas ideas de pesar se ven mui pronto disipadas con las ilusiones que presentan á la imaginacion el objeto de que el hombre se halla perfectamente inflamado.

“Así el avaro es ciertamente infeliz, tanto por los tormentos de su misma pasion, como por la idea de los efectos que ella produce en los demas: no solo él priva á los otros hombres de todo, sino que el avaro es capaz de las acciones mas bajas para saciar la sed que insesantemente le abrasa; en fin, en los excesos de su locura, es capaz de ahorcarse, si ha

perdido su oro, porque esta pérdida le priva del objeto que le daba vida.”

“La avaricia, como otras muchas, es una pasión exclusiva que separa al hombre de la sociedad. Sería un error el creer que el hombre es un avaro por el bien de los otros. Un padre de familia prudente i justo es económico sin ser avaro: se priva de las cosas inútiles i aminora sus gastos para consolidar la suerte de sus hijos; mas el avaro es *personal*; no es por el bien i cariño de los demas por lo que se carga de una pasión insoportable para los que no se hallán enteramente infestados de ella. Todos los dias vemos hombres que sin tener herederos, sin amar á sus parientes, sin intencion de hacer nunca el menor bien á nadie, no gozan de su inmensa fortuna, sino que viven en una verdadera indijencia, i hasta los bordes del sepulcro no cesan de acumular tesoros, de los que ellos no usan ni usarán jamas. Los verdaderos avaros aman el dinero por sí i para sí solos; le miran como á un bien real, i no como la representacion de la felicidad, ó como un medio de obtenerla. El hombre sociable i racional mira el dinero únicamente como el medio de lograr los placeres honestos, i el hombre virtuoso no conoce otro placer mayor ni mas verdadero que el de hacer felices: es benéfico i liberal, porque sabe que en el ejercicio de la beneficencia consisten las ventajas que tienen las riquezas en comparacion de la pobreza ó de la medianía.”

“El hijo del avaro es por lo comun pródigo, porque la avaricia del padre le ha mortificado mucho, i por lo tanto se precipita en el extremo opuesto: ademas, este mismo padre, negando todo a su hijo, no le ha dejado aprender el buen uso que se puede hacer de sus riquezas. El pródigo discurre merecer

estimacion i aprecio adoptando un vicio contrario al de su padre."

§.º 7.º

DEL JUEGO.

Innumerables i de inmensa magnitud son los males que acompañan a esta pasion funesta. Por ella el hombre consume estérilmente el tiempo, abandona el trabajo, se vuelve disipador, altera su crédito, arruina su fortuna, sacrifica su reputacion, deteriora su salud, se priva de los mas dulces é inocentes goces, se pone en camino de cometer todos los crímenes, i se condena voluntariamente á arrastrar una existencia vergonzosa, envilecida i llena de amargura.

Verdaderamente el tahur de profesion nunca produce nada de provecho, porque no piensa sino en jugar, i es en la creacion animada, lo que en la vegetal el árbol que no lleva fruto. La sociedad no le deberá jamas ningun servicio, las ciencias ningun progreso, ni las artes invento alguno ó mejora: no producirá siquiera aquello que él mismo necesita para subsistir, siendo el juego el enemigo irreconciliable del trabajo, ya por el tiempo que quita, como porque amortigua todo aliciente i estímulo. El hombre que pasa los dias i las noches en torno de una mesa ¿cuándo trabajará? ¿Ni cómo se resolverá á consagrar un año de fatigas á la adquisicion de una suma que está acostumbrado á perder ó á ganar en la vuelta de un dado? Tambien destruye la economía; porque ¿qué economía puede darse en quien arriesga así su dinero? ¿Cómo oirá los consejos de la prudencia el que en el juego se há habituado á desa-

tender sus gritos? Aunque la razon diga al tahir: tal gasto es excesivo, la compra de tal objeto es innecesaria, no importa, responde el tahir: puedo ganar esa suma en el juego; ó bien: estoi acostumbrado á perder sumas mayores. Es ciertamente imposible que pueda economizar una cantidad pequeña quien está acostumbrado á ganar i perder súbitamente grandes cantidades, ni que haga buen uso del dinero el que todos los dias lo espone neciamente en las manos de una ciega ventura. Tampoco el tahir puede tener crédito; porque ¿quién confiará sus intereses á un hombre que de un instante á otro está expuesto á quedarse arruinado? Así el tahir no tiene tiempo, ni disposicion, ni estímulo para el *trabajo*: la *economía* es incompatible con sus hábitos de disipacion, de desarreglo i de desórden, á la vez que el peligro que á toda hora corre de abismarse en la miseria le destituye i priva de *crédito*; por manera que el tahir de profesion carece precisamente de los tres únicos medios que pueden asegurar fondos para la satisfaccion de las necesidades, i de consiguiente se halla en camino para las privaciones, las escaseces i todos los males de una pobreza extrema. Jeneralmente hablando, se necesita un milagro para que el tahir de profesion no venga al fin a parar en la mas espantosa indijencia.

No menos que á la fortuna, el juego es perjudicial á la salud, por el desórden que introduce en los hábitos propios para conservarla, por las largas vijilias que hace sufrir, por el uso de licores fuertes á que estimula é incita, por el alternativo i continuo tránsito de la esperanza al temor, de la alegria al pesar, i por los enérgicos sacudimientos de furor, de rábia i de arrepentimiento que sin cesar devoran el alma del tahir. El aire

corrompido é impuro que en las piezas de juego se respira, el calor sufocante que se sufre, la opresion i el contacto material é inmediato con todo jénero de personas, necesariamente deben tambien contribuir al deterioro de la salud, i á la contraccion de contagiosas enfermedades.

El tahir se priva de mil goces puros é inocentes. Vedle en su casa: ni las caricias de una amable esposa, ni los juegos i besos de unos tiernos hijos, le causan emocion alguna; en la mesa no encuentra placeres, ni en el lecho el dulce descanso. En la sociedad, todo está muerto para él: las bulliciosas fiestas, los espectáculos, los conciertos, los paseos, las reuniones brillantes, permanecen á sus ojos sin animacion ni interés; i donde quiera que no hai juego, el tahir es un ser pesaroso, triste i devorado de tedio i de fastidio; de manera que no parece sino que el juego le ha llevado toda la sensibilidad i vuéltole indivertible.

Pero no solo es árida i triste la carrera del tahir, sino que está llena de afan, de dolor i de amargura. Las pérdidas reiteradas, la agitacion continua del espíritu, i el desórden de la vida hacen acre i negro su humor, áspero su trato, é irritable su jenio; el hombre mas dulce i paciente no se conoce cuando acaba de levantarse de una partida de juego en que la suerte le ha sido adversa: en aquel momento hasta saludarle sería peligroso. Trasladado con este humor á su casa, es fácil figurarse cuantas rencillas i quimeras irá á mover en ella, cuanto desórden i pesar verterá en el seno de su familia. ¿I de qué apuros, de qué fatigas no vive continuamente cercado! Debiendo buscar para pagar lo que sobre su palabra ha perdido en la última partida, debiendo buscar para

sentarse en la nueva, el tahir vive en continuo afán, i despues de que ha sacrificado su fortuna, despues de que ha jugado hasta los adornos de su esposa, hasta los muebles de su casa, hasta el servicio de su mesa, hasta los vestidos, hasta el lecho, vá i viene á todas partes, se ajita como un furioso, tienta cuantos recursos se presentan á su imaginacion, contrae gravosos empeños, se abate, se arrastra, nada omite para conseguir dinero que ofrecer en sacrificio á su insaciable quanto cruel i desapiadado idolo; i no se arranca de sus plantas, sino cuando una extrema indijencia le obliga á ir de puerta en puerta mendigando un pedazo de pan para conservar una vida llena de vergüenza i de oprobio, cuando un infame suicidio no la hubiera puesto término. I no hai que pensar que exajeramos. ¡Cuantos tahures no han acabado tristemente sus dias en medio de una prision, ó encerrados de por vida, sin otra compañía que la miseria, el arrepentimiento, i los mas negros recuerdos, huyendo las persecuciones de sus acreedores! ¡Cuantos opulentos no vinieron por el juego á una indijencia tal, que se les viera, cubiertos de andrajos, aguardar las sobras de la mesa, sentados en la soberbia portada de los mismos palacios en que habian nacido, i que perdieran en una sola noche!

¡Ojalá el tahir se detuviera en este punto! Ojalá, i que la pasion que le arrastra con la fuerza de un torrente, despues de haberle hecho mendigo, no le hiciera tambien criminal! Pero es preciso decirlo: se necesita una probidad acrisolada, i una firmeza moral superior á toda prueba, para que el taur no acabe siendo delincuente, i muera en un patíbulo, ó espire á sus propias manos ajitado

de un despecho impio.

El hombre tahir, finalmente, no puede tener importancia alguna social, ni reputacion, ni dignidad: á sus propios ojos es un ser envilecido, no pudiendo resistir el fallo de su conciencia. Jeneralmente es mirado como un hombre inútil i aun peligroso, como un mal ciudadano, mal padre, mal esposo, mal amigo; i él mismo, allá en su interior, no deja de conocer hasta donde este juicio de la opinion es fundado.

El remordimiento, pero el remordimiento mas vivo i cruel, es el amargo fruto que encuentra el tahir al fin de su carrera angustiosa i ajitada. ¡I cuantas cosas sin cesar no se presentan á su imaginacion trastornada, que irritan mas i mas este mismo remordimiento! La memoria de una vida consumida triste i oscuramente en las casas de juego, el tiempo gastado sin el menor provecho, la salud perdida, la reputacion arruinada, la espantosa pobreza á que por su imprudencia ha venido á parar, la suerte de una descendencia querida á la que su locura é imprevision han lanzado en la miseria, las deudas de que se ha llenado, el desprecio, la ignominia i el oprobio que le cubren, la conciencia de ser él mismo el voluntario autor de tanta desgracia; he aquí el cuadro que á todas horas i en todas partes se presenta á su espíritu para colmo de su tormento.

Tales son los males que produce, ó es capaz de producir, la pasion por el juego; tales las amargas consecuencias de su funesto hábito. Al exponerlas nada de exajeracion hemos empleado; i una triste realidad es lo que se percibe por todas las partes del cuadro que hemos bosquejado. Fielmente trasládalo el hombre á su espíritu, siempre

traigálo a la vista, i la consideracion de tantos males, sirvale para ponerse á cuanta distancia pueda, de la fatal pasion que los produce. Jamás piense el hombre mejorar de fortuna siguiendo este camino, en el que por uno que prospera, hai un millon que se han empobrecido i arruinado. Se necesita un extraño alucinamiento ó una posicion mui desesperada, para tomar por especulacion el juego, que fecundó en males como vicio, como especulacion tiene contra sí todas las probabilidades, la experiencia, la razon, i el fallo de los hombres prudentes i juiciosos. ¿Qué pensar, en efecto de una especulacion enemiga del trabajo, de la economía, del credito, de la salud, de la reputacion i de la dignidad personal? de una especulacion que mata al hombre para la sociedad i para la virtud, que le llena de comprometimientos, i aleja de su corazon todo goce puro i apacible? de una especulacion en fin, que arruina en vez de hacer prosperar, que oprime de angustia, i de congoja, de pesar i de arrepentimiento, i pára al cabo, ó en la indijencia, ó en el suicidio, ó en el patíbulo? Aprenda, pues, i escarmiente el hombre que busca mejorar de fortuna por el juego, que regularmente es el mismo que en el juego la ha perdido; oiga la voz de su propia experiencia, i deje un camino que no es de ganancia, sino de ruina i de vergüenza i de muerte; déjelo por el de los trabajos útiles, que bien dirigidos, i acompañados de cálculo, de actividad i de economía, le darán frutos dulces que comerá, puede ser con el sudor en la frente, pero jamás con las lágrimas en los ojos.

Algunos suelen decir que no juegan por pasion, ni por hacer fortuna, sino únicamente por diver-

tirse i dar alguna recreacion á su espíritu. Puede ser que sea así; pero tambien puede ser que la pasion misma les engañe; porque las pasiones tienen el arte de disfrazarse con plausibles nombres para cojer mas fácilmente á sus víctimas. Pero suponiendo que sea lo primero, siempre será una verdadera imprudencia ir á recrearse en un sitio tan cercano del paraje donde el vicio reside; i de otra parte, mal gusto, preferir un entretenimiento peligroso i sujeto de todos modos á males i desventajas; habiendo mil pasatiempos puros, inocentes, llenos de interes i exentos de todo riesgo, de toda molestia i sinsabor.

PARTE CUARTA.

De la moral con relacion á los sentimientos

Entendemos aquí por *sentimientos* aquellos modos de ser particulares i notables que no encierran deseo alguno, pero que influyen de una manera marcada sobre la felicidad del hombre, por la expansion ó abatimiento que comunican á su espíritu. De ordinario se han confundido los sentimientos con las pasiones; pero nosotros percibimos entre aquellos i estas, diferencias características, sobre las que no es necesario detenernos; porque suponiendo que haya inexactitud en la distincion que hacemos, ella no induce ningun error en nuestros principios. Los que crean que lo que llamamos sentimientos no son sino pasiones, pueden tomar esta parte como una continuacion de la precedente, de manera que hemos hecho aquella distincion solo porque hemos creido que nuestra pluma debia distinguir todo lo que en nuestro entendimiento es distinto.

Los sentimientos que por su importancia llaman la atencion del moralistas, no son sino tres, á saber: la *esperanza*, el *temor* i el *orgullo*. En el capítulo siguiente nos ocuparemos de los dos pri-

meros, dejando el tratado del orgullo para hacerlo en capítulo separado.

CAPITULO I.

De la esperanza i del temor.

Estos dos sentimientos hacen un papel demasiado importante en la suerte del hombre, cuyo espíritu ocupan, ya á la vez, ya alternativamente, mas sin dejar de ajitarlo un solo instante. Por esto se ha dicho con razon, que el hombre existe siempre por sus esperanzas i sus temores, i alguna vez por el placer i el dolor. Trataremos de ellos separadamente.

§.º 1.º

DE LA ESPERANZA.

La esperanza es el sentimiento que se experimenta cuando se aguarda algun bien, verdadero ó reputado tal. En un sentimiento dulce i expansivo, que alimenta i entretiene suavemente la vida, anticipándonos los goces que creemos nos traerá un tiempo futuro: así la esperanza es lo que es por la imajinacion.

La esperanza acompaña al hombre en todas las circunstancias de la vida, le sigue á todas partes, i siempre á su lado, le alienta en sus aspiraciones, comunica fuerza á sus empresas, aviva unas veces, ó iras calma sus deseos, i cuando el peso de la desgracia le oprime, le consuela i le ayuda á sobrellevarlo. Tan fiel es la esperanza que va hasta el borde del sepulcro, lucha allí todavia con la muerte por el hombre, se esfuerza á arrancarle de sus garras, i no le abandona, sino cuando ha visto que

su cabeza se abate como una flor marchita, i que su corazon, dando el último latido, queda inmóvil como el péndulo de un reloj cuyos resortes acabaran de aflojarse.

Como el *chasco* de la esperanza causa una profunda pena, el hombre no debe entregarse á las ilusiones de este sentimiento, ni edificar con él, sino sobre la base de una probabilidad racional en orden á la felicidad del éxito. Dar pábulo á esperanzas infundadas i quiméricas, es sembrar en terreno estéril, ó mejor dicho, cultivar la semilla de una planta que no da por todo fruto sino amargo desengaño. Así es una verdadera imprudencia la del hombre que riega en su corazon esta simiente, i una feroz crueldad si es una mano extraña la que viene á bollarla, prometiendo cosas que no se puede ó que no se tiene intencion de cumplir.

Tampoco debe el hombre apearse á sus esperanzas, por fundamento sólido que tenga, hasta el punto de identificar su felicidad con el cumplimiento de ellas. Todo en el mundo está sujeto á fallar, i la esperanza mas que todo; así conviene estar prevenido para recibir inalterable el suceso de lo que se aguarda, cualquiera que él pueda ser. Aparte de esta falibilidad, debe el hombre, para no adherirse tan fuertemente á sus esperanzas, reflexionar que las risueñas pinturas que estas le ofrecen, son trazadas por el pincel májico de la fantasía, que hace aparecer en sus cuadros, cuando de léjos se miran, las manchas como fáculas, las sombras como luz. Con esta prevencion el hombre no dará tanto valor á sus esperanzas, ni creará haber perdido mucho, cuando se han desvanecido; i cuánto esta disposicion i casi indiferencia importe á su felicidad, se ve patentemente en la bella observacion de un moder-

no: “Del bien futuro, dice, el que conseguimos siempre lo encontramos menor que nuestras esperanzas; pero cuando no lo logramos, nuestra imaginación nos lo hace creer mayor que la realidad, de manera que los hijos de la esperanza tanto sufren por lo que ganan como por lo que pierden.” Importa pues no apegarse demasiado á sus esperanzas, i al estimarlas procurar acercarse á su verdadero valor.

En cuanto á las empresas, es necesario siempre que una esperanza racional las anime; porque solo al calor que este sentimiento comunica al corazón, puede nacer en él el *deseo*, padre del poder i de los grandes esfuerzos. La esperanza todo lo allana, todo lo vence, todo lo consigue, con tal que el objeto á que aspira no se halle colocado en la rejion de lo imposible; i por el contrario, una empresa que la esperanza racional no anima, es una empresa muerta; una empresa que no contando ni con la razón, ni con la energía del hombre, solo puede tener suceso por combinaciones caprichosas del acaso.

La esperanza mas grande, mas halagüena i encantadora, la que con mayor esmero debe cultivarse, es la de una existencia venidera, feliz é inmortal. Esta esperanza es para el hombre que peregrina en el mundo, como la fuente colocada en medio de los abrasados arenales: la idea sola de que existe, alienta al viajero i es capaz de mitigar su sed. ¿I qué cosa mas bella puede concebirse que una esperanza que, triunfando de la muerte i de la *nada*, hace vivir al hombre en todos los siglos?.....En la vida presente ella abre un manantial de delicias, i tiene palabras dulces que adormecen el dolor. Así como la luna no sería mas que un globo opaco sin el sol que la ilumina, de la misma manera la vida

presente seria oscura i triste, sin aquella esperanza celestial, que ardiendo en el corazon del hombre como el sol en la inmensidad del espacio, arroja sobre su carrera consoladores i esplendentes rayos.

§.º 2.º

DEL TEMOR.

El *temor* es el reverso de la esperanza, un fantasma que asusta, señalándonos un mal venidero ; sobrecoje i comprime el ánimo i puede llegar á perturbar la razon. Este sentimiento es capaz por sí solo, de hacer la existencia miserable i desgraciada, pues que, en efecto, un ser lleno de temores es ya por esto mismo un ser sumamente infeliz, aunque de otra parte le rodeen abuntes i escojidos elementos de fruicion i de dicha.

Deben por tanto refrenarse los temores infundados , como los excesivos o nimios. ¿Qué mal os puede suceder tan grande, que su perspectiva deba mudaros el color, i poner trémulos vuestros miembros ? que aleje el sueño de vuestro lecho, el apetito de vuestra mesa, i el gozo de vuestro corazon? Piense i reflexione el hombre que los mayores i mas inauditos males que pueden sobrevenirle en el mundo, no es posible vayan mas allá de quitarle una vida que al cabo ha de perder de este ó del otro modo; piénselo, reflexiónelo i avergüéncese de sus temores. Por otra parte, si el mal que nos amenaza ha de suceder ; á qué anticiparlo ? I si no ha de suceder ; á qué atormentarnos con un sufrimiento imaginario ?

No queremos decir que el hombre no tienda la vista ácia lo venidero, ni procure desviar el mal que

vea venir sobre su cabeza. Semejante indolencia solo fuera propia de imbéciles é idiotas, i la *Moral*, léjos de dar al hombre un consejo tan enemigo de su dicha, i del que pronto triunfaria la naturaleza, rebelándose contra él, le aconseja, por el contrario, que haga los mayores esfuerzos para penetrar en el seno de lo futuro, i ver los males que él se prepara ; mas no para sentarse á llorar, sino para prevenirse de defensa si cabe, i cuando no, de un sufrimiento varonil. El temor nímio no solo no puede librarnos de los males que nos amenazan, sino que tiene una tendencia opuesta, privándonos del valor i de la serenidad ; cualidades indispensables ambas para triunfar en los peligros.

Hai hombres que viven sin cesar atormentados del temor de la muerte, cuya memoria sola les espanta. Este temor es excusable en los *ateos*, que no descubren mas allá del sepulcro sino una horrorosa *nada* ; i en el malvado, que si algo mas que la nada descubre, no es sino tormento i dolor, el tormento i dolor que él mismo juzga merecer. Mas el hombre justo ¿porqué ha de temerla? A su imaginacion la muerte no debe presentarse sino como un cambio de existencia, i cambio el mejor.

Hai sin embargo un temor saludable, que en vez de reprimirse debe ensancharse i fortificarse ; hablo del temor de las leyes i de la opinion, que tan benignamente influye en la felicidad del hombre, haciendo justa i moderada su conducta ; i hai otro temor santo, todavía mas saludable, mas tutelar i represivo del mal : *el temor de la Divinidad*. ¿Quién que tema el enojo de un ser que sondea los últimos pliegues del corazon humano, que penetra los secretos del pensamiento, i con el solo seño de su frente hace estremecer el universo que holla debajo de sus pies ; quién que tema el enojo de este ser se en-

tregara jamás á los excesos del vicio? Sus miradas no pueden escaparse, ni su poder eludirse; así este temor divino es la mas sólida garantía de una conducta arreglada i virtuosa; i por consiguiente el mejor guardian de la dicha personal del hombre, intimamente ligada á la moral i á la virtud.

CAPITULO II.

Del orgullo.

De pocas cosas se tiene una idea ménos exacta que del *orgullo*. Unos entienden por esta palabra la aspereza del carácter, otros la descortesía de los modales, otros cierta afectacion de superioridad; hai aun quienes llamen *orgullosos* al hombre que ha recibido de la naturaleza facciones duras ó poco afables. Mas nada de esto es el orgullo, el cual no consiste sino en el *sentimiento de un valor exajerado de nosotros mismos*; sentimiento que puede abrigarse bajo un rostro risueño, bajo un exterior descuidado, i aun bajo el desdén visible del orgullo mismo. Diógenes pisando el rico sofá de Platon manifestó mas orgullo que el que con este acto afectaba despreciar; i sobre el modelo del filósofo Cínico hai muchos que en una apariencia modesta envuelven un corazon henchido de altivez i de helacion.

El orgullo es un sentimiento universal: se encuentra entre los harapos de la miseria i se percibe en las súplicas del mendigo. Nadie hai que no se aprecie en mas de lo que vale, nadie que se tenga en su esfera, nadie que no crea arrastrar tras sí las miradas, i que no se imagine que el punto donde él se para, ahí es el centro del mundo. Se necesita un profundo conocimiento del hombre i una rara elevacion del alma, para no dejarse arrastrar por la impetuosidad de este torrente.

Este sentimiento hijo de la ignorancia i de la

debilidad de espíritu, encierra el jérmen mas activo i fecundo de infinitos males. El da á toda la conducta del hombre una base falsa i engañosa, le aleja las voluntades, llama el odio sobre su cabeza, lo hace inflexible á las circunstancias i sordo a los avisos de la prudencia; le atrae el desprecio de los hombres reflexivos, le da una nímia cuanto ridícula delicadeza, i le dispone, en fin, á la ira, á la venganza, á la envidia i á todas las pasiones feroces i malévolas.

Ciertamente el orgulloso, siempre engañado acerca de su verdadero mérito, siempre procede sobre un supuesto falso i jira sobre un error que no puede dejar de influir siniestramente en todo cuanto medite i emprenda, en todo su porte, en toda su conducta i operaciones. Figúrese un hombre cuyas rentas son como ciento, pero que llega á persuadirse que son como mil: si sobre esta persuasion dispone su tren, sus gastos i arregla todo su modo de existir; ¿qué sucederá? Que todos sus planes, cálculos i esperanzas le saldrian necesariamente fallidos. Pues lo mismo, por una equivocacion semejante en la valuacion de sí propio, le acontece al orgulloso.— Contando para todo con un mérito que no existe sino por su fantasía, en todo se encuentra chasqueado.

El orgulloso no sabe ni procura jamas atraerse la voluntad de los hombres de quienes vive rodeado. ¡Son estos tan pequeños i él tan grande para que pueda agacharse hasta donde ellos están! ¡Vale él tanto i ellos tan poco para que pueda necesitarlos alguna vez! Méenos sabe acomodarse á las circunstancias, porque en los sueños de su poder, él se estima superior aun al curso necesario de los acontecimientos; así obra siempre sin cordura, sin circunspeccion i sin juicio; jamas pide ni oye consejo, á todos contradice, i á nadie cede, porque él sabe

cuanto hai que saber, i ve las cosas con mas claridad que otro alguno. Pero como en la realidad ni está tan alto, ni puede tanto, ni penetra tanto, al fin paga bien caro su necio envanecimiento.

Pero no solo el orgulloso no se hace amar, sino que se hace aborrecer, ofendiendo á cada paso el amor propio de todos, é incurriendo sin cesar en actos de incivilidad i descortesía. Poseido de la idea de su grande valer ó importancia, se cree dispensado de todo miramiento; de todo deber para con los demas, aun de aquellos que la buena correspondencia social prescribe. De la misma manera no solo no sabe acomodarse á las circunstancias, como lo hemos visto, sino que tiene el funesto arte de producir las adversas, ó empeorarlas; porque el orgullo que le inflama, le ciega i le sujere siempre la conducta mas vana, mas presuntuosa i atolondrada.

El orgulloso es iracundo, porque todo le ofende; vengativo, porque se rebajaria perdonando; envidioso, porque no puede consentir que otro se ponga sobre la línea que él cree ocupar; pero ni que se le iguale; pero ni que se le acerque. Su sensibilidad es nimia, i su delicadeza estremada i ridícula; así la mas lijera desatencion le irrita, nada puede sobrellevar, i por todas partes su desarreglada fantasía no le presenta sino faltas á su persona, que el orgullo le exajera; pero que un juicio sano no ve. Juzgándose acreedor á todo respeto, á todo miramiento i distincion, halla menguados sus imaginarios derechos i desprecia su fantástica importancia, si en todo no es el primero, si no se le escucha de preferencia, si no se le inclina la cabeza, si, en fin, se resisten sus menores i mas frívolos deseos; mas como nunca se le hacen todas las atenciones que él piensa merecer, arde en su interior i vive en guerra

con sus semejantes, á los que empieza por despreciar i acaba por aborrecer. Así el orgulloso siempre está moviendo rencillas i quimeras, aun por las cosas mas insignificantes i frívolas: porque no se le hizo ó no se le contestó un saludo, seria capaz de poner en combustion el mundo entero, i en efecto, empieza su obra ardiendo de rabia él mismo; mas nunca de allí pasa el incendio.

Cuando el orgullo, no contento con residir en el corazon, saca la cabeza i se hace visible por fuera, escita entónces sentimientos de odio ó de desprecio: escita los de la primera especie en los que, resintiéndose de la misma dolencia, no pueden sobre llevar que otro se crea superior á ellos; i de la segunda, en los que, dotados de impasibilidad i de un ojo perspicaz, no ven al través de aquel entonamiento pedantezco, de aquel aire de superioridad i de desdén, de aquellos modales altaneros, otra cosa que un espíritu débil i una ignorancia fuerte, una grande apariencia i una pequeña realidad.

¿I quién no se reirá, ó mas bien tendrá lástima del orgulloso, cuando jamas se le ve sino rebozando en satisfaccion propia, cuando no se le oye hablar sino de si mismo, i que no habla de sí mismo sino para ponderar su grande importancia i sumo valer? Lo cual acaba de volverle despreciable, acabando de descubrir su nulidad; porque ciertamente el verdadero mérito ni se conoce así mismo, ni se ostenta, ni gusta de pregonero, mucho ménos de serlo él propio; al contrario del que no es sino aparente, el cual, si no quiere salir de los lugares públicos, ni marchar nunca sino ataviado de bocinas; habiendo entre uno i otro la diferencia que entre el opulento comerciante, i el que no es mas que un buhonero: aquel guarda en sus almacenes las ricas mercancías

que posee i no las manifiesta sino cuando se las demandan; el buhonero se echa á cuestras todas sus baratijas, i no hai calle, no hai plaza pública donde no vaya á tenderlas, ni persona que pase á quien no se las ofrezca.

De todo lo dicho concluimos que importa mucho al bienestar, i aun á la propia dignidad i valer personal, la represion del orgullo; procurando siempre el hombre tenerse en lo que verdaderamente vale, i apreciar con imparcialidad i justicia su mérito, su importancia i sus recursos. Así toda su conducta jirará sobre bases seguras, la cordura i el juicio la presidirán siempre, i la felicidad i el buen suceso la seguirán de cerca. Tambien evitarà con esto mil molestias i sinsabores que el orgullo á cada paso hace sufrir, mil enemigos que de una parte acarrea, i el desprecio, la burla i el ridículo que de otra exita. No llevando dentro de sí mismo este principio exajador, verá las cosas en su verdadero tamaño, no sufrirá por lijeras desatenciones, ó tal vez olvidos, sus pasiones no serán furiosas, ni, en fin, á nadie tendrá en ménos de lo que realmente es, siendo en consecuencia justo, atento i urbano para con todos. De esta manera vivirá en medio de una dulce tranquilidad, i rodeado de una sincera estimacion, que le será acordada con gusto, cuando se verá que no la exige como el acreedor que altivamente demanda el pago de lo que se le adeuda.

El extremo opuesto, la estimacion rebajada de sí mismo, tiene de la propia manera sus desventajas, atrayendo el desprecio i alentando la impudencia i el orgullo de los demas: debe por tanto evitarse con igual cuidado. Siempre la verdad i la exactitud, nada de alucinamiento, nada de engaño ni en mas ni en ménos: he aquí la mejor regla en este punto.

PARTE QUINTA.

De la Moral con relacion á las relaciones del hombre.

Tomamos aquí la palabra *relacion* en el sentido en que todo el mundo la entiende, i concebimos en el hombre cuatro especies de relaciones, á saber: 1.º *sociales*, es decir con la sociedad humana en jeneral; 2.º *políticas* que son las que le ligan particularmente á la asociacion política en que como miembro de ella vive; 3.º *familiares*, que son las que tiene con aquel círculo de personas privilegiadas en afecto, i con las que vive estrechamente unido, ó en un contacto mas inmediato que con los otros hombres; i 4.º finalmente *religiosas*, llamando así las que le unen á la Divinidad. Las relaciones de familia comprenden las políticas, i estas las sociales; quiero decir, que lo que se debe á la sociedad humana en jeneral, se debe igualmente á la patria como que se compone de hombres, i lo que se debe á la patria se debe igualmente á la familia, como que se compone de compatriotas: de manera que las relaciones políticas son las mismas sociales, añadiendo á estas lo que no comprende á todos los hombres, sino únicamente á la patria, i las familiares las mismas políticas, añadiendo á estas lo que no se debe á todos los compatriotas, sino particularmente á la familia.

Por consiguiente siendo las sociales como el fundamento de todas las otras, es por ellas que debemos empezar, i seguir con las demas en el mismo orden en que al clasificarlas las hemos colocado.

CAPITULO I.

De las relaciones sociales.

Si el hombre ha nacido para la sociedad, ó antes para las selvas, si la sociedad le ha hecho degenerar, ó mas bien le ha perfeccionado, son cuestiones que estuvieron por mucho tiempo en boga i que hasta el último siglo se han ajitado con un calor é interés, como si de su resolucion hubiera estado pendiente la suerte ulterior del jénero humano: parece se creía que al demostrar á los hombres que la sociedad no era su estado natural, dejarían luego las ciudades por los desiertos, la civilizacion por la barbarie. Hoi el espíritu filosófico ha tomado otro rumbo, menos conforme con la fantasía es verdad, pero mas conforme con la razon: hoi, abandonando el campo estéril en que la inútil metafisica de las antiguas escuelas le habia por tanto tiempo entretenido, se ha propuesto marchar ácia lo que es real i positivo, i al efecto no partir sino de los *hechos*, no considerar á los hombres ni al mundo sino como verdaderamente existen, ni ocuparse de otras inquisiciones que de aquellas que puedan conducir á descubrimientos practicales i ciertamente progresivos.

Partidarios de este útil cuanto racional sistema, no se espere que nosotros ventilemos aquí la cuestion de la *sociabilidad* del hombre, buena á lo mas para ejercitar la sutileza de Aristóteles ó

el ingenio de Rousseau. De *hecho* los hombres viven en sociedad, de *hecho* no pueden abandonarla, i por consiguiente, *natural ó forzada*, esta es su condicion, esta su manera de existir, este su estado *permanente* i por lo mismo el estado en que debemos considerarles. No es si la sociedad les conviene ó no les conviene lo que importa manifestarles; sino como, para ser felices, deben conducirse en esta sociedad en la que de hecho se encuentran, i de la que de hecho no pueden separarse. Nosotros, al menos, es en este sentido que nos ocuparémos de las relaciones sociales.

Para llegar á las fuentes primitivas de donde estas relaciones se derivan, imaginémos un hombre que ni quisiera ni aborreciera á sus semejantes, que careciera de medios para manifestarles sus ideas i sentimientos, i que ademas, ningun trato con ellos tuviera: es evidentísimo que este hombre estaría en la sociedad como en un desierto, que ningunas *relaciones* lo ligáran á sus semejantes, i que su conducta social sería indiferente á su dicha. Mas supongamos ahora á este mismo hombre susceptible de amor i de odio, provisto de medios de espresion, i en íntima i diaria comunicacion con los otros hombres: en tal caso no puede contestarse que este hombre tendría *relaciones* con sus semejantes, i que su manera de comportarse en la sociedad, influiría de una manera marcada en su dicha i bienestar personal.

Síguese de esto que las *relaciones* del hombre con la sociedad en jeneral, se derivan de sus *afectos*, de su facultad de expresarse ó de la *palabra*, i de su *trato* con los otros hombres. Se sigue tambien que son estas mismas fuentes de las que puede partir una porcion de dicha ó de infelicidad para

el hombre considerado en sus relaciones con la especie humana en jeneral; i por tanto es de los efectos de la *palabra* i del *trato* que nosotros debemos ocuparnos en este capítulo para llenar debidamente nuestro objeto.

§.º 1.º

DE LOS AFECTOS.

De cuatro especies son los afectos que ponen al hombre en relacion con sus semejantes: 1.º Los que le impelen á hacerles bien. 2.º Los que le impelen hacerles mal. 3.º Los que le hacen hallar pena i dolor en el mal de sus semejantes; i 4.º Los que le hacen hallar placer en este mismo mal.—Reducidos á denominaciones jenéricas, constituyen estos afectos la *benevolencia*, la *malevolencia*, la *compasion* i la *crueldad*. Hablarémos de cada una separadamente.

1.º *Benevolencia*.—La *benevolencia*, como lo dá á entender la composicion misma de la palabra, significa la *voluntad del bien*, i cuando se aplica á la especie humana entera se llama *humanidad*, con cuya latitud la tomamos aquí. Es un efecto que con todo esmero i atencion debe cultivar i robustecer el hombre social; afecto grande i elevado, que no pone diferencia ninguna entre los mortales, que no ve en todos sino hermanos, que no tiene distinciones ni para virtud, que ama, en fin, i hace todo el bien posible sin preguntar al individuo cual es su pais, cual su raza, cuales sus opiniones ni sus creencias: ser hombre, es ya á sus ojos bastante título para merecerlo todo.

De los elementos que entran en la dicha del

individuo como ser social, la benevolencia es uno de los mas importantes. Basta ver la semejanza que existe entre todos los hombres, i la identidad de sus intereses, para que cada uno se persuada que á todos debe amarlos sinceraamente; en lo que á la vez consulta su propia ventaja, siendo una lei en el mundo moral, que el que ame sea por reciprocidad amado. Hai, por otra parte, en este afecto, un fondo de dulzura i de goces, que á ningun ser sensible pueden ser indiferentes. ¡Cuantas veces no ha hecho verter la humanidad lágrimas de puro contento i emocion!

Pero no basta que el hombre cultive este precioso afecto; es menester que se apresure á recojer sus frutos, siguiendo el afecto mismo en toda la serie de sus consecuencias. La *beneficencia* i la *tolerancia* son las mas importantes de estas consecuencias, i las que dan un positivo valor al sentimiento de humanidad, que sin ellas no tendría, como virtud, mas que una existencia negativa. “A los ojos del sentimentalista, dice un moderno, la benevolencia, acompañada ó no de la beneficencia, adquiere el mayor derecho á su estimacion, i esfuérase en obtener para ella la mayor porcion de la aprobacion pública. Pero la benevolencia que no lleva frutos de beneficencia, no es sino un árbol inútil; i los sentimientos, sea cual fuere el nombre que se les dé, no tienen valor sino en cuanto sirven de motores á actos benéficos. La benevolencia aislada no es sino una sombra de virtud; i no lo es realmente, sino cuando llega á ser efectiva.”

La beneficencia es, pues, una virtud importantísima para hacer valer el sentimiento de humanidad, que sin aquella sería un afecto i nada mas.

Aun si se consulta el interés individual, la beneficencia es por este aspecto todavía, el partido que deja más ventajas. Todo hombre necesita de los beneficios de los otros hombres, i ya se sabe que para recibir beneficios es menester hacerlos, ó haberlos de antemano hecho. En el mundo todos necesitan á todos, i los que dicen: *yo no necesito de nadie*, ó lo dicen lijeramente, ó ignoran cuanto comprende lo que dicen. No hai que pensar en exceptuar á los poderosos, á los opulentos, á los grandes: nadie puede lisonjearse de bastarse así mismo, i si hai alguno que no necesite de los servicios de los hombres, necesitará es seguro, de su aprecio, de sus miramientos i consideraciones.

La beneficencia debe ser *modesta* quiero decir, que no debe ostentarse con alarde, ni ejercitarse de manera que se haga sentir de modo alguno. Hacer un beneficio á un individuo con la mira de dominarle despues á título de benefactor, ó exigirle alguna cosa indebida, ó enrostrárselo cuando menos, no es ser benéfico sino especulador, i especulador desapiadado que se paga por su propia mano, que no tiene término donde detenerse cuando se paga, i que no se paga sino con lo que es más caro al hombre, su independendencia personal, su honor, su delicadeza i amor propio. Todo el que hace un beneficio, para ser propiamente beneficio i recojer los frutos de su beneficencia, debe olvidarlo tan luego como lo ha hecho, i no recordarlo jamás sino para hacer otro nuevo.

Tambien debe la beneficencia ser *discernida* é ilustrada. Una beneficencia ciega que se ejerciera indistintamente sobre el bueno como sobre el malo, desalentaría la virtud, fomentaría la maldad, i podría llegar á ser funesta al benefactor mismo. Por

regla jeneral, al malo no hai que hacerle bien; no por odio, pues á nadie se debe aborrecer; sino de miedo de que este mismo bien nos lo devuelva convertido en mal; ó de que con el beneficio se le ponga en posibilidad de ejercitar su triste propension á dañar á todo el mundo.

En cuanto al individuo que es objeto de la beneficencia, tambien tiene la *Moral* algunas indicaciones útiles. En primer lugar es mui importante no ser *fácil* para recibir indistintamente todo beneficio; debiendo siempre tener presente el individuo, que un favor que se recibe es un favor que se compra, aunque no precisamente por dinero, acosta, cuando no sea de otra cosa, de la independendencia personal, quedando siempre el agraciado mas ó menos comprometido á corresponderlo, ó siquiera á vivir reconocido. Así es una verdadera imprudencia recibir favores que no se necesitan ó que ningun provecho dejan, por la misma razon que es imprudencia comprar un jénero ó un mueble que á ningun uso útil podemos aplicar.

Tambien debe ver el hombre qué mano es la que le ofrece el beneficio, si es la de una jenerosa benevolencia, ó ántes la de un meditado cálculo: en este segundo caso la prudencia aconseja se reuse con discrecion el beneficio, porque en el hecho mismo de ser hijo de interesadas miras, debe temerse que al fin salga costando bien caro. Por el propio riesgo, jamás debe recibirse beneficio de los malvados, con quienes, de otra parte, nos relacionaria el beneficio; i esto no fuera pequeño mal, pues las relaciones con los malvados, lazos son que arrastran siempre á abismos.

Pero lo que mas enérjicamente prescribe la *Moral* al que recibe un beneficio, es la *gratitud*. Nada

recomienda tanto al hombre á la estimacion de sus semejantes como esta virtud, por excelencia llamada *social*. I con razon, pues verdaderamente la sociedad no puede existir sin los afectos benévolos, i sin la gratitud los afectos benévolos no pueden existir. Seria menester haber recibido de la naturaleza una alma extraordinaria, esenta de la influencia de todo motivo aun desinteresado i noble, para ser humano i benéfico cuando la humanidad i la beneficencia no tienen por toda retribucion, sino la ingratitud i el desconocimiento. ¿Dónde estaria ese ser raro que tendiese una mano jenerosa á los hombres, si estos, no hiciesen sino despedazarla? Así el ingrato no solo se perjudica á sí mismo, sino que perjudica á la causa del jénero humano, comprimiendo i ahogando en los pechos sensibles i jenerosos el jérmen de la benevolencia, i arrasando una planta tan importante en el comercio de la vida de relacion.

Fuera del perjuicio que el ingrato recibe privándose de los servicios gratuitos de los otros hombres, su ingratitud revelando en él un carácter feroz i desnaturalizado, le atrae todos los males que pronto veremos siguen siempre al insociable i maléfico.

Hemos dicho que la *tolerancia* ó induljencia respecto de las flaquezas i errores de los hombres, es otro de los frutos mas preciosos del árbol de la benevolencia; i en efecto, todo el que ame sinceramente á sus semejantes, no puede ménos de estar dispuesto á sufrir i sobrellevar sus faltas i extravíos, porque la dulzura es la lei del amor verdadero: desde que un hombre es induljente, ya puede asegurarse que es humano, benéfico, compasivo, en una palabra, que reúne la mayor parte de las virtudes sociales, i las prendas mas estimables, especial-

mente la grandeza i elevacion de alma, pues solo son perseguidores los espíritus débiles que no pudiendo sufrir nada por todo se desazonan i mortifican. Tambien esta virtud es el medio mas apropiado para conciliarse el afecto, la estimacion i el respeto jeneral, á la vez que la única bandera que puede reunir todos los individuos, todas las opiniones, todos los intereses, todos los partidos.

2.º *Malevolencia*.—Habiendo dicho que la benevolencia es una de las mas importantes virtudes sociales, se sigue naturalmente que la *malevolencia* es uno de los afectos mas perniciosos, i ménos compatibles con el bien ser social. Pero no basta esto: cuando se trata de debelar un sentimiento de esta naturaleza, es preciso atacarlo en todas partes, combatirlo por todos sus lados, seguirlo en todas sus consecuencias, i presentarlo bajo sus mas espantosas formas.

La malevolencia es un deseo del mal, un odio á la humanidad, sin ningun motivo especial, ni otra razon que la natural perversidad de alma. Aunque por fortuna harto raro, no deja sin embargo este afecto de apoderarse del corazon de algunos hombres que no parece sino que cifran su dicha, en la desgracia i en el sufrimiento de cuantos con ellos se hallen en contacto. Pero mas quieren semejantes mónstruos el dolor ajeno, mas sufren ellos mismos; porque hai en este sentimiento antisocial algo parecido á la voracidad del fuego, que abrasa i consume los cuerpos mismos que le alimentan.

La malevolencia produce la *maleficencia* i la *intolerancia* dos vicios á cual mas funesto i pernicioso en el comercio social. Si uno ú otro llegara á hacerse dominante, la desaparicion de la sociedad seria la consecuencia necesaria; porque el primero

destruye los hombres, i el segundo les aleja. En cuanto al individuo, son una fuente inagotable de males. Un hombre que no piensa ni se ocupa sino de dañar á sus semejantes, á unos seres con quienes por presicion vive relacionado, lleva necesariamente una vida ajitada i tormentosa, i está sin cesar expuesto á ser él mismo víctima de justas i merecidas represalias. Además, no siendo esta propension natural, condenándola la conciencia de todo hombre, deja siempre al individuo descontento de su conducta propia; en términos que el peligro i el remordimiento son el patrimonio del maléfico. Es observacion constante que el que hace el mal recibe el mal, i casi siempre de la misma especie, sucediendo esto muchas veces por una série de causas i un enlace de acontecimientos tan escondidos á los ojos de los mortales, que no parece sino que la Providencia vela mui especialmente sobre el castigo de esta inclinacion funesta.

Ultimamente la maleficencia concita el odio i la animadversion universal, hace al hombre temible i sospechoso, é imprime sobre su frente un signo de exclusion tal que nadie quiere tener relaciones con él, no halla en el mundo un palmo de tierra donde pararse con seguridad, los poblados le arrojan de su seno, ó le cierran sus puertas, los particulares le evitan espantados; en una palabra, no se le mira sino como un animal de una raza dañina, perversa, exterminadora.

La intolerancia tiene consecuencias no ménos funestas i contrarias á la dicha social. A su vos, luego se presentan la malevolencia i todo jénero de persecuciones, la guerra se enciende entre los hombres i es posible no termine sino con la ruina jeneral.

La ferocidad i la persecucion forman el carácter

distintivo de la intolerancia, en términos que á la enunciaci3n no mas de la palabra, vienen naturalmente al espírítu las ideas de sangre, de exterminio i de muerte. Las matanzas mas escandalosas, los asesinatos mas infames han sido muchas veces ordenados por esta propensión antisocial, que ojalá se extinguiera en todos los pechos para la dicha del jénero humano i para su honra juntamente.

En cuanto al individuo, la intolerancia le hace odioso, le presenta á cada paso mil disgustos i sinsabores, le trae constantemente en lucha con sus semejantes, i le aleja del objeto que se propone; porque ménos puede sufrir las debilidades i errores de los hombres, ménos probable es que pueda conseguir su correcci3n, pues una conducta intolerante i violenta léjos de convencerles no hará sino irritarles, i volverles pertinaces. Por tanto, sea que se mire el bien de la sociedad, sea que se mire el del individuo, sea en fin, que se atienda la causa de la verdad, siempre la intolerancia debe contarse entre los vicios sociales mas perniciosos.

5º. *Compasion.*—La compasion es el afecto ó sentimiento que nos hace hallar pena i dolor en el mal de nuestros semejantes; sentimiento apreciable en cuanto es una garantía de la beneficencia, porque en el hecho de sentir el individuo el mal que aflige á los otros, debe suponerse que se halla dispuesto á contribuir á aliviarles. Así este afecto cuenta en su favor todos los motivos que hemos visto recomiendan la beneficencia, cuyos frutos recoge el hombre compasivo, porque no se puede tener esta virtud sin que se posea igualmente la primera.

Ademas de las ventajas que trae al individuo la compasion haciéndole necesariamente benéfico,

produce otras que le son peculiares. Siempre hai una satisfaccion en compadecerse del mal ajeno, i un goce puro i bien vivo en verlo remediado. Como es una cualidad de la que puede esperarse todo el bien posible i que no deja temer mal alguno de parte del individuo que la posee, el amor i la confianza de los hombres son siempre su mas preciosa recompensa; i como de otra parte descubre un corazon tierno i jeneroso, se agrega á esta recompensa la de la admiracion i estima jeneral. Este sentimiento es bastante comun en las clases medias, es decir en aquellas que habiendo experimentado el dolor i la desgracia, saben lo que el dolor i la desgracia son; pero es mui raro entre las jentes que han nacido en la opulencia i bogado siempre con próspero viento, las que no conociendo las penalidades de la vida, ni teniendo idea del infortunio, pasan con indiferencia al lado de las víctimas que una adversa suerte despedaza.

4º. *Crueldad*.—Al contrario de la compasion, la *crueldad* es un afecto bárbaro i monstruoso que se ceba en el dolor i se complace en el sufrimiento ajeno. El hombre cruel es necesariamente maléfico, porque si el mal de sus semejantes es para él un principio de goce, es seguro que se halla dispuesto á hacerles el mal en toda la cantidad i estension del poder de que disponga. ¡ojalá fuera esto solo! Pero el hombre cruel es algo mas que maléfico, porque fuera de que hace el mal, arecrea su imaginacion con la idea de los tormentos de sus semejantes; se complace en su duracion; busca modos injeniosos de hacer mas agudos los agujones del dolor i se alegra con el espectáculo de los males que vé sufrir á otros.”

En esta materia la *Moral* va hasta reprobar la

crueidad ejercida sobre cualquiera ser sensible, aunque no pertenezca á la especie humana; por que todo lo que siente tiene derecho á la compasion, i á que se le economice el dolor. Ademas, el que es cruel con los brutos, no está léjos de serlo con los hombres, siendo la crueidad para con los primeros un escalon que lleva á la crueidad para con los segundos. Por estas razones la caza es un entretenimiento inmoral, lo mismo que los combates de gallos, los juegos de toros, i todas aquellas diversiones restos de los gustos feroces de pueblos mas feroces.

§.º 2.º

DE LA PALABRA.

La facultad de la *palabra* es uno de los mas activos medios de la comunicacion social. Sin este precioso don la vida de relaciones no existiria, ó existiria de una manera sumamente imperfecta. Se necesita, empero, de esmerada rectitud en su uso, para que no llegue á ser funesta al individuo i á la sociedad.

Se hace mal uso de la palabra en los casos siguientes: 1º Cuando se emplea por expresar otra cosa de lo que realmente se siente. 2º. Cuando se emplea para decir imprudentemente lo que se siente. 3º. Cuando se emplea para descubrir sin necesidad las faltas ajenas; i 4º. Cuando se emplea para hacer imputaciones falsas. Traducido esto al lenguaje comun de la Moral, quiere decir que los vicios en que puede incurrirse al usarse de la palabra son cuatro, á saber: *la mentira, la indiscrecion, la murmuracion i la calumnia.* Los consideraremos separadamente.

1º. *Mentira*—La *mentira* consiste en espresar

otra cosa que lo que realmente se siente: destruye la confianza en las relaciones de hombre á hombre, i si se jeneralizara, ménos mal fuera que no existiera el don de la palabra; porque ménos perjuicio hai en carecer de una facultad, que en tenerla si ha de ejercitarse de un modo destructor de la dicha social. ¿Qué utilidad tendria verdaderamente este medio de espresion si solo sirviese al engaño? i á un engaño capaz de influir siniestramente en la direccion de la conducta humana?

Aunque la mentira no llegue á ser dominante, siempre ataca la facultad de que se abusa, porque un acto de mendacidad, descubriendo el fraude que en el empleo de la palabra puede hacerse, induce á sospechar de ella en todo caso: entónces la confianza desaparece, i el mas bello i sólido fundamento sobre que se apoyara el edificio de las relaciones humanas, deja en el acto de existir. Una sociedad, grande ó pequeña, no seria mas que una sociedad de sospecha, de recelos i de cautelas, desde que la mentira hubiera una sola vez asomado en su seno; porque esto bastaria para creer en la posibilidad del engaño, i la posibilidad, para justificar la desconfianza, la alarma i la incredulidad misma.

Pervirtiendo este vicio una facultad tan importante, hasta el punto de hacer que fuera mejor que dicha facultad no existiera, fácilmente se comprende cuanto odio debe pesar sobre la cabeza del mentiroso. Si por el abuso que un hombre hiciera de la vista, se privara de esta facultad á todos los que con él se hallan en relacion ¿qué espresiones hai que pinten el encono, la rabia i el enojo que fermentaran en todos los corazones contra el autor de tamaña desgracia? Pues lo mismo debe ser respecto del mentiroso, que no ya aniquila, como he-

mos visto, sino que pervierte i vuelve funesta una facultad no ménos preciosa que la de la vista.

I no solo lleva tras sí un odio inmenso el mentiroso, mas tambien el desprecio i la ignominia. Aunque acaso dijera la verdad, nadie le cree, ni jeneralmente se vé en él, sino un hombre débil que no se atreve á espresar lo que verdaderamente siente, un hombre peligroso que al menor descuido puede engañar, un hombre en fin, indigno hasta de ser oido. La *verdad* es, por tanto, el primer deber del hombre en el uso de la palabra, aun en materias de poco ó ningun interes para hacerse en este punto un hábito ó disposicion permanente. Sin embargo, en esto como en todo, debe hacerse intervenir la razon i la prudencia; i así, aunque espresar lo que se siente ó se sabe sea la regla jeneral, tiene no obstante esta regla sus justas escepciones. Cuando de la verdad puede resultar mal ó sufrimiento para un individuo sin que, de otra parte, resulte un bien mayor, entónces la *Moral* aconseja se oculte cuidadosamente aquella, sin ir hasta la mentira, pues esto siempre seria vituperable i aun peligroso. La regla segura en esta materia es callar si no es necesario decir la verdad, i ocultarla por discretos modos si fuera perjudicial decirla; mas en ningun caso ni por motivo alguno puede el hombre mentir.

2º. *Indiscrecion*. — Llamo aquí indiscrecion la facilidad de decir cuanto se piensa, cuanto se medita ó se sabe; facilidad que la *Moral* reprueba en razon de que puede ser mui perjudicial al individuo. El primer resultado de este vicio es poner á la vista de todo el mundo los sentimientos del hombre, como igualmente sus empresas i proyectos, i esto produce el grave inconveniente de quitarle la libertad para mudar, segun le convenga, sus resoluciones;

porque una vez manifestadas, se vé en la alternativa de sostenerlas, ó pasar en el concepto de mudable, superficial i lijero. Puede tambien suceder que esta misma facilidad perjudique al éxito de sus pretensiones, descubriéndolas á los que pudieran tener interes en contrariarlas. Por otra parte de manifestar sus pensamientos é ideas á cuantos quierán escucharlos, nada puede adelantarse para la obra de la dicha individual, i si se corre riesgo de deteriorarla mucho. Tal conducta traeria también sobre el individuo la nota de atolondrado i frívolo, i la vergüenza de que todo el mundo viera que se habia engañado en sus esperanzas, cuando estas no se hubieran realizado.

Esto es relativamente á lo que concierne al individuo. La facilidad de espresar i publicar lo que á otros mira, no es ménos necia, imprudente i dañosa. Por ella el hombre se vuelve sospechoso á todos, por ella es alejado de las concurrencias, i hasta de la comunicacion social, i por ella en fin, se vé, en mil comprometimientos penosos, que muchas veces llegan al término de tener que poner en peligro la vida. Debe pues el hombre encerrar dentro de su pecho lo que piensa hacer, como igualmente lo que sepa con relacion á otros, á ménos que un motivo justificado demande sus revelaciones. Así evitará mil lances amargos i azarosos, i la desconfianza i mal concepto que la indiscrecion en el uso de la palabra le acarrearía infaliblemente. Es una bella observacion, que nadie se arrepintió jamás de haber guardado silencio, i si muchos de haber hablado.

Pero sobre todo, debe en este punto evitarse con el mayor esmero el descubrir lo que se haya confiado al individuo en calidad de reserva, ó en *secreto*.

Lo que de esta manera se tiene es como un sagrado, cuya revelacion, aparte de la indiscrecion, envolveria la traicion i la infamia, i por consiguiente no solo fuera acompañada de los males consecuentes i á aquel vicio, sino tambien de los que son propios de la violacion de confianza i de la bajeza de espíritu. En todos tiempos i en todos paises la infidelidad en guardar los secretos, se ha mirado como muestra de debilidad i de corrupcion, i como una infamia indigna de hombres de bien. Debe pues, por todas estas razones ponerse el mayor cuidado en no descubrir lo que se sabe con la condicion de tenerlo en reserva.

3º. *Murmuracion.*—En esta materia nada podemos hacer mejor que trascribir las ideas de un *Moralista* ilustrado.

“La murmuracion es una verdad dañosa para aquellos en quienes recae. El murmurador no es un hombre verás, es un envidioso, un maligno un malvado, cuyos discursos solo pueden ser agradables á los que se le asemejan. Si no hubiera envidiosos, la murmuracion seria desterrada de la sociedad, pues que si con tanta ansia i placer se da oidos á la murmuracion, es porque deprime á los otros en la opinion pública, i porque cada uno vé un enemigo ménos en el hombre grande que es acometido, ó á quien la perversidad procura destruir. *El murmurador*, dice Quintiliano, *no se diferencia del perverso, sino en la ocasion de hacer el mal.* Si solamente daña con sus palabras i discursos, es por ser demasiado cobarde para hacerlo tambien con sus acciones.”

“El murmurador es un hombre vano i soberbio, que descubriendo las enfermedades i flaquezas de los otros, quiere persuadirnos que se encuentra sano

i sin ellas. A mas de esto, se jaeta de ser veridico, siendo asi que no es sino un hipócrita, que aparenta sentimientos ó afectos virtuosos, falsos en el fondo i en la realidad, pues que no van acompañados de bondad, de induljencia i de humanidad. El murmurador debiera ser mirado como un enemigo del público; mas sin embargo se le da oídos, i aun con razon pudiera decirse que los hombres solo se reunen i se tratan para tener la miserable complacencia de hablar mal los unos de los otros.”

“Para curar á los hombres de la murmuracion seria conveniente hacerles ver que todos sus esfuerzos son inútiles contra el mérito i la virtud. En vano la murmuracion se emplea contra el hombre de bien. ¡Ah! ¿No es bien sabido que ningun mortal sobre la tierra está esento de defectos? Una injusta crítica podrá hacer despreciables las producciones del talento? ¿No es mui cierto tambien que el talento es desigual i que está sujeto á irregularidades i tropiezos? Algunas pequeñas faltas han hecho nunca caer en olvido las obras inmortales del entendimiento humano? Logrará nunca la calumnia denigrar la probidad? Tarde ó temprano la iniquidad se descubre, confunde al envidioso que la fomenta, i hace que la inocencia, en vez de ser oprimida, aparezca mas amable i mas interesante.”

“En fin para sacar de su error al murmurador mismo, que tiene deleite en hacer daño, le diremos que el vil i bajo papel que representa, haciéndole temible, nunca jamás le hace querido ni apreciable. Un ente sociable ¿ambicionará acaso ser temido por malvado? Hai un oficio mas vil i mas bajo que el de público delator? No es hacerse cómplice de su infamia escucharla con gusto? I no es por último deshonorarse así mismo, el dispensar su amis-

tad i confianza al infame delator? El *delator* dice un moderno, *siendo el mas vil de todos los hombres deshonorra á las personas que le tratan, mucho mas que las deshonoraría el trato de un verdugo; porque la conducta del primero es efecto de su malvado carácter, cuando el verdugo solamente hace su oficio.* Este causa un mal haciendo su deber, mas el otro por gusto i complacencia. ¿Hai gusto mas detestable que el de correr de casa en casa denigrando á sus conciudadanos, divulgando los hechos que pueden serles dañosos, i quitando à todos la reputacion i el reposo sin provecho alguno de la sociedad? El murmurador nos dirá quizá que es necesario ser uno veráz, i que al público le es importante conocer á los hombres, añadiendo ademas que él no murmura sino de las personas indiferentes, á las que nada debe. Mas nosotros le contestaremos que la verdad solo es útil al público cuando se trata de crímenes i delitos, mas no de flaquezas i defectos ocultos: el hombre veráz es un cobarde asesino, siempre que divulga verdades capaces de quitar la buena opinion, de resfriar la benevolencia, i de perjudicar al bien de sus conciudadanos, en razon de que ninguno favorece á aquellos de quienes tiene una mala idea. Por último, nosotros le diremos que un ente sociable debe, aun á las personas desconocidas, á las indiferentes i á las extrañas sus respetos i consideraciones, i que faltando á estos deberes, da motivo á cualquiera para que le denigre á él mismo i para que divulgue sus faltas secretas. ¿Hai hombre alguno que pueda jactarse de no tener defectos? Si ninguno puede llevar á bien el que se publiquen sus debilidades, se infiere claramente que debemos ocultar las ajenas.”

“Bajo cualquier aspecto que la murmuracion

sea considerada, es culpable por los daños, las enemistades i las quejas que produce de continuo. Ella es ocasion de grandes males i de ningunos bienes; i el murmurador es siempre aborrecido aunque la murmuracion agrade. La murmuracion es hija del odio, del mal jenio, de la envidia i la ociosidad. Ella, pues, no debe gloriarse de un origen tan despreciable. La vaciedad de entendimiento, la incapacidad de vivir ocupado útilmente i la ociosidad dan pábulo á este vicio detestable; siendo cierto que el que no sabe hablar de las cosas, habla de las personas. Nada es mas útil que saber callar; la locuacidad es uno de los mayores azotes de todas las sociedades.”

4º. *Calumnia*.—Se llama calumnia el empleo de la palabra para hacer imputaciones falsas, capaces de rebajar la reputacion del individuo. Es una mezcla de mentira i de murmuracion, pues se reduce á decir mal, i á decir mal que no se siente ni existe, sino que la depravacion, ó el odio, ó la envidia forjan. Ningun abuso de la palabra es mas vil, detestable i nocivo que este, reuniendo al engaño i bajeza de la mentira, la mordacidad i perversa índole de la murmuracion: así el calumniante puede definirse un *murmurador embustero*, i asegurarse por consiguiente que es un ser maligno, corrompido, bajo, engañador, enemigo del reposo de los hombres i de la buena armonía social. En cuanto al calumniante mismo, no hai que decir cuántos males le acarrea la calumnia: es aborrecido, despreciado, temido de todos; su presencia sola horroriza, i las jentes honradas le huyen, i se recelan de él como de un ser contajado. Basta para comprender toda la fealdad de este vicio recordar lo que hemos dicho de la mentira i de la murmuracion,

cuya combinacion constituye la calumnia.....

La disposicion casi jeneral á creer sin el mas lijero exámen cuanto mal se dice de otro, es lo que sostiene i da valer á la calumnia: puede asegurarse que sin esta inclinacion, hija de la perversidad i de la envidia, los calumniantes fueran en mui pequeño número. Nada debe creerse sin una suficiente prueba, i ménos cuando de creer resulta mal á un tercero; la razon i la benevolencia así lo exigen. Mas ¡qué pocos son los hombres que llaman á su memoria esta regla cuando oyen hablar mal de alguno! El simple dicho de una persona que acaso no conocen, i en contra de la cual debiera ya prevenirlas el hecho mismo de hablar mal de otro, es bastante para decidir su credibilidad. Que el maldiciente sea enemigo de la persona cuya reputacion despedaza, que sea un corrompido ó infame, eso no importa: se trata de desacreditar á un hombre, se trata de hacerle perder en la opinion? ¡ah! es menester creer ciegamente.

Corrijanse los hombres de este vicio ó de esta simpleza, i la calumnia no podrá hacer mal alguno. “Basta dice un *Moralista*, para no dejarse llevar de la calumnia, reflexionar sobre las pasiones de los hombres: ademas la esperiencia acredita cuan pocas personas son capaces de ver bien los hechos mismos de que son testigos; mui pocos hombres cuentan fielmente lo que han visto ú oido; muchas veces es difícil comprobar los hechos que mejor debieramos saber; las circunstancias que nos parecen indiferentes ó de poco valor pueden atenuar la imputacion: en fin, todo debe hacernos recelar i desconfiar tanto de los otros como de nosotros mismos, porque con mucha facilidad i frecuencia estamos sujetos á engañarnos con la mejor fé del mundo.

Aparte de la mentira, de la indiscrecion, de la murmuracion i de la calumnia, son posibles otros vicios en el uso de la palabra; vicios que aunque de un órden inferior deben evitarse con igual cuidado. La sola razon natural basta para hacerlos conocer, i una prudencia ordinaria para no incurrir en ellos, por lo cual no nos detendremos mas en este punto.

§.º 3.º

DEL TRATO.

Muchas son las virtudes que la *Moral* recomienda al individuo en el trato con los otros hombres, por que son muchas las atenciones i las prendas que una buena conducta social demanda. En este párrafo solo nos ocuparemos de las siguientes que miramos como las mas importantes: *gravedad, sinceridad, probidad, grandeza de alma, honor i cortesania.*

1.º. *Gravedad.*—Llamamos aquí *gravedad* la compostura, la circunspeccion i el tono correspondientes al estado i á la dignidad de la persona. Fácil es conocer cuanto importe esta virtud en el trato social, si se observa lo que desmerece i pierde en la opinion el hombre que, descendiendo de la línea que ocupa, se conduce como si perteneciera á un rango inferior, ó á una situacion que no es la que realmente tiene. Siempre que el hombre se rebaja voluntariamente, siempre que sigue una ruta que no es la señalada á su dignidad, echa sobre esta una mancha, i excita á todos á que la desconozcan i ofendan, siendo el resultado, que acabe al fin perdiéndola; i aunque despues quisiera recuperarla, volviendo sobre sus pasos, vanos fueran todos sus

esfuerzos, porque una vez perdida la dignidad, no es posible recuperarla nunca.

Así, pues, lo primero que debe procurar el hombre al entrar en comunicacion con los otros hombres, es sostener su dignidad, comportándose de una manera que no desdiga de lo que de él se espera. En este punto la *Moral* tiene que limitarse á esta observacion jeneral, cuya aplicacion á los pormenores de la conducta toca al individuo hacerla, sirviéndole al efecto de guia la razon i las costumbres recibidas. ¿Le indica la razon que tal comportamiento rebaja i atrae el menosprecio? Pues no debe adoptarlo. ¿Tal jénero de conducta no se espera, segun las costumbres recibidas, de los individuos que tienen cierto rango? Pues tampoco debe seguirlo. No negamos que es difícil hacer estas aplicaciones; pero ellas deben ser la obra del tino particular del individuo. En abstracto no es posible decir lo que puede rebajar en el trato social; en términos que lo único que sobre esto puede sentarse como jeneral, es que el rose con toda clase de jentes, la familiaridad, la locuacidad, i la truhanería son las cosas mas contrarias á la virtud de que nos ocupamos, las que mas la ofenden i perjudican.

2.º *Sinceridad*.—Esta cualidad que consiste en manifestarse el hombre como es, i arreglar su conducta á sus sentimientos, es respecto del trato, lo que la verdad respecto de la palabra; i así como la verdad cimenta la confianza entre los hombres, i da seguras bases á la conducta individual, alejando el engaño i la doblez, la sinceridad tiene los mismos resultados ventajosos, i es igualmente importante i necesaria en las relaciones sociales.

El vicio opuesto á la sinceridad es la *hipocresía*, que no es otra cosa que la mentira en la conducta i

en el trato, fingiendo ser el individuo lo que en la realidad no es. Aunque al fin la hipocresía no llegara á descubrirse, siempre seria funesta al individuo, que allá en su interior no dejaria de avergonzarse i abatirse, no pudiendo dejar de comprender la vileza de su papel.

La hipocresía es mas funesta i dañosa que la perversidad descarada, porque esta, manifestándose como es, no engaña sino á los sencillos, i da lugar á tomar oportunas precauciones; miéntras que la hipocresía, mentirosa i traicionera, tiende lazos en que casi es imposible dejar de caer, porque los oculta con arte entre las apariencias de la sinceridad. Así el hipócrita es mas odiado i temido que el malvado mas impudente. El hipócrita, por otra parte, perjudica á la causa de la virtud, induciendo á hacer sospechar de la verdadera; responsabilidad que no pesa sobre el malo que lo manifiesta. Ultimamente la hipocresía, como la mentira, de la que no es sino una modificacion, destruye la confianza recíproca, tan indispensable en el comercio social.

Si se piensa en la atencion constante en los penosos esfuerzos i en la continuada violencia que necesita el hipócrita para sostener la máscara que le encubre, no admira poco que haya quienes prefieran el disimulo tan forzado i tan costoso, á la naturalidad tan fácil i esenta de todo trabajo i sacrificio. Es ciertamente mucho mas sencillo presentarse el hombre como es, que como quiere aparecer, i aun ser esto mismo que aparenta ser. Agréguese á esto que el primer partido deja concepto, inspira confianza, granjea estimacion, i fue siempre el de los hombres de bien; al paso que el segundo produce todos los resultados contrarios, i no habrá hombre alguno pensador que vacile entre la sinceridad i el disimu-

lo, entre la verdad i el engaño. No desconocemos que hai ocasiones i circunstancias en que la prudencia exige que el hombre sea reservado; séalo enhorabuena, siempre que la sinceridad i la franqueza pudieran serle dañosas; pero jamas hipócrita ni engañador, aunque tal conducta consultara sus medros, lo que no podria ser sino de una manera mui pasajera, porque el engaño es una base sumamente delesnable para poder sostener por mucho tiempo cualquier provecho que en él se apoyara.

3.º *Probidad*—La probidad, llamada vulgarmen-
te *hombria de bien*, abraza i comprende, sino todas, un gran número de las virtudes sociales. En efecto, casi cuantas dejamos explicadas hacen parte de la probidad, que no se tiene en plenitud, sino cuando se poseen estas i se carece de los vicios de que tambien hemos hecho mencion hasta aquí. Así, por ejemplo, no puede decirse *hombre de bien*, quien quiera que no es veraz, que no es benéfico, que no es sincero, que es murmurador, que es calumniante, &c. Tambien comprende la probidad las cualidades que hemos visto forman el crédito individual, especialmente la lealtad en el cumplimiento de las obligaciones i empeños.

Despues de esto no creemos tener necesidad de recomendar esta virtud, de la que propiamente se ha dicho que *si no existiera convendria inventarla como medio de hacer fortuna*: tan poderosamente influye sobre los intereses i bienestar del individuo. El hombre que desdeña la probidad se ataca i ofende verdaderamente así propio, porque ménos respeta los derechos de los otros, ménos probable es que los suyos sean respetados; de manera que hasta por miras de conveniencia propia se debe ser puro, integro i honrado.

riar intereses particulares, contrarielos; si tuviere, en fin, que estrellarse con el mundo todo, estréllese con el mundo todo, ántes que fluctuar cobarde en la incertidumbre, ó que doblarse débilmente á cosas indebidas.

Esto, sin embargo, no excluye la docilidad i una condescendencia racional. Nada mas recomendable que estas prendas, ni nada mas necesario que la atencion á todos los intereses i á todas las pretensiones, miéntras no lleguen á envolver la ruina del derecho de un tercero, el perjuicio ajeno ó la falta al deber propio. Ser firme no es ser fiero ni insociable, ántes bien la firmeza va por lo comun acompañada de cierta flexibilidad, importante en sumo grado, cuando no se trata de un derecho que respetar, ó de una obligacion que cumplir. En este último caso el hombre firme es una roca que nada es capaz de conmover; pero si no es cuestion sino de intereses, sacrifica siempre con gusto los suyos á los ajenos, i si no se trata sino de estos solos, sabe conciliarlos entre sí. No hai pues que equivocarse la firmeza con la fiereza, las prendas propias de la sociedad, con las que solo son propias de las selvas. Tambien debe distinguirse la firmeza de la *terquedad*, que es la insistencia en el error, i de la *obstinacion*, que es la insistencia en el mal.

La constancia en las ideas i sentimientos es una parte esencial de la firmeza, i una condicion mui importante para la dicha individual. Nada, en efecto, la perjudica tanto como estar mudando á cada instante de pensamientos, de resoluciones i de empresas. El hombre inconstante en nada se fija, nada realiza: toda la vida se le va en variar i nadie confia en sus palabras, ni aun en sus acciones, porque conociendo todos su versatilidad, saben

que un momento no mas, i ya será otro hombre. El inconstante así mismo se fastidia i fastidia á todos los que le rodean con sus voluntariosas mudanzas, al punto de venir á serle enojosa su propia existencia, é insoportables á los demas sus relaciones.— Conviene, pues, tener constancia i fijeza en todo, i no cambiar caprichosamente; es decir, no cambiar miéntras que una razon suficiente no motive i justifique la mudanza. En todas las edades, entre todas las naciones, los frívolos, badulaques i veleidosos han sido mirados como la movible veleta que corona las torres, ó como navios sin lastre, que los vientos empujan fácilmente ácia cualquier parte que soplen, que jamas llegan á ningun puerto, que es imposible mantener en una misma ruta, i en los que finalmente seria peligroso embarcarse.

La *fortaleza* es otra de las virtudes que nacen de la grandeza de alma, i no es ménos importante i necesaria que la firmeza, con la que se toca por muchos puntos i á veces se confunde del todo. Sin embargo, esta, como hemos visto, se refiere principalmente al cumplimiento del deber; miéntras que la fortaleza se refiere con especialidad á la desgracia i al dolor, que hace sobrellevar con ánimo igual i varonil nobleza. La primera alienta á entrar decididamente en el camino de la virtud i del honor, i una vez tomado, á seguirlo sin vacilar, ni echar atras el pié: la segunda sostiene al hombre en los trabajos, i no le deja sucumbir cobardemente bajo el peso del infortunio.

Tomamos, pues, aquí la fortaleza en el mismo sentido que el *valor*; mas sin confundir el valor verdadero con la osadía del malvado, ni con la temeridad del imprudente. I no deben confundirse, á la verdad; porque uno es el valor que hace sufrir

con serenidad i acometer con impavidez, otro el que apreta el puñal contra el seno de la víctima, i otro el que expone à inevitables riesgos. Solo el primero es propiamente valor; el segundo es frenesí é impudencia; el tercero locura.

La fortaleza ó el valor de que aquí hablamos, consiste pues en sufrir la desgracia sin abatirse, i en arrostrar los peligros cuando hai necesidad, i el triunfo no es absolutamente improbable. Entendiendo así, el valor es una de las cualidades mas importantes en el trato social: necesítale el hombre para defender su vida, su libertad, su propiedad i su patria; necesítale para no ser presa de inquietudes ni de miedos infundados; necesítale para conservar en todo caso la serenidad de su razon i el gobierno de sí mismo; i le necesita, en fin, para llevar una frente serena en medio de las desgracias que no ha podido precaver, i hacerlas soportables, sufriendolas con resignacion. ¡Qué sublime no es el espectáculo del hombre fuerte luchando con la adversidad! Ella á derribarle, él á sostenerse firme; ella á oprimirle con todo su peso, él á sacudirlo con el esfuerzo de un atleta; ella, en fin, á enterrarle debajo de los trabajos, él á levantarse impávido de enmedio de estos, como el sol se levanta brillante por detras de las tempestuosas nubes.

Acabamos de ver que la fortaleza es una prenda indispensable para triunfar del infortunio; pero ¡cosa rara! todavía es mas importante en la prosperidad, especialmente en aquella prosperidad que lleva anexo el poder. Ved al hombre débil en una posicion brillante: la elevacion le desvanece, el brillo le deslumbra, se bambolea como embriagado i deja caer de sus manos las riendas que debieran servirle para contenerse i gobernarse así mismo. No hai

exceso á que no se entregue, no hai capricho tras del que no corra, en su corazon hierven todas las pasiones pequeñas, todos los afectos miserables; en una palabra, su conducta entera corresponde fielmente á la debilidad i pequenés de su alma. Vano i orgulloso hasta el punto de olvidarse que es hombre, no reconoce semejantes sobre la tierra: todos cuantos le rodean le parecen de una raza mui inferior á aquella á que él mismo juzga pertenecer. La justicia i la virtud le son desconocidas; desprecia la opinion, i no teme ni el juicio de la tumba, porque en su delirio llega á contarse en el número de los inmortales. Tan alto asi puede levantarle, debido á su poco peso i resistencia, el mas lijero soplo de prosperidad.

Al contrario el hombre fuerte: gozando en el mayor grado del favor de la fortuna, es el mismo que fuera en la adversidad; siempre grande, siempre noble, siempre igual. Ninguna altura le desvanece, ninguna le hace ver á los hombres menores de lo que son, ni brillo alguno le deslumbra. Entre el humo de la mayor prosperidad conserva firme su cabeza, despejados sus sentidos, i fuerte su mano para rejir su conducta por la justicia i por la razon; i como no se olvida de su propia naturaleza, vé en cada mortal un semejante, i es humano, benéfico i compasivo. Ultimamente, recordando á cada instante que un dia ha de volver al polvo de que salió, es modesto porque no desconoce su nada, i justo porque teme el fallo que se pronunciará sobre sus cenizas. Es pues, claro que aun en el tiempo sereno, la fortaleza es una virtud mui importante: sin ella, la prosperidad trastorna la razon, i hace del hombre un loco; con ella el hombre se conserva siempre igual á sí mismo, i el humo de la fortuna

no puede jamás embriagarle. La *paciencia* que es otra de las virtudes que enjendra la grandeza de alma, es una consecuencia necesaria é inmediata de la fortaleza. En efecto el hombre fuerte sufre con resignacion i calla; el débil por todo se irrita, por todo se desespera, i cuando la desgracia le acomete da fuertes alaridos. Sin esta virtud seria imposible vivir mucho tiempo en un mundo, en el que mil penalidades cercan al hombre, i en el que los trabajos le baten como batieran las olas de un rio el arbusto nacido en la mitad de su cause. Así la primera i mas importante prevencion que debe hacer el hombre al entrar en el mundo, es de sufrimiento; pero de un sufrimiento noble i medio; no servil i sin límites, que alentara i llamara las injurias. Antes de abrir los ojos á la luz, ya á cada uno nos está destinada nuestra parte de afliccion i de trabajo, i si queremos disminuirla, no hai otro medio que someternos á ella con resignacion. *Sufrir algo para sufrir ménos*, ha dicho un filósofo; i es menester confesar que de las máximas de la sabiduría humana, es esta una de las mas luminosas i llenas. Aunque los trabajos os rodeen i estrechen hasta el punto de no dejaros salida alguna, aunque os acometan como un torrente que sale de madre, no por eso hai que desesperarse: ellos al fin pasarán, i solo podrán arrebatáros, si os habeis dejado derribar de la creciente; mas si habeis resistido en pié su ímpetu, cuando las aguas del infortunio bajen, os hallareis salvo, i volveréis á tener dias despejados i serenos. Pero ¡ai del que no sabe ni espera vivir sino en el seno de una felicidad que nunca se turbe! ¡Ai del que puede olvidar aquella sentencia terrible, cuanto cierta: *el hombre nacido de mujer vive breve tiempo, i su vida está re-*

llena de muchas miserias! Para este los trabajos son mas duros cuantos ménos aguardados, i es posible perezca en el pavor no mas de la sorpresa.

5.º *Honor*.—El *honor* consiste en la sensibilidad por la opinion. El hombre que carece de esta prenda es un impudente, un desvergonzado, ó un indolente apático á quien nada es capaz de conmovér. Como la tendencia ordinaria de la opinion es aprobar la virtud i reprobar el vicio, como su código es de alabanzas para la primera, i de censuras para el segundo, el honor ofrece una sólida garantía de buena conducta; al paso que su falta quita á la vez un estímulo para todo lo que es noble i virtuoso, i un freno para todo lo que es vicioso é impuro. Además, la opinion, como propiamente se ha dicho, es la soberana del mundo, i así solo en el caso de un deplorable estravío, es permitido al hombre despreciar sus juicios.

Respete, pues, i tema el hombre la opinion, miéntras no la encuentre en abierta pugna con lo que la justicia ó el deber prescriben. Sin embargo, esto no quiere decir que el hombre se constituya en una abyecta i servil dependencia del juicio de los demas: todo tiene sus términos, i el honor no llega hasta hacer del hombre un esclavo miserable. Lo que el honor le exige, i la *Moral* le recomienda, es que no sea insensible á la opinion de sus semejantes, i que haga todo lo que de él dependa para granjearse su estimacion i alejar de sí su menosprecio; mas cumplido esto, espere i mire con indiferencia el fallo que sobre su conducta se pronuncie. Obre bien el individuo, i deje al mundo que juzgue; i aunque el juicio que este forme le sea adverso, no por eso hai que alterarse: tambien el mundo es falible, tambien le sucede á la opinion

equivocarse; i esto no debe ser lo ménos raro, pues que regularmente falla sin los necesarios datos, sin oír mas que á una parte, i no siempre con el mejor criterio.

¿Cómo impedirá un hombre de bien, que, mientras se consagra en su casa al desempeño de sus deberes, se levante un enemigo ó un envidioso i riegue los rumores mas ofensivos á su reputacion? ¿Cómo impedirá que un calumniante, que un rastroero le haga allá en el trato privado las mas feas imputaciones, i mine sordamente su fama, la cosa mas cara á las almas grandes, i á los pechos jenerosos? I si los hombres, si el público, sin otro fundamento que la palabra del que tales imputaciones hace, les dan su asenso; si ni siquiera llegaron á noticia del individuo contra quien se dirijen para que pudiera refutarlas, ó no se aguarda á la refutacion para fallar, ó no se atiende ¿qué partido racional queda en tal caso? Hacerse superior á la injusticia i á la calumnia, despreciar el juicio de unos hombres, ó perversos ó crédulos, que tan inicua i atropelladamente disponen del concepto ajeno; sí, despreciar un juicio tan inconsulto como inmerecido, i aguardar que un dia, estos mismos hombres, mejor informados, reconozcan su injusticia ó su error, i rectifiquen su fallo.

6.º *Cortesania*.—Consiste la cortesania en un conjunto de muchas é inestimables prendas. Un porte decente, unos modales dulces i afables, una complacencia afectuosa, i, sobre todo, una esmerada atencion para evitar en el trato cuanto pudiera ser desagradable á los otros, son los principales elementos de esta virtud, cuya práctica en la vida social, por mucho que se recomiende jamás se recomendará demasiado. ¿Cómo encanta i arrebat

los corazones un hombre de maneras finas, comedidas i atentas! I al contrario, ¡cómo irrita, choca i repugna el que es seco i descortez! Hai entre uno i otro una distancia inmensa, llevando el primero al segundo incomparables ventajas. Aquel es sinceramente amado, se busca, se apetece su trato, todo el mundo le manifiesta en reciprocidad sus respetos, todo el mundo se inclina á prestarle gustoso aquellos servicios gratuitos tan indispensables en la vida de relacion, i á tener para con él aquella condescendencia i atenciones que hacen la dulzura i el encanto de las relaciones sociales; en fin, hasta sobre los defectos del hombre urbano se cierran fácilmente los ojos, i aun en cierto modo encubre aquellos, cualesquiera que puedan ser con sus modales esmerados i afectuosos. ¡Qué diferente no es la posicion del hombre inurbano i descortez! Este, por donde quiera que pasa, concita contra sí todas las antipatías, llega á hacerse despreciable i ridículo por su nimio tono i sequedad, ninguna atencion, ninguna complacencia se tiene por él, porque él á nadie atiende ni complace, i no solo no hai induljencia para sus defectos, sino que se exageran, i aun se le atribuyen los que no tiene, en venganza de su grosería.

La descortesía previene por sí sola en contra del individuo: aunque naciera de distraccion ú olvido, siempre se atribuiria á tosquedad, ó á orgullo, i el mismo oríjen se le diera cuando no fuera efecto sino de un carácter naturalmente adusto. De manera que en todo caso i cualquiera que sea el motivo, la inurbanidad siempre es un vicio ó defecto que con todo cuidado debe evitar el hombre que quiere conciliarse la benevolencia de sus semejantes, que aspira á su estimacion i desea su afecto i

sus atenciones. Pero debe tenerse cuidado de no excederse en esta línea, no fuera á suceder que de urbano i atento, se pasara á familiar i simple, ó que llegara á ofenderse la dignidad del hombre, rebajándose á indebidas atenciones: si la cortesanía es recomendable, la gravedad i el decoro personal no lo son ménos; pero afortunadamente estas virtudes no excluyen aquella, i basta el discernimiento natural para conciliarlas i encerrar á cada una dentro de sus justos términos. Tambien es menester evitar las maneras afectadas, las que no están en las costumbres recibidas, i las que no son del tiempo ó del lugar. Un hombre que usara de demostraciones nimias, ó inusitadas, ó inoportunas, léjos de agradar fastidiara, i viniera á ser el objeto de la burla i de la risa jeneral. En fin, la urbanidad es un arte delicado, cuyo estudio debe hacerse con esmero, i cuya práctica, oportuna, discreta i medida, tiene mas importancia de la que por lo comun se piensa. ¡Cuántas veces la sola posesion de esta virtud, ó su falta sola, no ha hecho el destino de algunos hombres, i decidido de su suerte! Así, sea el hombre cortez i urbano para con todos: es decir, sea decente, modesto, dulce, afable, complaciente, afectuoso, atento; en una palabra, arregle su trato, su porte i exterior de manera á agradar siempre, i á no desagradar nunca; mas sin hacer para esto nada que mengüe su dignidad, nada que se acerque á adulacion, nada que toque en bajeza. He aquí lo que en este punto importante corresponde á la *Moral*; el desenvolvimiento de los pormenores es objeto de un tratado exclusivo.

Concluiremos este capítulo, haciendo observar que todas las virtudes sociales se comprenden en dos, que son la JUSTICIA i la PRUDENCIA. La pri-

mera exige no hacer á otro lo que no quisieramos se hiciera con nosotros, i hacer á los demas lo que deseáramos para nosotros mismos; la segunda prescribe una vista atenta al presente i al futuro para no hacer nada que pudiera dañarnos; como igualmente que procuremos desviar cualquier mal que sobre nosotros vieramos venir. He aquí el compendio de todas las virtudes sociales; cuántas en este capítulo hemos desenvuelto, no son sino aplicaciones de estas dos virtudes, con sobrada razon llamadas cardinales, pues que verdaderamente son como el fundamento de todas las otras, ó como el quicial sobre que todos jiran.

CAPITULO II.

De las relaciones políticas.

Fuera de las relaciones sociales de que acabamos de hablar, tiene el hombre otras con la asociacion particular en que vive, i á estas es que damos el nombre de *políticas*. Una sola es la virtud que la *Moral* prescribe respecto de este jénero de relaciones; mas una virtud madre, una virtud que encierra en sí i da nacimiento á otras muchas: esta virtud fecunda en el PATRIOTISMO.

El patriotismo consiste en el *amor de la patria*; es un afecto vivo i denodado, es el que produce los héroes i los grandes hombres. Ha obrado algunas veces prodijios de valor i de desinterés, i cuando su fuego arde en todos los pechos, tantos ciudadanos cuenta el Estado, otras tantas firmes columnas apoyan i sostienen el edificio político: la independencia, el orden i las libertades públicas reposan entónces sobre una basa eterna. Por el contrario,

una asociacion que el fuego del amor patrio no anima, es una presa fácil para el primer usurpador que se presente en sus puertos, ó para el primer ambicioso que se levante en su seno. ¡Cuánta importancia no debe corresponder á una virtud, mas tutelar de la independendia de las naciones que las murallas estendidas á lo largo de sus costas, mas conservadora del órden i de las libertades públicas que el poder armado, por desgracia no siempre harto leal á su noble destino!

El amor de la patria debe ser *puro i desinteresado*, esto es, debe amarse la patria, debe interesarse el hombre en su conservacion i prosperidad, sin tener en mira otro bien que la parte que, como á todo ciudadano, debe caberle en esta misma prosperidad jeneral. Amar la patria por este ó aquel provecho especifico, no es ser patriota sino especulador, que dejara de amarla el dia que el provecho cese. Los patriotas *de interes*, los que lo son mientras que el gobernante les dispensa su favor i su privanza, se parecen á aquellos pájaros que diariamente acuden solícitos al mirador en que el amo tiene costumbre de regalarles algunos granos: si la casa muda de dueño, i el nuevo amo no riega granos, los pájaros no vuelven mas.

Tambien debe estar el patriotismo esento de toda conexion con *personas*. Rija los destinos de la patria el primero ó el último de los ciudadanos, es cosa que el buen patriota no repara: en su enseña se lee, *por la patria, no por las personas; por los principios, no por los hombres*. I si bien se mira no puede ser de otra manera; porque como, sea el que fuere el individuo que mande, la patria siempre es la misma, el amor, si ciertamente es á ella que se tiene, forzosamente ha de ser el mismo. Por

este principio tampoco deben alterar el patriotismo puro, las ofensas, los agravios, pero ni las injusticias que se recibieran del gobernante; porque no hai razon para que la patria pague lo que ella no ha hecho; i todavía mas, aunque la patria misma sea injusta é ingrata con el ciudadano, debe este soportar con grandeza de alma la injusticia i la ingratitud, en vez de ir, como Temístocles, á ofrecer sus servicios al enemigo implacable de su pais, ó como Coriolano, á traer á sus puertas las huestes de los bárbaros. Un buen hijo no clava el puñal en el seno de su madre, porque esta alguna vez desatendiera sus deseos, hubiera desconocido sus servicios, ó le hubiera castigado injustamente.

Pero no basta que el patriotismo sea puro i desinteresado, es menester que sea *efectivo*. De otra manera seria un sentimiento sin animacion, un amor muerto, ó á lo mas una virtud especulativa. El amor verdadero se manifiesta en las obras, no en las palabras; así el que no hace obras de patriotismo, aunque en sus labios suene siempre este dulce nombre, no ama verdaderamente á su patria, ó no es patriota sino en teoria.

¿Pero cuáles son las obras que la patria demanda del amor de los ciudadanos? Las mismas que una madre exijiera del amor de sus hijos: la sumision i el respeto á sus voluntades, su sostenimiento, su defensa, i el cuidado de sus derechos. Esto exijera una madre, i esto mismo es lo que exige la patria, que como verdadera madre de los ciudadanos debe ser considerada.

A cuatro, pues, se reducen los deberes del patriota: 1.º á vivir sometido á la Constitucion i á las leyes, que son las voluntades escritas de la patria: 2.º á contribuir para sus gastos: 3.º á defenderla;

i 4.º á cuidar de la conservacion de sus libertades i de sus fueros.

Desde luego la sumision á la Constitucion i á las leyes es un deber de tal manera sagrado, que no hai términos para recomendar su cumplimiento tan encarecidamente como corresponde. Del imperio de la Constitucion i de las leyes nace el orden, i del orden la paz i el reposo público, la seguridad de los derechos de todos, la prosperidad personal, la dicha comun; por consiguiente, el que se levanta contra la Constitucion i las leyes destruye el orden, i con él, cuantos beneficios proporcionan las asociaciones políticas. Ningun motivo puede justificar la rebellion: ni la imperfeccion de las instituciones, ni los abusos de los gobernantes, ni la tiranía misma. Cualquiera de estas cosas, i aun el conjunto de todas, es un mal mui pequeño en comparacion de los que, como una larga cadena, arrastran en pos de sí los trastornos i las conmociones. La pluma se resiste á pintar las terribles escenas de desorden, de violencias, de persecuciones, de sangre i de muerte que en un momento presenta una revolucion: un tigre hambriento no hiciera mas estragos en un rebaño de ovejas, que los que hace entre los hombres el jenio de las revoluciones, cuando escapándose del averno, asoma un instante no mas su espantosa cabeza sobre la faz de la tierra.

Si las instituciones son malas, la nacion en uso de su poder soberano, que no pueden abrogarse las facciones, es la que debe reformarlas por tranquilas i ordenadas vias. Si los gobernantes abusan de su autoridad, medios habrá legales para hacerles entrar en su deber; i si estos medios no existen, ó los han destruido los gobernantes mismos, i convirtiéndose en tiranos, entonces no hai

sino abandonarles á su fatal destino, i pronto la libertad tendrá altares sin mancha de sangre, pronto sus estátuas aparecerán coronadas de inocente olivo. Pero flamear el pendon funesto de la rebelion porque las instituciones no son buenas, ó porque los gobernantes abusan de su poder, es hacer retrogradar la nacion porque no marcha á pasos jiganteos, es destruirla de un golpe porque un mal la aqueja i mortifica. No obra así el hombre respecto de sí mismo; jamás retrocede para adelantar, jamás se mata para curar sus dolores.

El sometimiento ciego á la Constitucion i á las leyes, es pues, una obligacion sagrada; la obediencia i el respeto á las autoridades por ellas establecidas, un grande deber; la rebelion un horrendo crimen. Si el gobierno os hace alguna injusticia, reclamadla por las vias legales; mas en ningun caso, ni por motivo alguno conciteis trastornos, ni llameis la rebelion: que siempre se os encuentre al lado del gobierno, que siempre se os halle debajo de las banderas del orden. Esto es lo que exige el patriotismo, esto lo que prescribe la razon, esto es lo que demanda vuestra propia conveniencia. ¡I qué grande no apareciera el ciudadano que víctima de la injusticia, de la antipatía, ó de los errores de los gobernantes, dijera á estos mismos gobernantes: perseguidme cuanto querais; pero sabed que jamás me perseguiréis lo bastante para hacerme desleal á mis deberes. Apesar de que no apruebo vuestra política, i aunque conozco vuestros desvíos, derramaré por sosteneros cuanta sangre circula en mis venas; porque sé que sosteniéndoo, no sostengo al hombre sino á la autoridad; no vuestros intereses, sino los intereses de todos, en los que los míos están envueltos; no

vuestra persona sino la patria, sino el orden, sino el sosiego público i la dicha jeneral!

Pero no basta que el hombre por su parte viva sometido á la constitucion i á las leyes, obedezca i respete las autoridades públicas; es menester tambien que contribuya eficazmente i con todos sus esfuerzos, á que aquellos sagrados deberes sean jeneralmente cumplidos, el orden i el reposo público conservados, la libertad respetada, i la independencia i la majestad nacional sostenidas; en una palabra, es menester que á toda hora se halle dispuesto á salir á la *defensa* de la patria, haciendo con tal objeto, si necesario fuere, el sacrificio de la fortuna, i hasta el de la vida. Este es el segundo de los deberes que el patriotismo impone á todo ciudadano, i á cuyo desempeño hai que volar resueltamente en el instante del ataque, ó en los momentos del peligro. No hai que descansar en los otros ciudadanos: todos tenemos la misma obligacion i el mismo interés, i por consiguiente desentenderse de la defensa de la patria, sacar el cuerpo i dejarla al cuidado de los otros, sería un egoismo, criminal en cuanto violaba una obligacion, torpe en cuanto desatendia la voz del propio interés. Si cada ciudadano confiara en el patriotismo de los otros ¿cual sería el resultado? Que nadie saliera á la defensa de la patria, i que el edificio político se desplomara, sepultando debajo de sus ruinas á los egoistas, tan criminales como torpes, que no se cuidaron de sostenerlo á tiempo.

Por otra parte, cuando se viera un movimiento uniforme, una resolucion decidida en todos los pechos, un apresuramiento de todos los ciudadanos á llenar este deber sagrado, á la vista de tanto patriotismo, de tanto noble entusiasmo, de una

fuerza tan compacta i resuelta ¿qué faccion no se disipara como el humo? ¿qué invasor no abandonára, espantado, las costas de un pais tan denodado i tan heróico? I jeneralmente ¿cómo no se respetára i temiera una nacion compuesta de tales hijos? Por cuantas consideraciones son imaginales deben, pues, los ciudadanos salir á la vez i decididamente á la defensa de la patria, cuando quiera que se halle amenazada.

El tercer deber de todo individuo de un estado es contribuir para los gastos públicos. Debe hacerse esto con fidelidad i con placer; porque lo que se dá, sirve para gozar en paz de lo que queda, para conservar el órden i el reposo público, i para asegurar al individuo su vida i todos sus derechos.

Hemos visto que el cuarto deber de patriotismo es cuidar de la conservacion ilesa de las garantías i de las libertades públicas. Nada tenemos que decir en recomendacion de su cumplimiento, porque su importancia no puede desconocerse: si todos no velan por la conservacion de las libertades de todos, si no hai celo por las garantías públicas, libertades i garantías vendrán á tierra, con la facilidad que un edificio sin cimiento i sin apoyo, el dia que la ambicion las empuje; i aun sin esto i aunque estén escritas, marchitáranse al fin como flores que se plantaron con cuidado; mas en un terreno seco incapaz de alimentarlas.

¿Pero cómo se cumple este deber? ¿Como se cuida de la conservacion de las libertades i de las garantías públicas? En primer lugar cumpliendo fielmente con los tres deberes anteriores, pues que sin duda nada contribuye tan eficaz i directamente á la conservacion de las garantías i de las libertades públicas, como el sostenimiento del órden, quitado

el cual, toda libertad, toda garantía, todo derecho deja de existir: entonces no impera sino la voluntad del mas fuerte, no hai mas lei que su capricho, ni otra seguridad que la que por merced quiere conceder. En segundo lugar se vela por las garantías i las libertades públicas, difundiendo ideas propias para sostenerlas, rechazando cualquier ataque que se les dirija, sea cual fuere la parte de donde venga, descubriendo i censurando los actos del poder que las ofendan, é influyendo en la eleccion de buenos majistrados. Pero en estos últimos medios se necesita mucho tino i discernimiento, hai que seguir muchos principios, hai que tener muchas atenciones, i sobre todo evitar el exceso de celo, el ardor i el entusiasmo, que hicieran dejenerar en fanatismo el mas bello de los sentimientos. Veamos lo que prescribe la Moral en este punto.

Primeramente, no hai que perder de vista que el órden es ántes que las garantías; porque antes es existir, i despues, existir con ciertas seguridades i ventajas; así, la vijilancia que se ejerza sobre los gobernantes para la conservaciou de aquellas, debe dirigirse de manera que el órden no sea subvertido i que el gobierno, que siempre le representa, nada pierda de su dignidad ni de su fuerza.

En segundo lugar, esta vijilancia debe limitarse á los grandes abusos, á los desvios notables del poder, sin ir mas adelante. Una vijilancia minuciosa i una censura nímia, empeñando al gobierno en interminables controversias, embarazarían su marcha, i antes que saludables, fueran funestas.

Relativamente á la conducta del gobierno en su parte discrecional, el ciudadano debe limitarse á *simples indicaciones*; i eso en cuestiones de impor-

tancia reconocida, en cuestiones árduas i de cuya resolucíon penden grandes intereses nacionales. Querer intervenir hasta en las cuestiones de menor interes, querer dictar enteramente la *política* al majistrado, querer llevarle de la mano i guiar todos sus pasos, es una empresa demasiada i que en vez de favorecer, perjudica la buena marcha de la administracion. Cuando el majistrado ha sido escogido por sus conciudadanos, con conocimiento de sus talentos i de su patriotismo, puede confiarse algo en estas prendas, puede descansarse en el voto nacional, por lo que toca á la *política* del gobernante; al menos cuando no se ventilan graves i dificiles cuestiones, enlazadas con grandes intereses sociales.

Pero no solo puede escusarse ú omitirse, como acabamos de verlo, esta intervencíon minuciosa en la *política*, sino que debe; porque no solo es innecesaria, sino perjudicial. En efecto: si todos los ciudadanos intervienen en la conducta de los pormenores de la administracion, si todos quieren que se gobierne á su modo, el resultado será que no se gobernará de ninguna manera, porque el gobierno es una tarea que, como todas las que requieren una ejecucíon rápida, no puede ser hecha sino por pocas manos, i que, como todas las que necesitan una profunda concentracion de facultades, no puede ser bien hecha, sino hai quietud i silencio. Un navio no podria ser bien conducido, si todos los pasajeros quisieran intervenir en su direccíon, que no debe estar sino á cargo del piloto, i al cual lo mas que aquellos pueden exigirle es que los lleve á este ó aquel puerto. Pero si todos intervienen en la direccíon minuciosa del navio, queriendo cada uno que cuanto hai que

hacer se haga á su modo, el desórden, la confusión i el descontento serán las consecuencias necesarias é inevitables; i ¡ojalá que la pérdida del navio no lo sea tambien!

Argenson atribuya el mal estado de la Francia en su tiempo, á esta intervencion minuciosa del público en los actos del gobierno: *porque todos se mezclan en la administracion*, decia, *por eso el estado está perdido*. Creemos no se engañaba aquel profundo político; porque verdaderamente, además de lo que acabamos de ver, cuando todos quieren intervenir en la *política* del gobierno, hasta en las cosas de menor entidad, entonces no se vé por todas partes sino el gobierno, no se oye hablar sino del gobierno, no se piensa sino en el gobierno; en una palabra, el gobierno absorve todas las atenciones, i hace un ruido i un estrépito, que á nadie deja descansar. Los negocios particulares se abandonan, el cultivo de la dicha individual se descuida, luego viene el cansancio de la sociedad, el fastidio de tanto alboroto, i últimamente el descontento jeneral. Una nacion en que todos no se ocupáran sino de discurrir sobre la política i el gobierno, i en la que los ciudadanos estuvieran divididos en dos bandos, uno de censores, otro de apolojistas de los gobernantes, sin tener mas ocupacion ni otro destino que disputar sempiternamente, no sería nacion, sería un Liceo insoportable.

Debe, por tanto, cuando no se trata de árduas cuestiones, ni de graves intereses, dejarse gobernar al gobernante. Si su *política* no nos parece buena, representémoselo; mas cooperemos sinceramente al buen éxito de su conducta, aunque adopte i siga ideas contrarias á las nuestras. En

todo caso nuestro interés está, no en el triunfo de nuestras opiniones, sino en el triunfo del gobierno, en la salud de la patria, que guarda la urna de nuestra suerte, i que lleva en su mano nuestros destinos. Además, en *política* todo es opinable i contingente; i como puede ser el gobierno el equivocado, podemos serlo nosotros; i aun todas las presunciones de acierto estan siempre en favor del gobernante, que lleva sobre el ciudadano la ventaja de hallarse colocado en la atalaya del estado, i poder, por lo mismo, descubrir mejor las conveniencias sociales.

Hemos dicho que otro de los medios de velar en la conservacion de las garantías i de las libertades públicas, es influir en la eleccion de buenos magistrados, i ahora añadiremos que este tal vez es el medio que mas directamente vá á su destino. Pongase el estado en manos de hombres expertos, que amen verdaderamente á su patria, i que quieran de corazon las instituciones, las garantías i las libertades públicas, i nada hai que temer contra estas; pero si los ciudadanos, cuando se trata de nombrar los magistrados sacan el cuerpo, si dejan el campo de las elecciones á los ambiciosos i especuladores, entonces, por mucha vijilancia que despues quiera ejercerse, las instituciones, las garantías i las libertades peligrarán mucho.

Pero este influjo para la eleccion de buenos magistrados no debe pasar de contribuir el individuo con su voto, i á lo mas, manifestar las ventajas de este ó aquel ciudadano para el puesto de que se trata. La corrupcion, la intriga, la arteria, i los manejos ocultos, son medios que no emplea el buen patriota, i que deben prevenir en contra del candidato del que los empleara, porque no se

apela á estos medios sino á falta de recomendaciones i de títulos positivos á la confianza nacional. Tampoco debe desplegarse un ardor i un entusiasmo capaces de enemistar á los ciudadanos, de dividirlos en bandos, i alterar la buena correspondencia i la armonía social. El fanatismo en todo es condenable; á la vez que la calma i la impacibilidad son el mas hermoso distintivo del hombre, indicio de razon i de justicia, i pronóstico del buen suceso.

De todo lo dicho concluimos, que lo que un buen patriota debe hacer relativamente á la conservacion de las garantías i de las libertades públicas, es, primeramente defender i sostener el orden, con el que se identifica todo lo que de libertad, de seguridad i de bien puede existir en las asociaciones políticas; i en segundo lugar, contribuir al nombramiento de buenos majistrados, denunciar al público las violaciones de la Constitucion i de las leyes cometidas por los gobernantes, censurar los grandes abusos del poder, i últimamente favorecer i secundar la difusion de buenas ideas políticas. Haga esto el ciudadano i puede contar que ha cumplido su deber en orden á la conservacion de las garantías i de las libertades públicas.

Aparte de los cuatro deberes de que hemos hablado, prescribe el patriotismo otro no menéos importante i sagrado, á saber: la concordia, la union i el amor recíproco de los ciudadanos. No puede verdaderamente amarse la patria si entre sí se aborrecen i se despedazan los miembros que la componen, ni puede haber prosperidad para un pais, cuando sus hijos divididos en bandos encarnizados, i colocados frente á frente como ejércitos

enemigos, se hostilizan con crueldad los unos á los otros. Suponed que existan no mas dos partidos en el Estado: el uno creará males para el otro, i este para aquel; ambos se desacreditarán recíprocamente; el bien que el uno quiera hacer lo impedirá el otro. I bien: ¿cuál será el resultado final de esta vergonzosa lucha? Que componiéndose la patria de ambos partidos, todo el mal que estos se hayan hecho, se lo han hecho á la patria; que todo el descrédito de que se han cubierto, ha recaído sobre la patria, que el bien que han impedido, para la patria lo han impedido; de manera que en resultado definitivo, la víctima de los partidos es siempre la patria, inevitablemente la patria. I ojalá que su sacrificio pudiera calmarlos; ojalá que la vista de sus agonías pudiera hacerlos volver sobre sí, i que lanzado un grito de espanto al reconocer su locura, i volteando la cara para no ver la obra de sus manos, retiráran horrorizados el puñal parricida: tal vez la patria pudiera recobrase..... Pero ¡deseos vanos! el ídolo de los partidos con nada se aplaca: vé inmolada á sus plantas la víctima mas preciosa, i todavía pide otra i otra. Su imperio ha de ser el imperio de la muerte, i su trono ha de levantarse sobre ruinas i escombros: esto ha jurado, i no conoce medio, ni admite transacion.

Así, si se ama á la patria, si se ama su prosperidad, si se ama su crédito, si se ama su dignidad i su fuerza, es menester que los ciudadanos se amen tambien, es menester que vivan en fraternal union, i en una concordia inalterable. No puede ser de otra manera: el amor de la patria i el odio de los ciudadanos entre sí, son cosas de todo punto incompatibles.

Lo que de ordinario divide á los ciudadanos, lo que de ordinario les empeña en obstinadas luchas, son los puestos i el poder. Por consiguiente, un desprendimiento jeneroso de los puestos i del poder, es indispensable, porque de otra manera no puede reinar entre los ciudadanos la concordia i la armonía. Este desprendimiento es un sacrificio que el bien de la patria exige, i para ser verdaderamente patriota, es menester hacerlo sin vacilar.

Por tanto, cuando la cuestion no sea sino sobre quien se sentará en los primeros puestos sociales, i todos los indicados tienen aptitud i patriotismo, que se siente cualquiera, i que no haya partidos. Estando los ciudadanos entre sí unidos, todo lo tienen; viviendo desunidos, todo les falta. Si se meditan los males públicos que acarrearán los partidos, el retroceso, la decadencia, la debilidad, el descrédito i puede ser que hasta la ruina total de la nacion; si á estos males públicos se agregan las molestias i sinsabores que ocasionan al individuo ¿qué sacrificio parecerá costoso si libra de partidos? No hai pues que vacilar: sacrifique el hombre sus intereses personales, sacrifique sus simpatías, sacrifique sus propias aspiraciones, sacrifique hasta sus títulos á la confianza nacional i á su exaltacion á los primeros puestos; sí, sacrifique lo todo con gusto i con apresuramiento, á cambio de que el monstruo devastador del espíritu de partido, no venga á despedazar las entrañas de su patria. Pocos dias nos son dados en el mundo, bastantes fuentes hai en él que viertan la amargura en la copa de la vida, hartas causas existen de mal i de dolor, que el hombre no puede destruir; con que no hai para que hilar mas aprisa nuestra tela aborreciéndonos i persiguiéndonos los

unos á los otros, no hai para que echar mas acibar á nuestra existencia, ni para que multiplicar voluntariamente los manantiales de nuestros sufrimientos. ¡Que jamás haya partidos entre los ciudadanos! ¡Que jamás haya entre ellos odios, rencores, venganzas, ni persecuciones políticas!

Quedan expuestos aunque sucintamente los deberes que nacen de las relaciones que ligan al hombre á la asociacion política en que vive, que era el objeto del presente capítulo.

CAPITULO III.

De las relaciones de familia.

De las *relaciones de familia* nacen las siguientes condiciones: la de *esposo*, la de *padre*, la de *hijo*, la de *hermano* i la de *amigo*. Mucho es lo que la Moral tiene que decir acerca de cada una de las espresadas condiciones; mas apesar de esto, nosotros nos limitaremos á indicaciones sumamente jenerales, porque no podemos estendernos demasiado, i porque el desenvolvimiento de los pormenores puede hacerlo cualquiera ausiliado de un poco de meditacion.

1.º *Esposos*.—El amor, la fidelidad, la confianza i las atenciones reciprocas mas esmeradas, son los deberes de los esposos. “La concordia i la union que resulta del amor de los esposos, dice un Moralista, establecen en el seno de la familia una multitud de hábitos útiles á su prosperidad i á su conservacion. Los esposos unidos aman su casa i salen mui poco de ella; vijilan todos sus pormenores i su administracion; se aplican á la educacion de sus hijos; mantienen el respeto i la fidelidad en

los criados; impiden todo desórden i disipacion; i por efecto de esta buena conducta, viven en medio de las comodidades i de la consideracion; al paso que los esposos que no se aman, llenan su casa de querellas i de turbaciones, suscitan la guerra entre los hijos i entre los criados, abandonan los unos i los otros á todo jénero de costumbres viciosas; cada uno por su parte disipa los bienes de la casa; las rentas se absorven sin fruto; las deudas sobrevienen; los esposos descontentos se huyen i se promueven litijios, i toda esta familia se abisma en el desórden, en la ruina, en el envilecimiento i en la falta de todo lo preciso.”

En cuanto á las infidelidades i profanaciones del lecho conyugal, observa el mismo escritor que ellas llevan una multitud de costumbres dañosas á los esposos i á la familia. “La mujer ó el marido prendados de un afecto estraño dice, descuidan su casa, la huyen, distrayendo de ella, en cuanto pueden, sus rentas para gastarlas con el objeto de su amor: de aquí se siguen las querellas, los escándalos, los pleitos, el desprecio de los hijos, la dilapidacion i la ruina total de la casa: sin contar que la mujer adúltera comete un robo muy grave, dando á su marido herederos de una sangre estraña, que frustran de la lejitima parte á sus hijos verdaderos.” Nosotros solo añadiremos, que siendo el adulterio una violacion de un juramento solemne, es un grave crimen que la Divinidad castiga con terribles penas.

2.º *Padres.*—El deber de los padres es cuidar de la conservacion de los hijos mientras estos no pueden valerse por sí mismos, i darles una educacion conveniente, tanto física como intelectual i moral, acordando siempre la preferencia á esta úl-

timá incluyendo en ella la educación religiosa. El modo i pormenores de la educación es objeto de un tratado separado; pero jamás debe olvidarse su grande importancia. Los padres que dan á sus hijos una educación esmerada, aseguran la felicidad de estos, mejor que si les dejáran inmensas riquezas, i se proporcionan ellos mismos firmes apoyos para la ancianidad, i un fondo innagotable de vivos i puros goces para todo el curso de su existencia. Así los padres no deben descuidar un instante la educación de sus hijos, ni pasarles el menor vicio, ni aún el menor defecto: deben vivir siempre sobre ellos, vijilando toda su conducta i todas sus acciones, corrijiéndoles con oportunidad, i castigándoles con discrecion. A los espíritus débiles, el amor paternal les impide ver los defectos de los hijos, i les hace tener para con ellos condescendencias que les abren un camino de ruina, i que mas tarde llenan de amargura i de dolor el corazón de los padres. Estos deben, por tanto, hacerse superiores así mismos cuando se trata de correjir á los hijos, i reflexionar que el amor que contribuye á hacer de estos unos hombres perdidos, no puede ser verdadero. Pero sobre todo, la grande lección que incesantemente deben dar los padres á los hijos, es el ejemplo: las amonestaciones i las máximas pueda llevarselas el viento; el ejemplo, siendo una lección viva, por decirlo así, i obrando todos los dias, es lo que al fin viene á formar el espíritu i el corazón; el carácter i las costumbres.

3.º *Hijos*.—Los hijos son deudores á sus padres de un amor, de un respeto i de una sumisión sin límites. Es á ellos que deben la existencia, i aparte de esta, todos los cuidados que les prodigaron

en la infancia, la educacion que mas tarde les dieron, i el entrañable afecto que siempre les profesan; de manera que la naturaleza i el reconocimiento les imponen juntamente aquel deber. Cuando los padres se hallan en necesidad, los hijos deben socorrerles; cuando lloran deben enjugar sus lágrimas. i consolarles, cuando se hallan en afliccion i dolor: un buen hijo debe estar siempre dispuesto á sacrificarse todo por sus padres. Pero principalmente, los hijos deben evitar cuanto pudieran avergonzar i dar dolor á los autores de su existencia, jamás tejerles con sus malas acciones una corona de tribulacion, ni con su conducta hacerles arrepentir de haberles dado el ser. ¡Desgraciado del hijo que no ama i no respeta á sus padres! ¡Desgraciado del que no les socorre en sus necesidades, del que les aflige con sus vicios, ó les hace verter lágrimas por su desconocimiento i su ingratitud! La maldicion del ETERNO vendrá sobre él, arrastraráse como los reptiles, vivirá poco tiempo como una produccion monstruosa, i la tierra no admitirá sus cenizas: mejor le fuera haber dormido siempre el sueño de la nada en el seno de la eternidad.

4.º *Hermanos.* — Los hermanos deben amarse como que han sido concebidos en un mismo vientre, compartido con igualdad los cariños i atenciones paternas, i creadose junto bajo un mismo techo. Como su educacion ha sido una misma, sus principios deben ser unos mismos, i como su situacion es idéntica, sus intereses deben ser idénticos; hasta sus gustos es preciso sean parecidos: ¿pueden darse motivos mas poderosos para una union estrecha i absoluta? Hai bases mas apropiadas para cimentar una amistad eterna? Iden-

tificados por origen, por principios, por intereses, i hasta por sus gustos, los hermanos deben verdaderamente profesarse un cordial i sincero amor, unirse, estrecharse, no tener sino una misma voluntad, no formar sino un solo ser.

5.º *Amigos.*—Sin los encantos de la amistad, la vida sería fria, pesada, insoportable. La amistad todo lo anima, todo lo hace llevadero. Sin un verdadero amigo ¿á quien confiaríamos nuestros secretos? con quien desahogaríamos nuestro corazón? quien nos aliviaría en nuestras penas? de quien nos aconsejaríamos en nuestras perplejidades? quien nos sostendría para no caer, ni quien, en fin, nos levantaría si hubiesemos caído? Un amigo es, pues, indispensable.

Pero se necesita un fino discernimiento para escoger un amigo, como para conservarlo. Sobre todo no hai que creer que es nuestro amigo el primero que nos dice que lo es, ni tomar por verdadera amistad lo que no pasa de un simple conocimiento, de mero trato i comunicacion. Es menester una larga prueba de afecto i de fidelidad, no interrumpida ni por la prosperidad del uno ni por el infortunio del otro, ni por la concurrencia de intereses, ni por la diferencia de ideas ó de principios, ni por mudanza alguna de condicion, para merecer el título de amigo verdadero.

Los amigos deben buscarse entre los hombres de bien: los malvados no conocen ningun sentimiento noble i virtuoso, i por consiguiente no conocen la amistad. Por otra parte, ligarse á un malvado ¿no sería exponerse á que le envolvieran en sus crímenes? Creemos haber dicho yá en otra parte de esta obra, que las relaciones con los malvados lazos son que arrastran siempre á abismos.

Así mismo deben buscarse los amigos entre los iguales; porque la verdadera amistad no puede cimentarse sino sobre la base de la confianza, de la identidad de intereses, i de la semejanza de sentimientos é ideas; condiciones que no pueden verificarse entre individuos separados á grandes distancias en la escala social: es imposible que un gigante i un pigmeo puedan marchar de brazo. Algunos por una necia vanidad, cuyos resultados no meditan, se desviven por enlazarse en amistad con los grandes, i mui contentos cuando creen haberlo conseguido, á poco tienen que reconocen á su pesar, que miserablemente se engañaron, tomando por la amistad un frio simulacro de ella. El grande no quiere del pequeño, ni el superior del inferior, amistad, sino sumision i rendimiento. Sin duda que esta regla tiene sus excepciones; pero como lo mas comun es lo que hemos dicho, siempre será lo mas seguro i prudente no buscar la amistad en un nivel superior al nuestro, i sin tocar, por supuesto, en el extremo de despreciar á los que se hallan en aquel, i aun respetandoles segun su categoría i dignidad, mantenerse respecto de ellos á una distancia proporcionada; así evitaremos muchos sinsabores i muchos amargos desengaños.

En cuanto á la conducta para con los amigos, tambien hai muchas reglas que seguir. Principalmente es necesario tener una induljencia racional respecto de sus faltas; sin esto tendríamos que vivir en el mas completo aislamiento, i privarnos de las ventajas de la amistad; porque ningun hombre puede carecer de debilidades i de defectos. Tampoco hai que esperarlo ni que exigirle todo de los amigos: ningun ser puede bastar á otro, como no puede bastarse así mismo. Menos hai

que prevalecerse de la amistad para exigir del individuo cosas indebidas, ó demasiadas, ó gravosas, debiendo siempre tenerse grande consideracion en este punto i jamás abusar de la amistad hasta el grado de convertir este bello sentimiento en un fardo insoportable. Por lo demás, el amigo debe estar siempre dispuesto á servir al amigo, i aún á sacrificarle sus propios intereses, cuando el bien mayor de su amigo lo exija, ó cuando esto sea necesario para evitarle algun mal. Ninguna desconfianza, ningun recelo, ninguna reserva debe venir á enturbiar la pureza de la amistad, debiendo siempre reinar entre los amigos una absoluta franqueza. Tambien deben alejarse de la amistad las ceremonias i las esterioridades, igualmente que los afectos i halagos extremados: la verdadera amistad es sencilla, cuanto es mas sincera, grave i noble cuanto es mas firme.

CAPITULO IV.

De las relaciones religiosas.

La existencia de un Dios, la inmortalidad del alma, i la realidad de una vida venidera i eterna, no deben ponerse en disputa. Partimos, pues, en este capítulo, suponiendo la creencia en estas verdades evidentes por sí mismas; mejor dicho, nos dirijimos únicamente á los que creen; los que no creen son nada para el *Moralista*, el *Moralista* no cuenta con ellos; i aunque bien quisiera reducirles á la creencia, porque siempre son hombres, siempre son hermanos, si el espectáculo de la creacion, si el órden, la regularidad i la armonía que en el universo reinan, si su misma existencia, si el uná-

nime consentimiento de todos los hombres i de los siglos todos, no pueden obtener su convencimiento ¿cómo lo lograría el Moralista? Además, tan importantes dogmas nunca deben hacerse depender de un argumento cuya fuerza puede contestarse, ni de los racionios siempre falibles de la débil razon humana: tales dogmas tienen otras bases, bases eternas, dignas de la omnipotencia creadora, sobre las que descansan inmutablemente. Ni los ataques que contra ellos se dirijan deben rechazarse: si un insecto quisiera derribar una soberbia torre ¿quién sériamente se detuviera á espantarle?

Suponemos, pues, la existencia de un Dios, la inmortalidad del alma i la realidad de una vida venidera i eterna; suponemos jeneral la creencia en estas verdades, i sin engañarnos mucho, así podemos suponerla ciertamente, porque, por fortuna el número de los ateos es al número de los creyentes, como una gota de agua es á la inmensidad del Oceano. Partiendo de esta creencia veamos qué influencia ella tiene en la felicidad del hombre durante su pasajera mansion sobre la tierra.

Hemos visto que la felicidad terrenal del hombre dimana, en la mayor parte, de la direccion que imprime á su conducta, i tambien hemos visto que su conducta no es propia para hacerle feliz, sino en tanto que se conforma á una regla: solo así puede el hombre tirar líneas rectas ácia su felicidad. Esta regla es la Moral, i por consiguiente la Moral entra esencialmente en la felicidad terrenal del individuo. Ahora bien: ¿podria existir la Moral sino se apoyase sobre la creencia? Sin la existencia de un Dios ¿de dónde se hicieran dimanar las reglas de la conducta? Sin una vida venidera ¿dónde se iria á tomar la sancion de estas mismas reglas? Sobre

qué fundamento descansaran? “Sin tales creencias, como dice un moderno, ¿qué sería la obligación? ¿cómo cabe concebirla? ¿La obligación no es lo que une? ¿Qué es la union sino la comun tendencia ácia un centro comun? ¿Este centro comun de todos los seres ¿qué es sino el ser infinito, rigorosamente uno, de quien todo sale, á quien todo vuelve, que produce, conserva i vivifica todo? ¿Qué es sino Dios?”

La Moral i la Relijion están, pues, íntimamente ligadas; la una no puede existir sin la otra; son una misma cosa. Luego si es evidente que la Moral es un elemento esencial de la felicidad terrenal del hombre, la Relijion lo es de la misma manera; porque sin esta, aquella no tuviera base, ni sus reglas oríjen, ni sus principios sancion.

Luego ni en el mundo puede darse felicidad sin creer en estas verdades eternas, sin profesar una Relijion. I no es solamente de este modo que la Relijion influye en la felicidad terrenal del individuo: bajo mil aspectos mas, es todavía un manantial inagotable de dicha.

En efecto: creer en la existencia de un Dios lleno de bondad, de sabiduría i de poder, que nos ha creado, que nos conserva, i que sin cesar vela sobre nuestra suerte, ¿hai algo mas vivicante i consolador? hai algo que mas aliente, que infunda mas confianza, que haga mas dulce la existencia? Creer que cuando morimos no morimos como el bruto, que hai en nosotros alguna cosa superior á la muerte, alguna cosa mas dura que el filo de su guadaña, alguna cosa que nos hará vivir siempre i en el seno de una felicidad inalterable; esta creencia, digo, ¿podrá ser indiferente à nuestro contento i bien estar en la tierra? El verdadero creyente

hace el camino del mundo como un hijo que marcha á la casa paterna á gozar en los brazos de un padre tierno i bondadoso, de una dicha que nunca se turba ni se acaba; el ateo hace el mismo camino, mas le hace ó ácia la nada, ó ácia el dolor: ¿es posible que ambos marchen con el mismo gusto i alegría? es posible que sea una misma la condicion de ambos caminantes? ¿Morirá lo mismo el uno que el otro? ¿Es lo mismo morir en la esperanza que en la desesperacion?

El que cree, por todas partes encuentra cristalinas aguas con que apagar la sed ardiente de felicidad que abrasa á todo hombre. En la tribulacion mira al cielo, i luego, como rocío suave, descenden de allí abundantes consuelos: hijo del cielo su vista le da fuerzas como el contacto de la tierra reanimaba á aquel gigante hijo de la tierra, que los dioses no podian vencer. El hombre relijioso nada teme de lo futuro, porque creyendo en la Providencia, está seguro que cien ojos invisibles están siempre abiertos sobre su suerte. Si le sobrevienen padecimientos i trabajos, es la mano de un padre la que se los envia, adora su voluntad i los soporta con resignado ánimo; i si la fortuna le rodea con todas sus comodidades, es á este mismo Dios, no á una casualidad sin vista, que mira como el oríjen de su prosperidad: todo lo que tiene son dones del cielo, todo lo que tiene por bondad del cielo lo tiene; i así, ni se ensoberbese con estos dones, ni se apega á ellos, ni usa de ellos, sino como el Dios que se los ha dado quiere que use; i si de un golpe se los quita, adora los decretos eternos, respeta los ocultos designios del altísimo, i queda el mismo hombre. En una palabra, la vida del que cree está llena de luz, de esperanza, de proteccion, de con-

suelos, de fortaleza i de paz; miéntras que el ateo vive en un caos de tinieblas, de desesperacion de desamparo, de debilidad, i de turbulencia. “En su hambre, en su sed, como dice un moderno ingenio, en su hambre, en su sed, clama por el alimento, por la leche que nutre á todas las criaturas; pero en medio del vacío tenebroso en que se ha sumergido, no agarra i no esprime mas que el seco pezon de la muerte.”

Aun para la felicidad terrenal es pues indispensable la creencia en un Dios, en la inmortalidad del alma, i en la realidad de una vida venidera i eterna; por manera que estos dogmas, cuya verdad, á no dejar duda nos demuestra cuanto nos rodea, desde los astros que brillan sobre nuestra cabeza, hasta las yervas que crecen debajo de nuestros piés, estos dogmas digo, son un precioso bálsamo para la vida presente, i si no por su evidencia, debieran creerse para alcanzar alguna felicidad sobre la tierra; por que á la verdad ninguna hai para el ateo.

Pero la creencia i la esperanza no pueden ir solas: la primera debe ir acompañada del *amor* i del *temor* del Dios en cuya existencia se cree; i la segunda, de la práctica de aquellas obras indispensables para conseguir la felicidad eterna que se espera. No se puede verdaderamente creer en un Dios, sin creer que es el autor de nuestra existencia, que nos conserva i que vela sin cesar sobre nuestra dicha; ¿i se podría creer en este Dios, lleno de bondad, sin *amarle*? Por consiguiente la creencia en un Dios, lleva consigo el amor de este mismo Dios. Tampoco puede creerse la existencia de un Dios, sin creer en su justicia inexorable i en su poder inmenso. I si es justo i poderoso ¿no es menester *temerle*? El temor de Dios, es pues tambien

una consecuencia necesaria de la creencia en su existencia.

Este amor i este temor de Dios forman el fundamento mas sólido de la moral; porque siendo las violaciones de esta, violaciones de su voluntad, violar la Moral seria ofenderle, i no se ofende á un ser que se ama i que se teme. Por consiguiente, el amor i el temor de Dios son las mejores garantías del cumplimiento de la moral, i por lo mismo, de la dicha terrenal del hombre, que en su mayor parte dimana de la observancia de aquella. El amor es un estímulo para todo lo bueno, el temor un freno para todo lo malo.

Tambien es una consecuencia de la creencia en un Dios, del amor que se le profesa i del temor que se le tiene, manifestarle, no solo con el corazon, mas tambien con obras i con demostraciones externas, nuestra gratitud á sus bondades, i nuestro profundo rendimiento á su soberana voluntad. Sin esto ¿cómo podriamos conciliarnos su benevolencia, i aplacar su justicia? I sin comportarnos de una manera aceptable á sus ojos ¿cómo podriamos aspirar á ser un dia confundidos en la inmensidad de su gloria? I el comportamiento aceptable á los ojos de este Dios de bondad, ¿no seria tambien el mas apropósito para hacernos felices en la tierra? porque el autor del hombre no puede ser enemigo del hombre: habiéndole creado para la felicidad, no puede exigir de él sino lo que sea dirigido á producir esta felicidad, á llenar los fines eternos del Creador.

Concluimos, por tanto, que aun para conseguir la dicha terrenal, son condiciones indispensables:
1.ª la creencia en un Dios, en la inmortalidad del alma, i en la realidad de una vida venidera i eterna:

2.^a el amor i el temor de este Dios: 3.^a la esperanza apoyada en las obras, de aquella existencia inmortal i dichosa; i 4.^a el culto, tanto interno como externo. Reduciendo esta conclusion á términos mas concisos, podemos sentar, sobre lo que en este capítulo hemos dicho, que *sin RELIJION no es posible felicidad sobre la tierra.*

Esto es en cuanto al individuo: en cuanto á los estados i á las naciones, la necesidad de la Relijion, si cabe mas evidencia, es todavía mas evidente. No hai memoria de que haya existido una sociedad sin religion, ántes bien se ha observado que las grandes vicisitudes de las asociaciones políticas han marchado paso á paso con las de la Relijion. Si esta florece, florece la asociacion política; si decae, decae la asociacion, i el dia que el sentimiento religioso se extingue en los pechos de los ciudadanos, ese dia la asociacion es borrada del número de las naciones: la licencia; la inmoralidad i el desenfreno la sumen bien pronto en la nada. En los estados en que la religion impera i ejerce su benéfica influencia, cada ciudadano hace lo que debe aun que la lei no se lo mande, i cada ciudadano hace lo que la lei le manda, aunque el majistrado no le compela: tal estado marcharía bajo la proteccion inmediata de la Divinidad, i descansando sobre la virtud, descansara sobre un fundamento eterno é indestructible. Allí todos los derechos serian respetados, todas las obligaciones cumplidas, la sumision á las autoridades fuera sostenida por mandamiento del cielo, la concordia i la amistad reinaran entre los ciudadanos, i por todas partes no se viera sino justicia, órden, union, prosperidad i dicha. Atacar la Relijion es, pues, cometer un crimen de *lesa patria*, es alejar la mano que desar-

rolla el bien, es preparar al Estado una ruina segura é inevitable. *Omnis humane societatis fundamentum convellit, qui Religionem convellit.*

Bajo todos aspectos la Relijion es, pues, necesaria, bajo todos aspectos tutelar del bien, bajo todos aspectos represiva del mal: el individuo no puede ser feliz sin Relijion, las asociaciones políticas no pueden existir sin Relijion. Profésese, por tanto, una; pero profésese sinceramente, téngase en el corazon no en los labios, téngase por el convencimiento de su verdad i de su necesidad, no por miras interesadas, no por medrar, no por hacerse partido. La Relijion no se presta á servir de máscara, i cuando se abusa de ella hasta este grado, siempre queda mal acomodada, i à cada paso, à cada movimiento deja entrever la impiedad especuladora. Por otra parte, ¿qué poder tendria para hacer la felicidad terrenal del hombre, el profesar en la apariencia una Relijion? Ninguno, porque profesar de tal modo una Relijion, seria lo mismo que no profesar ninguna; i aun peor, pues se reuniera entónces á la impiedad, de una parte el engaño i la mentira, i de otra, el abuso i la profanacion de la cosa mas sagrada.

Igualmente deben evitarse, el *fanatismo*, que es un celo ó un calor inmoderado en lo que concierne á la Relijion; i la *supersticion* que la hace consistir en prácticas bárbaras, absurdas ó ridículas. Estos dos vicios son los enemigos declarados de toda Relijion, i en vez de servir á la causa de esta, sirven á la del ateismo. Ambos son indignos de seres racionales, ambos ofenden á la Divinidad, i por tanto deben huirse cuidadosamente.

CAPITULO V.

De la Religión cristiana considerada en sus relaciones con la felicidad terrenal.

Acabamos de ver que el individuo debe profesar una Religión: ¿cuál escogerá entre las positivas? La verdadera; he aquí la única respuesta á esta cuestión. ¿Pero cuál es la Religión verdadera? Nosotros creemos que el CRISTIANISMO. Sin embargo, como no toca al *Moralista* sino al *Teólogo*, poner en evidencia los fundamentos sobre que descansa, nos limitaremos aquí á manifestar que, aun por encima, lleva el sello de la verdad i de la Divinidad que en el fondo encierra, siendo la mas conforme con la razón; i que aun prescindiendo de que es verdadera i divina, el hombre debiera escogerla como la mas propia para hacer su felicidad sobre la tierra.

Toda Religión tiene tres partes: la *moral*, la *dogmática*, i la *ritual* ó el *culto*. Considérese el cristianismo en todas estas tres partes, i en todas tres le veremos acorde con la razón, en todas tres descubriremos una filosofía algo mas que humana.

Empezando por la moral ¿se vió jamas una mas sublime, mas pura, mas completa que la del cristianismo? Todas sus máximas son de luz i de verdad, todos sus preceptos, son de perfección, i sus máximas i sus preceptos son todos practicables i acomodados á la flaqueza humana: no puede desconocerse que su autor fué Dios i hombre á un mismo tiempo. ¡Cuántas virtudes morales no predica el cristianismo, que la sabiduría humana no habia ni siquiera entrevisto! ¡Qué conoci-

miento tan profundo del hombre no descubre!
¡Qué sencillez i qué grandeza juntamente! *Amar á Dios i al prójimo* es todo lo que pide: en este único mandamiento encierra el cristianismo todos sus mandamientos; este precepto único comprende toda su Moral. ¿I podría dudarse que amando á Dios i al prójimo se tuvieran todas las virtudes propias para ser feliz aun sobre la tierra? ¿I qué cosa mas fácil que el cumplimiento de este precepto? ¿Qué cosa mas justa?

Ningun filósofo ha desconocido la pureza i sublimidad de la Moral del Evangelio: desde que su Divino Autor la dictó al mundo con la palabra i con la leccion viva de su ejemplo, todos no han hecho sino admirarla, i pasmarse cuando penetrando en su fondo han visto tanta grandeza, tanta justicia i tanta sabiduría reunidas. Siglos i siglos han pasado sobre esta nueva filosofía, sin que se le haya notado una mancha sola, sin que haya vacilado una sola vez, sin que siquiera haya habido quien ose atacarla. Espíritus superficiales han de cuando en cuando censurado algunos ritos del cristianismo, algunas instituciones secundarias; pero su Moral! jamas. El mismo Rousseau confesaba que no leía el Evangelio sin recibir alguna mejora de su lectura i Voltaire derramaba lágrimas de asombro al meditar el fondo de sus máximas. Muéstrenos otra Moral que la del cristianismo, que se haya escapado de las censuras de los sofistas, que haya pasmado á los filósofos de todos los tiempos, que haya arrancado homenajes hasta á sus mas encarnizados enemigos, i hecho llorar de entusiasmo á la impiedad misma, i entónces convendremos que hai sobre la tierra una Moral igual á la que el cristianismo enseña.

Vease cuál era la situación moral del mundo cuando el cristianismo apareció sobre la tierra: la idolatría, las supersticiones mas ridículas, la ambición, el pillaje i la barbarie constituyen entónces el fondo de la existencia moral. En tales circunstancias aparece el cristianismo, i de repente todo cambia al influjo de su Moral divina: los ídolos son echados del capitolio, i á unos pueblos supersticiosos, sanguinarios, usurpadores i bárbaros, suceden unos pueblos religiosos, humanos, moderados i cultos. Una moral que así cambia la faz de la tierra i muda súbitamente las jeneraciones, debe ser una Moral mas que escojida.

Ultimamente, la Moral del cristianismo prescribe la perfección intelectual, la sobriedad, la templanza, el trabajo, la economía, el sometimiento de las pasiones á la razón. En las relaciones sociales, ordena la humanidad, la beneficencia, la indulgencia, la dulzura; prohíbe la mentira, la indiscreción, la murmuración i la calumnia; i manda la prudencia, la justicia i la fortaleza;—en las relaciones políticas, encañece el amor á la patria, i hace un deber sagrado de la sumisión á las autoridades;—en las relaciones de familia, predica el amor i la fidelidad entre los esposos, la educación de los hijos, el amor i el respeto á los padres, i el amor i la unión entre los hermanos i los amigos. ¿I no hemos visto en esta obra que estos mismos preceptos, estas mismas máximas, son las que la razón i la filosofía aconsejan para conseguir la felicidad terrenal? Luego el cristianismo está perfectamente acorde con la razón i la filosofía en este punto; luego su parte moral no es en manera alguna objetable.

En cuanto á la parte *dogmática* no harémos sino

copiar á un escritor moderno, de bastante celebridad. “Nos hallábamos embarazados, dice, para explicar las contradicciones que se encuentran en nuestro ser, no podíamos conciliar los desórdenes que devastan la tierra, con la Providencia que la rige. El cristianismo nos ofrece la resolución de estos grandes problemas, revelándonos la caída del hombre, su desobediencia, i las consecuencias terribles que la han seguido. Él coloca entre Dios i el hombre un mediador, nos revela nuestra debilidad, sin hacernos perder el sentimiento de nuestra grandeza; viene al socorro de nuestra razón obscurecida i degradada, nos revoca á nuestra primera dignidad, sin disimularnos nuestra corrupción, nos anuncia que aquí-abajo peregrinamos en una tierra extranjera, que debemos, como el sábio viajar haciendo bien, que todas nuestras acciones deben ser dirigidas i ennoblecidas por su relación con Dios, i en fin, que no comprendemos las obras de Dios, sino miramos todo lo que pasa en la vida presente como la educación del hombre para una vida venidera.”

“Proclamando estos dogmas, el cristianismo los dirige al mayor bien de la humanidad; cosa que no han hecho las falsas religiones. Se espanta uno al ver las absurdas consecuencias que han sido deducidas, i que aun se deducen en ciertos países de la doctrina de la inmortalidad del alma, de las penas i de las recompensas en una vida futura i de la comunicación habitual que el hombre debe tener con Dios. Estas verdades dogmáticas han introducido frecuentemente, la pereza, el suicidio, el desprecio de los hombres, i otros azotes igualmente funestos á la sociedad. No sucede así en el cristianismo; porque en este, la Moral mas san-

ta regla el uso práctico de los dogmas, i los dogmas no se ofrecen, sino como la sancion i el apoyo de la Moral.”

“Las falsas relijiones, las falsas teorías, han procurado esplicar todos los misterios i resolver todas las dudas sobre la naturaleza de Dios, sobre la del hombre, i sobre la vida futura, por sistemas mas ú menos acomodados á las cosas que están á nuestro alcance i que caen bajo nuestros sentidos. De aquí el maniqueismo, el politeismo, la doctrina del destino, la metempsychosis, i todas las fábulas por las cuales se han trasportado á una vida venidera cuantas necesidades i cuantos placeres se conocen en la presente.”

“Aquí es donde la excelencia del cristianismo debe herir los ojos de todos: él nos advierte que Dios es incomprendible, i que sus profundidades son impenetrables; que sus miras son ocultas, pero siempre justas, i que no debemos apelar de sus juicios i de sus providencias á nuestra débil razon. Él nos advierte que no habiendo relacion de comparacion entre lo finito i lo infinito, todas las alegorías, todas las espresiones, todas las ideas que tomamos de los objetos ordinarios de nuestros conocimientos, son mas propios á estraviar nuestra razon que á instruirla. Él nos advierte que debemos someternos á los misterios para no caer en abismo.”

“Bendigamos, pues, una Relijion que así sabe poner un freno al furor de los sistemas, que marcan los límites de la razon con la mas profunda sabiduría, que protege el entendimiento humano contra sus propios estravios, i que no nos prescribe la *fé*, sino cuando no nos quedara mas partido que la desesperacion i el error.”

Tales son ciertamente los dogmas del cristianis-

mo; dogmas de razon i de la mas elevada filosofia sumamente consoladores, i propios para hacer la felicidad del hombre aun sobre la tierra. En cuanto á los *ritos* ó á la parte exterior del cristianismo, basta observar que nada hai en ellos de vano, nada de supersticioso, nada de bárbaro. El culto cristiano es un culto de fondo i de realidad, un verdadero ausiliar de la Moral, en cuanto fija la mente en Dios, i en los premios i castigos futuros; es un culto de razon, augusto como el Dios á quien se dirige, i humano i dulce como este mismo Dios. Jamás los altares de Jesus se han visto regados con sangre de hombres, ni aun de animales: sus sacrificios son puros, é incruentos.

Por tanto, el cristianismo, sea que se considere en su moral, sea que se considere en sus dogmas, sea que se considere en su culto, es la Relijion que el hombre debe profesar, pues, aparte de que siendo la única verdadera es la única que puede hacer su felicidad en una vida futura, siendo la única racional i filosófica, es tambien la única que puede hacer su felicidad sobre la tierra.

FIN.



INDICE.



PAGINAS.

PROLOGO
NOCIONES PRELIMINARES.

PARTE PRIMERA.

DE LA MORAL CON RELACION A LAS FACULTADES INTELLECTUALES.

Introduccion

CAPITULO I. *Del cultivo de las facultades intelectuales.* Id.

CAPITULO II. *Fin á que debe dirigirse el cultivo de las facultades intelectuales, i uso de los conocimientos adquiridos á favor de este cultivo.* 8

PARTE SEGUNDA.

DE LA MORAL CON RELACION A LAS NECESIDADES.

Introduccion 15

CAPITULO I. *Del modo como debe el hombre satisfacer sus necesidades.* 16

§. ° 1. ° — *Necesidad de alimentarse.* Id.

§. ° 2. ° — *Necesidad de vestirse.* 21

§. ° 3. ° —	<i>Necesidad de alojarse.....</i>	25
§. ° 4. ° —	<i>Necesidad de reposo.....</i>	Id.
§. ° 5. ° —	<i>Necesidad de reproducirse..</i>	25
CAPITULO II. Medios de proveer á la satisfaccion de las necesidades.....		32
§. ° 1. ° —	<i>Del trabajo.....</i>	34
§. ° 2. ° —	<i>De la economía.....</i>	59
§. ° 3. ° —	<i>Del crédito.....</i>	42
CAPITULO III. Exámen de un medio particular de proveer defondos para la satisfaccion de las necesidades.		46

PARTE TERCERA.

DE LA MORAL CON RELACION A LOS DESEOS.

	<i>Introduccion.....</i>	55
CAPITULO I. De las aspiraciones.....		54
CAPITULO II. De las pasiones.....		58
§. ° 1. ° —	<i>Del amor.....</i>	61
§. ° 2. ° —	<i>De la ambicion.....</i>	67
§. ° 3. ° —	<i>De la cólera.....</i>	71
§. ° 4. ° —	<i>De la venganza.....</i>	76
§. ° 5. ° —	<i>De la envidia.....</i>	81
§. ° 6. ° —	<i>De la avaricia.....</i>	85
§. ° 7. ° —	<i>Del juego.....</i>	89

PARTE CUARTA.

DE LA MORAL CON RELACION A LOS SENTIMIENTOS.

	<i>Introduccion.....</i>	96
CAPITULO I. De la esperanza i del temor.		97

§. ° 1. ° — <i>De la esperanza</i>	Id.
§. ° 2. ° — <i>Del temor</i>	100
CAPITULO II. <i>Del orgullo</i>	102

PARTE QUINTA.

DE LA MORAL CON RELACION A LAS RELACIONES.

<i>Introduccion</i>	107
CAPITULO I. <i>De las relaciones sociales</i> ...	108
§. ° 1. ° — <i>De los afectos</i>	110
§. ° 2. ° — <i>De la palabra</i>	119
§. ° 3. ° — <i>Del trato</i>	128
CAPITULO II. <i>De las relaciones políticas</i> .	145
CAPITULO III. <i>De las relaciones de familia</i> .	157
CAPITULO VI. <i>De las relaciones relijiosas</i> .	165
CAPITULO V. <i>De la relijion cristiana considerada en sus relaciones con la felicidad terrenal</i>	171



UNIVERSIDAD
EAFIT

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental



Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



6200000195878

